

EL ORGANISMO ECONÓMICO DE LA REVOLUCIÓN



D. A. de

Santiño



DE
COM

EL ORGANISMO ECONÓMICO
DE LA REVOLUCIÓN

+ 1415822
C.

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE ESTUDIOS SOCIALES

D. A. de SANTILLÁN

EL ORGANISMO
ECONÓMICO
DE LA REVOLUCIÓN

CÓMO VIVIMOS Y CÓMO PODRÍAMOS VIVIR
EN ESPAÑA



EDICIONES «TIERRA Y LIBERTAD»

BARCELONA

1936

IMPRESOS COSTA.— Nueva de la Rambla, 45. — BARCELONA

R-186648

*José Frasson
Charalhue, Mayo de 1937*

PREAMBULO

En todas las reuniones de la C. N. T. y de la F. A. I. se propicia el estudio de las bases generales sobre las cuales ha de ser edificada la nueva sociedad sin capitalismo y sin Estado. Nos atrevemos a resumir a continuación nuestros puntos de vista, nuestras sugerencias, no con miras a un lejano futuro y como ideal supremo, sino en relación a un futuro inmediato, con los hombres, el instrumental, las condiciones geográficas tales como hoy se nos presentan.

Podría haber sido más sugestivo el trabajo si nos hubiésemos dedicado a presentar el cuadro de la sociedad del año 2000, en cuyos lineamientos puede correr libremente la fantasía. Sin embargo hemos creído de más utilidad una breve ojeada al modo cómo vivimos y una referencia al modo cómo podríamos vivir desde ahora mismo, con las puertas abiertas siempre a todo desarrollo económico, social y moral ulterior.

Y aun restringiendo al porvenir inminente nuestra visión, nos hemos ocupado sólo de las formas generales que podría tener el mecanismo económico del nuevo orden de cosas, sin tocar lo que podría denominarse convivencia política o social. Nos ha parecido más importante la solución del problema fundamental de existir, puesto en juego por el capitalismo, es decir la solución a las necesidades imprescindibles de la humanidad moderna. No está todo ahí, pero

al menos sería el comienzo de una nueva era, el punto de partida de un nuevo capítulo histórico.

Tendremos presente toda objeción, toda corrección y ampliación que este trabajo suscite. Nos guía un solo anhelo: la salida del infierno capitalista y estatal. ¡Ojalá otros, inspirados por estas páginas, alcancen mejores concreciones! Pero un mal plan positivo es preferible a ninguno. Tal es la razón de nuestro atrevimiento.

D. A. de S.

5 marzo, 1936.

GENERALIDADES

FACTORES ESENCIALES DE LA PRODUCCIÓN

El principio de toda economía, la esencia de lo económico, leeréis en cualquier manual de esta ciencia, consiste en obtener el efecto relativamente mayor con el gasto (o sacrificio) relativamente menor.

Y si no hubiese más argumentación, el propio argumento económico puro bastaría para combatir y rechazar la organización actual del capitalismo. Esta forma económica no implica ya la obtención del mayor efecto con el menor gasto o esfuerzo; al contrario, el derroche es formidable; el aprovechamiento de los recursos de la Naturaleza, de la técnica y de la ciencia es ínfimo. No se vive como se podría vivir, como sería necesario vivir.

Detallemos un poco.

Los factores de la producción son estos:

Primero: La naturaleza, que proporciona al hombre las materias primas y ciertas fuerzas naturales utilizables.

Segundo: El trabajo humano, manual e intelectual, que elabora y utiliza las materias primas.

Tercero: El instrumento o la máquina que multiplica la potencia y la intensidad del trabajo del hombre (algunos economistas denominan, a este último factor, el capital).

El capitalismo no aprovecha siquiera los recursos

posibles del primer factor; por doquiera se observan tierras incultas, caídas de agua que no se explotan, materias primas que se pierden estérilmente.

En cuando al trabajo humano, intelectual o manual, no hace falta demostrar que no es utilizado ni en un 50 por ciento de su capacidad de rendimiento por el régimen económico vigente. Existen en el mundo varias decenas de millones de obreros sin trabajo; deambulan los técnicos sin empleo, los sabios que vegetan también en medio de privaciones, sin recursos para llevar a cabo sus estudios, sus experimentos, sus investigaciones. Sólo una exigua minoría de técnicos y de sabios consigue vender su fuerza de trabajo a los potentados del régimen capitalista. Se desaprovecha así una fuente inmensa de riqueza: el trabajo manual y el trabajo intelectual (ciencia y técnica), cada día más depreciados.

También se sabe que el tercer factor, el instrumental, la técnica, trabaja muy por debajo de su capacidad de rendimiento. Se han instalado mecanismos prodigiosos; se podrían instalar ya otros superiores aún. Pero apenas los vemos funcionar unas horas al día o unos días a la semana. Se ha calculado que la industria norteamericana, trabajando plenamente, en toda su capacidad, estaría en condiciones de surtir de productos industriales a todos los mercados del mundo. La tercera parte del tonelaje, y a veces la mitad, de la marina mercante, está amarrada. Los economistas del capitalismo, los hombres de Estado, las conferencias de los expertos, todas las fuerzas del conservatismo social y político se esfuerzan por hallar una salida a ese mal. No se ha hecho hasta aquí nada en ese sentido; nada fué posible hacer contra la agravación incesante de la situación.

Lo único que se puede profetizar sin temor a equivocarse es que si la paralización industrial, si el aprovechamiento del aparato técnico ha ido decre-

ciendo en los últimos años, todas las perspectivas indican que el decrecimiento será mayor todavía en los años que vienen. Que lo tengan en cuenta los trabajadores españoles. De año en año su situación se volverá más intolerable.

Se constata, pues, que el capitalismo no aprovecha los tres factores de la producción sino en un porcentaje a veces inferior a un cincuenta por ciento; no aprovecha la tierra ni las fuerzas naturales, el agua y el viento; no aprovecha al hombre como obrero, como técnico y como científico; no aprovecha el instrumental mecánico existente, ni el posible. Por consiguiente no es un régimen viable; lo fué cuando pudo extraer de esos tres factores el máximo de rendimiento; hoy, a causa de sus contradicciones, se ve condenado a batirse en retirada, a disminuir sus áreas de siembra, a contingentear la producción industrial, a restringir el personal de sus fábricas, a pasarse sin el concurso de millares y millares de técnicos y de sabios.

No se salga, si se quiere, de ese terreno puramente económico, y dígasenos en nombre de qué principios humanos, sociales y de justicia, puede defenderse la existencia del "orden" en que estamos forzados a vivir todavía.

Una empresa capitalista cualquiera, por ejemplo una explotación agrícola, implica los siguientes desembolsos o cargas, extraídos todos del trabajo productivo y útil:

- 1.º Renta de la tierra.
- 2.º Interés del capital.
- 3.º El salario de los obreros.
- 4.º El beneficio del empresario.
- 5.º La defensa estatal de la propiedad privada.

El kilo de pan que os lleváis a la boca está gravado con la parte que se lleva el propietario de la tierra, con la que se lleva el interés del capital inver-

tido en la empresa, con el salario de los obreros, con la ganancia o beneficios del empresario y con la defensa estatal de la propiedad privada y del llamado "orden público", necesario para vivir en esas condiciones.

Hemos visto que los factores de la producción son tres: la *tierra*, el *trabajo humano* y el *instrumental*, que multiplica la eficacia del esfuerzo del hombre.

Una economía socializada, como la que puede ser instaurada desde ahora mismo por las organizaciones obreras españolas, no tiene en cuenta más que esos tres factores. El pan que consumiréis en ella no estará gravado más que con el trabajo humano que fué necesario para producirlo y con lo significado por el empleo del instrumental técnico. Desaparece la renta del propietario, desaparece el interés del capital, desaparece el beneficio del empresario, desaparece la defensa estatal de la propiedad, que son el centro y motor de la economía capitalista.

No se puede decir que la moneda, el gran dios de la economía actual, es un factor productivo; nadie puede asegurar que el propietario particular, en tanto que propietario, es una fuerza necesaria para la producción; nadie se atreverá a sostener que el trigo no crece en los campos bien trabajados, sin registros de propiedad y sin gendarmes.

Ahora bien: piénsese lo que será una economía en donde todos los factores parasitarios, interpuestos por el hombre y por su régimen nefasto de la propiedad privada, hayan sido suprimidos; en donde, por sobre la producción, con derecho a ella, no habrá más que los productores y aquellas categorías de consumidores que tienen derecho natural a la existencia, sin previo aporte de su fuerza de trabajo: los niños, los ancianos y los enfermos.

J. Stuart Mill ha escrito: "Yo no reconozco justo un estado de sociedad donde hay una clase que no trabaja; donde existen seres humanos que, sin haber

adquirido el derecho al descanso con el trabajo precedente, son dispensados de participar en la labor que incumbe a la especie humana". Tiene toda la razón Stuart Mill; sólo que falla en cuanto a los medios para forzar al trabajo a quienes los privilegios exigen de él.

Nosotros creemos que una sociedad tal no tiene derecho a existir y propiciamos su transformación.

Queremos una economía socializada, en donde la tierra, las fábricas, las viviendas, los medios de transporte cesen de ser monopolio particular y pasen a ser propiedad colectiva de la comunidad entera.

Ese cambio del régimen de la propiedad implica una ordenación enteramente distinta de la vida económica. La dirección de la industria está hoy en manos de los empresarios, de los capitalistas. Técnicamente son éstos inferiores a los ingenieros y a los obreros. Y los empresarios están, a su vez, sometidos a las grandes potencias financieras, y, en última instancia, son los banqueros los que dirigen y controlan la vida económica de nuestros días. Y se sabe que la dirigen de acuerdo única y exclusivamente con las indicaciones de la Bolsa.

La nueva economía socializada estará en manos de los obreros y de los técnicos y no tendrá otro motivo, otra finalidad, otro objetivo que la satisfacción de las necesidades de la población. La población no estará en ella como un mercado; las gentes no habrán sido hechas para comprar los productos, sino que los productos se habrán elaborado para satisfacer las necesidades de las gentes.

La valoración pecuniaria, monetaria, de las cosas deja su puesto al consumo de acuerdo a las posibilidades del nivel de vida total. Con la valoración pecuniaria, desaparece también esa potencia monstruosa y absorbente, enteramente parasitaria, de las finanzas, de las deudas públicas, de las cargas improductivas

del dinero; desaparece la esclavitud del salario y sus floraciones naturales: el *interés*, la *renta* y el *beneficio*. Volveremos así a la economía del sentido común, la que sabrá producir riquezas mediante el concurso de los tres factores esenciales de la economía: la tierra y las fuerzas naturales, el trabajo del hombre y el instrumental técnico que multiplica el esfuerzo humano.

Del aprovechamiento máximo de esos tres factores dependerá el "standard" de vida del futuro, lo que quiere decir que estará en nuestras manos y en nuestra voluntad la realización del bienestar y de la felicidad en este mundo.

II

EL TRABAJO Y EL PAN PARA TODOS

Después de tantos siglos de explotación del hombre por el hombre, en los que el productor de toda la riqueza ha estado esclavizado y no ha consumido más que el mínimo absolutamente indispensable para subsistir, y a veces mucho menos; acrecentada la cultura popular; emancipados de una sombría ignorancia y de una teología enervante, que educaba para la sumisión y el sacrificio, la fórmula *el que quiera comer que trabaje* aparece como la expresión más acabada de la justicia y de la libertad.

Toda construcción económica y social que no la tenga por base y por ideal inmediato no será sino un engaño nuevo, un nuevo escamoteo de los frutos del esfuerzo revolucionario.

Para nosotros la realización de esa fórmula es primordial; en torno a ella pueden agruparse todos los hombres sanos de corazón, de ética social, sin distinción de partidos y de posiciones. Todos aquellos que consideran justo que el hombre viva del sudor de su frente constituyen, de hecho, un solo partido y deben formar en un mismo frente de batalla.

Explicaremos nuestro concepto del trabajo. Adam Smith consideraba como trabajo productivo sólo el trabajo llamado material. Sin embargo, el proceso del trabajo es un conjunto de esfuerzos intelectuales y

físicos (concepción, elaboración, preparación, ejecución, etc.), que, si en la forma del artesano, se da en un solo individuo, o en una división apenas perceptible del esfuerzo, en la economía moderna se expresa como coordinación de funciones perfectamente especializadas.

“Por lo tanto —dice un economista moderno— no procede separar estas clases de trabajo diferentes y afirmar, v. gr., que no han realizado un trabajo productivo el ingeniero que hace el proyecto, el oficinista que lleva la correspondencia (que hace los pedidos) y el contraamaestre que vigila a los operarios propiamente dichos y les marca lo que han de hacer, y que sólo han “hecho” la obra los trabajadores manuales; por consiguiente, que únicamente éstos han realizado un trabajo productivo” (1).

El trabajo en una sociedad moderna es una conjunción de fuerzas técnicas y manuales y debe serlo tanto más generalmente cuanto que el técnico puede simplificar sin cesar el esfuerzo físico y trasladar a las máquinas la mayor parte de las funciones penosas. Tanto el sabio en su laboratorio o en su gabinete o en su cátedra, como el técnico o el obrero, son fuerzas de trabajo socialmente útil y necesario. Respecto de esos esfuerzos y de su intervención dirigente y agente en la producción, no tenemos más que congratularnos. Pero ¿se nos quiere decir qué es lo que producen los capitalistas, los propietarios, los accionistas, los intermediarios del actual régimen político? El trabajo de esas gentes, de que algunos viejos economistas hablan, “es —según las palabras de Proudhon— una ficción del antiguo derecho feudal, la cual ha pasado a la moderna economía política y se resuelve en una entrega casi gratuita del obrero al capitalista especulador y propietario, última forma de la especulación

(1) Kleinwaechter: *Economía política*, págs. 100-101.

del hombre sobre el hombre... En realidad sólo el trabajo físico e intelectual es productivo..." (1).

No en base a concepciones socialistas proudhonianas, sino en mérito a un sincero reconocimiento de la verdad, Germán Bernacer, un autor español en materia económica, en un libro publicado en 1925, *Interés del capital*, sostiene que el solo origen de ingresos debe ser el trabajo productivo y que cabe suprimir el interés del capital, fuente no laboriosa de beneficios económicos, aun en el régimen de la producción individualista. Compárese esa idea con las modernas concepciones de los tecnócratas norteamericanos.

Algo parecido queremos nosotros: la supresión de los ingresos no legítimos, es decir los no producidos por el trabajo físico o intelectual socialmente útil, lo que equivale a una honda transformación económica, a poner en el centro de toda la economía, no la especulación y la ganancia, sino el trabajo y el producto para el bienestar de todos.

* * *

La Naturaleza impone el trabajo del hombre para su manutención, su vestido y su abrigo; y lo que por sí misma no hace la Naturaleza, árida en su mayor parte, sin los frutos, el ganado o la pesca suficientes para la población en aumento, lo impone el desarrollo de la civilización, que ha hecho bienes indispensables para la generalidad muchísimos que en otros tiempos ni siquiera los disfrutaban los ricos. Dudamos de que se nos ofrezca todo lo que necesitamos al alcance de la mano, como en la Arcadia feliz de los poetas o en el país de Jauja, y es preciso que nuestro inge-

(1) *Teoria dell'imposta. Bca. dell'economista*, Torino, 1868, página 610.

nio o nuestro esfuerzo supla las deficiencias, produzca el grano, cultive y labore las plantas textiles, extraiga el combustible y el metal de las entrañas de la tierra, fabrique artefactos, herramientas, etc., etc.

La industria norteamericana del automóvil fabricó ocho millones de coches en 1925 y 1926, con una cantidad de obreros cada vez menor: en 1925 con 47.000 obreros menos que en 1924, y en 1926 con 69.000 obreros menos que en 1925.

No hace muchos años un automóvil era una rareza que provocaba el asombro y la envidia de las poblaciones por donde pasaba. Hoy es un vehículo casi proletario, ineludible en el estadio de cultura a que hemos llegado, y debe estar al alcance de todos, de absolutamente todos los habitantes de un país que lo necesiten.

No queremos privarnos de ninguna de las comodidades que la moderna técnica ha hecho accesibles; al contrario, si es posible queremos multiplicar esas comodidades, y no dudamos que ha de serlo, pues si en el capitalismo se ha logrado tanta maravilla, con más razón se ha de conseguir en un régimen de socialización y de libertad, ya que "sólo en el aire puro de la libertad puede avanzar el vuelo caudal y gigantesco del progreso técnico" (H. Dietzel).

Para conservar y acrecentar los beneficios de la civilización, para multiplicar la productividad del suelo, hacer menos brutal el esfuerzo físico, embellecer la vida, disfrutar del confort, es preciso trabajar; pero nadie ha dicho que sólo haya de trabajar una categoría de hombres, los tradicionalmente esclavizados, los adscritos a la gleba, los proletarios.

Ninguna doctrina mantiene ya esos viejos principios de clase o de casta ni se considera desdorado el esfuerzo manual. En otros tiempos se dictaban leyes para declarar que el oficio del sastre o del zapatero no eran degradantes; ahora se aspira, como quería

Campomanes, a decretar que el ocio, el parasitismo, la haraganería son denigrantes (1).

Decir, por ejemplo: "Media España, cuando menos en el agro, se viste harapientamente y se alimenta de pan de centeno y no conoce el pescado; para media España la fruta, en este "país de fruta", es un lujo, al paso que la mitad de sus habitantes, viven, en las aglomeraciones urbanas, en barracas y en el campo como trogloditas, sin el menor asomo de comodidad", decir eso es una vulgaridad, porque de tanto saberlo y de tanto comprobarlo, más de uno puede imaginarse que esa condición es de origen divino y decir lánguidamente: "Siempre hubo pobres y ricos y siempre los habrá", con un fatalismo mahometano. Proclamar que la "cifra media de la carne consumida en España por habitante es inferior a la que se precisa para una mediana alimentación", no es decir nada nuevo tampoco (2).

Dentro del capitalismo no hay nada anormal en ello, porque no es capaz de aprovechar todos los recursos de la Naturaleza, de la técnica y del trabajo humano de que una colectividad dispone. Media España se viste de harapos, y los obreros textiles no encuentran quien emplee su pericia y su habilidad, las grandes fábricas se cierran, las maquinarias se oxidan inactivas.

En una economía socializada no podría darse ese espectáculo, porque no se produciría para el mercado, de capacidad variable, independiente de las necesidades efectivas de la población, sino para las necesida-

(1) «Mientras las leyes no declaren deshonrosa la ociosidad, de nada servirá que las mismas proclamen que no es infamante ser sastre o zapatero, y habrá siempre hidalgos que consideren la ociosidad como secuela obligada de la distinción e incompatible toda ocupación con el esplendor de sus títulos» (Campomanes, *Cartas políticoeconómicas*, Madrid, 1778, pág. 217).

(2) Gregorio Fernández Díaz: *La crisis de la economía nacional*, en la *Revista Nacional de Economía*, 1926, Madrid.

des, y mientras un solo español no dispusiese de las prendas de vestir necesarias no habría por qué cerrar las fábricas textiles de Cataluña ni por qué paralizar las tareas de sus obreros.

Lo mismo podría decirse de cualquier otro producto. Los obreros de la construcción no trabajan ni siquiera en un 40 por ciento de sus posibilidades; la desocupación entrega lentamente a la tuberculosis a una buena parte de ese gremio. Sin embargo la mitad de los españoles viven en condiciones a veces mucho peores que los animales y la vivienda es anticuada, antihigiénica, conservando buena parte de ella el horror de otros tiempos a las puertas y ventanas, gravadas con pesados impuestos.

En una economía de sentido común, los obreros de la construcción no estarían ociosos mientras hubiera tantas viviendas que construir para satisfacer urgentes necesidades.

Pero el capitalismo no es capaz de poner en marcha los recursos sociales; no puede aprovechar, como hemos dicho tantas veces, más que una parte ínfima, la que para él es rentable, de las fuerzas de trabajo, de las innovaciones de los técnicos, de los descubrimientos de los sabios, de las fuerzas de la Naturaleza. No responde a las exigencias de nuestra etapa de cultura, condena a la ruina fisiológica y moral a la gran mayoría de los hombres, es un obstáculo al progreso e incluso a la misma subsistencia. Por eso debe desaparecer.

* * *

Para obtener el máximo de bienestar de que es capaz la sociedad de nuestra época, no haría falta más que suprimir el parasitismo, organizando la vida de manera que el que no trabaja no hallase medio de vivir del esfuerzo ajeno. Naturalmente, no se tiene en cuenta entre los parásitos a los niños, a los ancianos,

a los enfermos, carga natural y que no se siente como tal en una colectividad humana. Los niños darán mañana el fruto de cuanto hayamos hecho hoy por ellos, alimentándolos y educándolos; los ancianos han dado ya su contribución a la riqueza social; los enfermos son sólo transitoriamente improductivos.

Contando sólo las fuerzas de trabajo en edad apropiada, la cantidad de fuerzas humanas por lo menos se duplica en una economía socializada. Y es fácil darse una idea de lo que esa duplicación importaría en alivio de las tareas, tanto como en aumento de la productividad. Eso sin contar que una economía socializada es un régimen de liberación para los técnicos y los sabios, un acceso libre a los lugares de trabajo, una posibilidad de avanzar a toda marcha en la producción, y no como hoy, cuando hay que regular el ritmo por las exigencias del mercado.

Desde el punto de vista moral y desde el punto de vista económico, la socialización, imponiendo el principio *el que no trabaja no come*, dará un impulso de crecimiento insospechado al nivel de vida de un pueblo, pues el trabajo y el ingenio no tropezarán con barreras ni con trabas a su actuación y llegarán a convertir en realidad, por el esfuerzo inteligente, el viejo sueño del paraíso terrenal.

X. Nos guía sobre todo la visión de una sociedad de productores y distribuidores libres en la que no haya ningún poder capaz de quitar a esos productores y distribuidores el dominio del aparato productivo. En el ejemplo ruso, el Estado ha quitado a las asociaciones obreras y campesinas la libre decisión sobre cuanto atañe a los instrumentos de trabajo, a la producción y a la distribución. Los productores han cambiado allí de amo; no son dueños ni de los medios de producción ni de los productos de su esfuerzo. Y

el salariado, que persiste con tantas desigualdades o más que en la sociedad capitalista, entraña un régimen económico de dependencia, de servidumbre, de esclavitud.

Se puede objetar, desde el punto de vista social, que en la organización económica por nosotros proyectada, intervienen poco los consumidores en tanto que tales y como categoría propia, puesto que no se les asigna un órgano de expresión y de ejecución. Indudablemente el hombre es, además de productor, varias horas al día, consumidor siempre, un ente social que ha de vincularse fuera de la fábrica o del lugar de trabajo por afinidades culturales, por aspiraciones sociales, por motivos religiosos, políticos, etc. Y esas corrientes de opinión han de crearse sus propios órganos de expresión y de influencia social: prensa, asambleas, organismos diversos en donde la libre iniciativa ha de tener curso y posibilidades de exteriorización, de ensayo, de proselitismo. Es un aspecto en el que no entramos, como no entramos en otros aspectos, la defensa de la revolución, por ejemplo, aun cuando tienen el más vivo interés. Nos concretamos a trazar las líneas generales del mecanismo económico, esbozado ya en los actuales sindicatos, en las tendencias populares casi instintivas: los *soviets* fueron antes un hecho que una teoría. Nos importa como primer paso de la revolución la toma de posesión de todo el engranaje económico y su administración directa por los productores mismos para asegurar la satisfacción de las necesidades fundamentales de la población.

El resto puede dejarse más a la improvisación porque es asunto en que intervienen más los sentimientos individuales, la educación de cada uno, las concepciones sociales que los intereses comunes y las necesidades biológicas inaplazables de todos los seres vivos.

III

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA Y SU DISTRIBUCIÓN

Es importante el conocimiento de la población española, pues los problemas de la reconstrucción no serían exactamente los mismos si el territorio nacional sólo contase diez millones en lugar del doble.

Los alimentos, tierras, minas, viviendas, etc., no son ilimitados y sobre todo es preciso que se acrecienten, no como en otros tiempos, conquistando nuevos territorios, sino intensificando los cultivos en los antiguos, pidiendo a la industria y a la técnica lo que no puede dar la naturaleza espontáneamente.

El índice del desarrollo de un país no se mide por su población agrícola, sino por su población industrial. En países fértiles y de fácil cultivo, como el Canadá, con una décima parte de la población en el campo se pueden abastecer plenamente las necesidades de la población. En España podría duplicarse esa suma y exigir para la agricultura un 20 por ciento de su población; con lo cual el trabajo del campo, hoy una maldición, por culpa de la ignorancia, de los gravámenes fiscales, del régimen de la propiedad, del atraso técnico, se convertiría en una de las ocupaciones más sanas, renditivas y aliviadas.

España se encuentra relativamente retrasada en todo, en agricultura, en industria, en el transporte, en la cultura. La revolución debe realizar en pocos años

un salto hacia delante prodigioso, construyéndose un instrumental técnico de que carece, transformando los métodos de cultivo de la tierra, repoblando sus bosques, recogiendo hasta la última gota el agua de sus ríos para los riegos, multiplicando los caminos y carreteras, convirtiendo en tierras productivas los desiertos de sus mesetas, etc.

Por otra parte su población es bastante numerosa como para conseguir grandes cosas en pocos años. Calcúlese lo que el enorme aparato represivo, guardias civiles, guardias de Asalto, policías, guardias rurales y urbanos, personal de la Magistratura, empleados del ministerio de la Gobernación, en fin, todo el mecanismo de la defensa policial y judicial del privilegio capitalista podría llevar a cabo si se dedicase a repoblar los bosques, a fomentar la arboricultura, a inundar de árboles frutales los bordes de todos los caminos, los ejidos de todos los pueblos. Con sólo cinco años de trabajo regular en ese sentido, España se convertiría en un vergel, sus bosques mantendrían la humedad del suelo, harían de la fruta un alimento común.

Dedíquese, por ejemplo, el equivalente a las fuerzas improductivas del ejército y la marina a construir canales de riego, embalses de agua, diques, etc., etc., y dígasenos, si el aspecto del territorio español, de árido que es no se convertiría en un lugar delicioso, donde, con un trabajo agrario mucho menor y más descansado que el actual, se obtendría doble cosecha.

Y apenas nos referimos al trabajo de 350.000 hombres hoy consagrados a defender la caja de caudales de los ricos, a poner trabas a toda la labor fecunda que no sea al mismo tiempo controlada y rentitiva desde el punto de vista capitalista.

Pero el parasitismo es infinitamente más grande.

La población española puede calcularse en 24 millones de habitantes.

En 1930 la natalidad era calculada en 28,8 por 1000; la mortalidad en un 17,8 por 1000. El crecimiento anual absoluto de la población española fué de 0,61 por ciento en el período de 1800-1870, de 0,52 en el de 1870-1910 y de 0,65 en el de 1910-1930.

Una tendencia a vivir sin trabajar, muy humana por lo demás, se advierte en todos los tiempos en España, tendencia que se ha puesto de relieve demasiado por los observadores superficiales y ha creado una fama especial en torno al español.

Pero esa tendencia es la propia de las clases privilegiadas, pues sus obreros y campesinos son excesivamente laboriosos y nosotros que los conocemos en muchos países, no podríamos sostener la tesis de una inferioridad cualquiera, desde el punto de vista de la habilidad, de la resistencia, de la constancia en el trabajo. Se encuentra a los españoles en las fábricas más modernas de Estados Unidos, en las pampas argentinas, en todos los lugares de trabajo del mundo y en todos los climas, a la par de cualquiera. Si en algo se distinguen, es quizá por su mayor espíritu de independencia, por su mayor propensión a la rebelión. Por eso se les han cerrado en algunas partes las puertas, no por inferioridad para el trabajo.

En el censo de Campomanes de 1787 había sólo una quinta parte de la población en funciones económicas útiles. En cambio se contaban 481.000 hidalgos pagados de su abolengo, 189.000 clérigos, 280 mil criados.

Censos posteriores pueden modificar las denominaciones, pero siempre encontraremos a una parte de la población eludiendo todo compromiso con el deber de ganar el pan con el sudor de la propia frente; y mientras el régimen económico y social no varíe de un modo radical, no hay que soñar con que ese parasitismo pueda ser suprimido.

En 1915 en las 49 capitales de provincia y en los

40 municipios de más de 30.000 habitantes había 4.646.633 habitantes, o sea, el 23 por ciento de la población. Aumentó desde entonces ese porcentaje, indudablemente, pero no obstante aún es superior la población del campo a la de las ciudades.

Para ilustrar el significado de la distribución de la población, he aquí las condiciones de Francia:

En 1789 su población rural era de 26.363.000; su población urbana de 5.709.270. Por cada cinco habitantes que había en la campaña no habitaba más que uno en la ciudad.

En 1921 la población rural y la urbana se equilibran.

En 1926 la población agrícola no representa más que un 37 por 100 del total. De 1921 a 1926 la agricultura francesa perdió casi un millón de trabajadores que acudieron a las ciudades a ofrecer sus brazos a la industria.

El desequilibrio entre el crecimiento de algunas grandes ciudades y el de las regiones correspondientes, se acusa sobre todo en Cataluña. En 1920 la población total de Cataluña era de 2.244.719 habitantes y Barcelona contaba con 721.869. En 1930 las cifras eran 2.791.292 y 1.005.565, respectivamente. En 1934, según los datos calculados, la población de la región era de 2.969.921 habitantes, y la de Barcelona, de 1.148.129.

En 1919 había en España 406 mil personas dedicadas al comercio y al tráfico; en 1920 llegaban a 644 mil; en este último año el porcentaje correspondiente a la industria y a la minería era de 21,3 por ciento; muy inferior, como se ve, al de casi todos los países europeos.

La población española está agrupada en 46.082 núcleos, desde ciudades de un millón de habitantes a caseríos de una docena o dos de personas. Hay 284 ciudades, 4.669 villas, 16.300 lugares, 13.211 aldeas y 11.618 caseríos.

Otra distribución merecedora de tenerse en cuenta el primer tiempo de la revolución es esta: se divide España en 527 partidos judiciales, en 12.340 distritos municipales y en 9.260 Ayuntamientos. Aun cuando la futura estructuración tendrá un fondo más económico que geográfico-político, la realidad actual debe ser conocida.

Comparando la población censada en 1910 con la actual, estimamos en 10 millones de personas las que en España están en edad de trabajo, desde los 18 a los 50 años. De esa cifra no hay en la actualidad cinco millones dedicadas a una labor socialmente útil en el campo y en la industria, y eso que incluimos también a los desocupados y a los familiares de las empresas campesinas y ganaderas.

No contamos para el porvenir inmediato como población productiva a los niños menores de 18 años y a los ancianos de más de 50.

Los 9.260 municipios tienen esta población aproximada, según las cifras de 1920:

- 25 municipios no pasan de 100 habitantes;
- 1325 municipios oscilan entre 100 y 300;
- 1078 municipios pasan de 300 sin llegar a 500;
- 2243 municipios oscilan entre 500 y 1000;
- 1697 municipios oscilan entre 1000 y 2000;
- 749 municipios oscilan entre 2000 y 3000;
- 700 municipios oscilan entre 3000 y 5000;
- 523 municipios oscilan entre 5000 y 10000;
- 284 municipios pasan de 10.000 y de ellos sólo 9 tienen más de 100.000 habitantes.

La cifra media de 43 habitantes por kilómetro cuadrado es demasiado alta para un país agrícola y demasiado baja para un país industrial.

En resumen, la población española dentro del capitalismo es excesiva; y la pequeña válvula tenida hasta aquí de la emigración, no puede contarse en lo sucesivo; por consiguiente la población aumentará, no

obstante lo que la miseria, la tuberculosis, puedan ralea las filas.

Dentro del régimen actual no hay más perspectivas que las de las privaciones crecientes, la opresión y la esclavización cada vez mayores de los que trabajan.

En una economía socializada no habrá individuos improductivos; todos tendrán una tarea que realizar y podrán elegir esa tarea en límites amplísimos. Los cuatro o cinco millones de seres que hoy se desloman en la industria, en el campo, en la mina, en la pesca, para llevar un mendrugo a su hogar y abastecer la mesa de los funcionarios del Estado, de los intermediarios del comercio, de los señores de la industria, de los rentistas, cobradores de cupones de la deuda, etcétera, etc., verán automáticamente duplicado su número. Ya por ese solo hecho es indudable que el alivio se hará sentir en el acto. Si todos comen, es justo que todos trabajen.

Pero además el alivio será de año en año más notable si se realizan las obras públicas de riego, de comunicaciones y transportes, de laboreo de los minerales, de fabricación de toda especie, de repoblación forestal, que tanta urgencia tienen.

Con los actuales métodos de producción y en el estado actual de la economía española, la capacidad alimenticia posible en España alcanzaría, según Fischer, para 27 millones de habitantes. Pero ese límite podría alejarse considerablemente con las transformaciones que la revolución propicia.

IV

UNA SOCIEDAD DE PRODUCTORES Y DE CONSUMIDORES

La idea de la supresión del parasitismo económico y político está, o al menos debiera estar, bastante madura en la mente de los pueblos para su inmediata realización. A los que trabajan no les agrada verse esquilmar la mejor ración del producto de su esfuerzo, y si no fuera por la fuerza policial y militar del Estado, es seguro que la máxima de justicia, *el que no trabaja no come*, se vería instantáneamente traducida en hechos prácticos. Pero es que los trabajadores de las fábricas y de la tierra viven tan sometidos a un régimen de subyugación y tan sujetos a las cadenas de la esclavitud como los esclavos de todos los tiempos; la sola diferencia está en que los asalariados modernos tienen la libertad de elegir amos en las llamadas democracias, libertad también ésta un tanto relativa.

Los realmente productores son una ínfima minoría social; una décima parte de la población vive del aparato estatal; otra décima parte vive del comercio capitalista (1), sin contar otras categorías improducti-

(1) «Realmente el número de comerciantes ha aumentado mucho en todos los países cultos. Mientras que en el Imperio alemán, en el año 1882, el 8,6 por ciento de los individuos activos correspondían al grupo «Comercio y tráfico», en 1895 eran 10,9, en 1907 eran 13,9 y en 1926 eran 16,5. El hecho manifiesto del rápido aumento de la

vas importantes y sin contar las categorías improductivas naturales, los ancianos y los niños.

De diez millones de personas aptas para el trabajo en España, apenas encontramos cuatro millones y medio o cinco en el proceso productivo de la industria y la agricultura. La revolución, por lo menos, hará que ese parasitismo desaparezca, con lo cual ya estaría justificada; y por consiguiente desaparecerá la abundancia junto a la escasez, la ostentación del lujo junto a la miseria más extrema. Si de cierta producción no alcanza lo suficiente para todos, se racionará de manera que nadie quede sin su parte, grande o pequeña; distribuirá equitativamente la alimentación, el vestido, la vivienda; sembrará con mayor sinceridad y aliento la cultura primaria y la instrucción especializada; pondrá en movimiento todos los brazos y todos los cerebros y, por primera vez en la Historia del Mundo, no habrá ni inteligencias ni músculos en huelga forzosa; todas esas fuerzas tendrán desde el primer día amplio campo para materializar su potencia.

También por esto es deseable la revolución, que hará de la República de guardias que es la flamante República española, una vasta comunidad de productores y de consumidores.

No creemos mayormente en la resistencia al trabajo, incluso de parte de las clases hasta aquí crecidas en el ocio; habrá dificultades iniciales hasta re-

clase mercantil suele relacionarse con otro hecho igualmente indiscutible: el de la tensión mercantil, es decir, la diferencia entre lo que el productor recibe por las mercancías y lo que el consumidor debe pagar, se ha hecho extraordinariamente grande. Así se ha comprobado, por ejemplo, que en Berlín, en el otoño del año 1930, pagábase por un quintal de patatas, en el comercio al por menor, 3,50 marcos, mientras que el productor sólo recibía 1,48; el precio medio de una libra de costillas de cerdo sólo se pagaba al ganadero a 86 pfenings la libra.» (Alfred Weber: *La economía mundial al alcance de todos*; traducción esp., pág. 87.)

partir adecuadamente esa enorme población entre los gremios en los cuales pueden hallar más fácil y cómodo acceso; pero la dificultad mayor no estará ahí, sino en las consecuencias de un bloqueo internacional.

Falta en España el algodón, por ejemplo, sin el cual alrededor de doscientas mil personas, entre obreros textiles y obreros de la confección, quedarán sin tarea; falta petróleo, sin el cual el transporte ha de verse seriamente obstaculizado; falta, aun cuando en menor importancia, papel, sin el cual muchos millares de obreros gráficos, de periodistas y escritores, etcétera, quedarán sin ocupación; esas son las materias en que a primera vista advertimos déficit sensible; nos parece que en todo el resto los problemas son menores.

La revolución debe, desde su principio, preocuparse de asegurar el algodón para las fábricas de Cataluña y para el vestido de la población; debe preocuparse de resolver el problema del petróleo sintético, por la destilación de carbones minerales. No hay dificultades técnicas insuperables, pues todas esas contingencias han sido vencidas por la ciencia moderna; pero si la revolución no quiere volver a un nivel de vida inferior, sino aumentar el bienestar general, debe contar con petróleo para sus automóviles, sus camiones, sus barcos, sus aviones, y debe sembrar desde el primer año el algodón suficiente para que no se paralice el trabajo textil y la confección.

Naturalmente, estos problemas, aun cuando conviene resolverlos, serían de menor urgencia si el bloqueo mundial no se produjese y se pudiera abastecer el consumo con el petróleo ruso, con el algodón americano, a cambio de bastante mineral de hierro y cobre.

Del mineral de hierro extraído en las minas españolas sólo una ínfima parte es fundido en el país; el resto se exporta y vuelve convertido en maquinaria, en instrumental, etc. La revolución debe hacer de la

industria metalúrgica española una realidad y multiplicar los altos hornos, las fábricas de máquinas, sustituir en lo posible el viejo arado romano y en general la tracción a sangre por el arado moderno y el tractor, apropiados para las mesetas y las regiones llanas; debe electrificar lo más que pueda de sus ferrocarriles y de sus fábricas; debe aprovechar todos los saltos de agua, tanto para los riegos como para la producción de energía eléctrica; debe encauzar seriamente el problema de la repoblación forestal, la preparación de nuevos territorios para la agricultura y la ganadería, la utilización de la fuerza del viento, etcétera.

En una palabra, la revolución debe hacer en pocos años lo que el capitalismo es impotente ya para crear: una España capaz de alimentar, de vestir, de alojar a una población que no tardará en llegar a los treinta millones de habitantes si las corrientes emigratorias siguen cerrándose como se han cerrado en los últimos tiempos (1).

Toda voluntad de trabajo encontrará fácilmente su puesto gracias a la revolución, que vincula la ciencia de los laboratorios y de los gabinetes con la técnica y con el trabajo útil.

De esa solidaridad tiene que surgir forzosamente algo superior a lo que pueden darnos la política capitalista, las especulaciones de los financieros, la voz de mando de los generales.

No necesitamos la hipótesis de Dios para la construcción ideal de nuestra sociedad de trabajadores; no tenemos que recurrir tampoco a la hipótesis del Estado. No queremos que todos bailen a la misma música, que todos marquen el paso al unísono. Incluso

(1) Ha dicho Lucas Mallada: «Por todas partes, sea labriego o artesano, el bracero español se halla peor vestido, peor alimentado y peor albergado que cualquier otro europeo de igual condición social.»

admitimos la posibilidad de diversos organismos, unos más y otros menos revolucionarios, unos más y otros menos amigos de la nueva situación. Lo importante es que todos los españoles tenemos un mínimo de necesidades que satisfacer y, en holocausto a eso, debemos contribuir, por deber y por derecho, al proceso de la producción de los bienes para satisfacerlas. Lo mismo que hoy en la fábrica trabajamos con diversidad de mundos políticos, interesándonos en ella más el buen obrero, el buen compañero de labor, que el compañero de ideas, así mañana nos codearemos en los lugares de trabajo con gentes que no piensan como nosotros, que incluso nos son política o socialmente hostiles, y a los que habremos de vencer por el ejemplo de nuestra obra, por la eficacia de nuestra orientación. Hay diversas organizaciones obreras en España; todas deben contribuir a la reconstrucción de la economía y a todas se les debe dejar su puesto. La revolución no rehusa ningún aporte en ese terreno; luego, fuera de la producción y de la distribución equitativa, obra de todos y para todos, cada cual propiciará la forma de convivencia social que mejor le agrade; lo mismo que no negaremos el derecho a su fe religiosa a los que la tengan, e incluso la ostentación de esa fe, tampoco negaremos a los que no participan de nuestras concepciones sociales la libertad de defender las suyas y de practicarlas, siempre que no sean agresivas, siempre que no quieran forzar-nos a nosotros y a quienes no las comparten a ser de los suyos. Entonces habría hostilidad y guerra civil. Incluso prevemos que los amigos del modelo ruso podrán tener para su uso particular, fuera del régimen económico que ha de ser fruto de una gran concordancia, sus comisarios del pueblo; prevemos que los socialistas políticos podrán tener su Parlamento, seguir pronunciando sus discursos. No nos afectará en lo más mínimo y nosotros nos contentaremos con la

disposición, siempre latente, a impedir cualquier manifestación agresiva de una fracción contra otra que no quiera practicar sus ritos políticos o religiosos, y a mantener el aparato productivo y distribuidor en poder de los productores y los distribuidores mismos.

Libertad, pues, libertad absoluta en el orden político; coordinación de todas las fuerzas en el orden económico, producción de todos para todos, distribución equitativa de los productos. ¿Qué puede objetarse a una sociedad organizada de esa manera? Y ésta es posible desde hoy mismo, con sólo que los trabajadores y los campesinos víctimas de la iniquidad reinante lo quieran y se dispongan a descargar sus hombros del peso aplastante de tanto parasitismo como les agobia.

Creemos que esta revolución no dañará a nadie y beneficiará a todos. ¿Qué importa que muchas gentes que hoy disfrutan excesivamente hayan de volverse un poco más parcas y conozcan algo lo que cuesta el pedazo de pan que se llevan rutinariamente a la boca sin haber dado en cambio nada de su esfuerzo? Para ellas mismas sería un bien moral y físico ese cambio de la situación. Pero sobre todo la clase media y el proletariado no sólo no tienen que perder nada, sino que tienen un mundo que ganar en una fraterna cooperación productiva, gracias a la cual unos y otros alcanzarán un nivel de vida tolerable y, sobre todo, seguro. No habrá miserias ni inquietudes por el mañana, no habrá continuas tragedias de sin trabajo, de gentes que han conocido en la clase media un relativo confort y hoy se ven en plena miseria, sin pan y sin esperanzas. Todo eso desaparecerá, porque habrán sido abiertos al trabajo fecundo todos los lugares de trabajo, sin más línea directriz que la satisfacción de las necesidades sociales.

Los temerosos de siempre suponen que la revolución, que es obra de justicia, va inspirada por la ven-

ganza. Es un error: más bien hay que temer que la revolución triunfante peque en España de exceso de generosidad. El proletariado español es todo lo contrario del vengativo, y al día siguiente de encontrarse en posesión de la riqueza social, habrá olvidado su largo calvario. Los hombres y mujeres que no han sido habituados al trabajo desde su juventud, es inútil forjarse ilusiones, no serán de gran eficacia; al comienzo, al menos, toda la esperanza está en sus hijos, que serán educados desde temprano en una nueva moral e instruídos para ser mañana útiles. A la vieja generación parasitaria será preciso encontrarle alguna ubicación en labores fáciles y de poco esfuerzo, pues lo contrario sería pedir peras al olmo (1).

Naturalmente, hay una parte de los capitalistas, los empresarios, los pequeños industriales, que conocen su materia, que han comenzado a la par de los demás obreros o que pueden ponerse a la par de ellos; su porvenir como técnicos y expertos en su industria o su rama especial de trabajo está perfectamente seguro; no serán los amos, pero serán miembros indispensables de la nueva estructura social y en ella podrán desarrollar, mucho mejor que en su situación anterior, su espíritu de empresa, sus iniciativas, las ampliaciones deseables de sus establecimientos, etc.

Podríamos revisar una por una todas las categorías de la población y ver cómo nada tendrían que temer del cambio social inevitable. No habrá palaciegos ni cortesanos, no habrá gentes reventando de disfrutes, enfermos de gota ni de aburrimiento por el derroche y el vicio; no llegan a cien mil los hogares

(1) Uno de nuestros camaradas, el Dr. M. Pierrot, propone como medida de oportunidad y de conveniencia asegurar una especie de renta vitalicia a los privilegiados desposeídos de sus riquezas, dada la dificultad con que se habrá de tropezar para su adaptación al nuevo orden de cosas. La nueva generación podría darse por feliz si puede comprar a ese precio su seguridad y las garantías de su libre desenvolvimiento.

españoles que habrán de sentir mermada su situación por el proceso revolucionario: nos referimos a esas cien mil personas a quienes consideramos propiamente ricas y con base económica a cubierto de toda emergencia; en cambio, para los veintitrés o veinticuatro millones de españoles restantes la revolución será libertadora y para cerca de veinte millones será también portadora de un nivel superior de existencia al que han conocido con el capitalismo.

V

DE LA INIQUIDAD ECONÓMICA Y SOCIAL A LA JUSTICIA

¿Qué es lo que observamos en la estructura de la vida que se desarrolla a nuestro alrededor, de acuerdo a las directivas del capitalismo?

Un formidable aparato productivo, elevado por la técnica y la ciencia a un grado de posibilidades insospechado, y su falta de aprovechamiento por la contradicción inherente al sistema de especulación, de la producción rentable para los mercados y no para los consumidores, no para las necesidades.

Cada obrero norteamericano tiene a su disposición 3.000 esclavos de energía en forma de 300 caballos mecánicos de fuerza; cada caballo de fuerza es equivalente al trabajo hecho por diez esclavos humanos. ¿Qué magnate de la antigüedad griega o romana o egipcia podía contar con tantas fuerzas a su disposición? En otros países el desarrollo técnico es menor, pero, sin embargo, son muchos los esclavos mecánicos de que dispone el productor moderno, y su número podría fácilmente doblarse, triplicarse, quintuplicarse.

Pero, ¿es que el bienestar humano corresponde a esas posibilidades? ¿Es que hay relación entre la manera como vivimos y cómo podríamos vivir? La producción de acero en Estados Unidos disminuyó en 1930, en comparación con el punto culminante alcanzado antes, en más de un 50 por ciento; la de In-

glaterra y Alemania en un 50 por ciento, la de Francia en un 33 por ciento. El descenso no ha menguado y el comercio mundial marca igualmente la enorme proporción de la caída. Se tiene un inmenso aparato productivo, se cuenta con medios de transporte modernos y rápidos, pero en algunas industrias hasta el 70 y el 80 por ciento de su personal está con los brazos cruzados.

Los países agrícolas ven pudrirse los cereales en los campos o en los depósitos sin compradores, mientras los pueblos industriales abarrotan los depósitos de mercaderías sin salida y acrecientan sin cesar el paro forzoso. En los países industriales de Europa y de América pasan de 50 millones los parados y, por más proyectos que se tejan y más empréstitos que se hagan, la situación del mayor número de esos trabajadores, empleados y campesinos no puede mejorar ya en el régimen actual.

Una sociedad como la presente, que hace posible una productividad grandiosa con una miseria igualmente extraordinaria, no debiera tener defensores. Los que realmente están en ella libres de preocupaciones y a seguro de las contingencias son una ínfima minoría; los más están expuestos a perder el pan y el techo cuando lo tienen.

No hay seguridad más que para los pocos y si en la línea de batalla no encontramos más combatientes contra la organización que nos degrada y nos arruina, impidiendo el trabajo de los que desean producir, obstaculizando el aprovechamiento de todas las energías disponibles, es por el temor misoneísta propio de las grandes masas.

Examinemos el caso de Alemania.

Sobre 65 millones de alemanes, un 32,5 por ciento son considerados productivos; de ellos 29 millones ganan menos de 200 marcos por mes.

“La parte de los pobres —escribe F. Fried (*La fin*

du capitalisme)— sobre todo el ingreso nacional, es, en Alemania, alrededor del 70 por ciento; la de la clase media de un 26 por ciento y la de los ricos (30.000 hombres) casi 4 por ciento. De otro modo: 29,5 millones de hombres ganan por término medio de 130 a 140 marcos por mes; 3,5 millones alcanzan a 450 marcos por mes y 30,000 hombres de 12 a 13 mil marcos mensuales. Pero esta no es más que una estadística superficial; un análisis más profundo revela diferencias todavía más notables.

"Tomemos primeramente —continúa el mismo autor— esos 29,5 millones de hombres que ganan cada uno menos de 140 marcos por mes. Entre ellos, 16 millones, o sea, más de la mitad, no llevan cada mes a su casa 100 marcos; 6 millones aportan sumas que varían entre 100 y 125 marcos, y 7 millones y medio entre 125 a 200 marcos. Esto significa que la mitad de la población productiva en Alemania no recibe siquiera el salario mínimo oficialmente reconocido como indispensable.

"Si se analiza desde más cerca la composición de la capa intermedia ya ínfima en Alemania, su rol parece todavía más limitado. Se trata de 3 millones y medio de hombres productivos. Entre ellos 2 millones y medio, o sea un 70 por ciento, ganan entre 200 y 500 marcos por mes; más de un millón gana entre 500 y 1.500 marcos mensuales. Aquí sería preciso, a decir verdad, detenerse, porque no quedan más que 77 mil hombres que tienen una ganancia mensual que se eleva de 1500 a 3.000 marcos. Si se les añade a los 30.000 ricos se obtiene para toda Alemania el total de 100,000 hombres que viven realmente sin preocupaciones."

¿Para qué tanto empeño, tantos sacrificios, tantos crímenes si al fin y al cabo el régimen capitalista no libra propiamente de inquietudes económicas más que a una parte insignificante de la población?

El hitlerismo, una de las manifestaciones más ho-

rrorosas del retorno a la barbarie, si es que no agraviamos con eso a los más bárbaros de los tiempos viejos, sólo ha surgido y existe para salvar a esos 100.000 alemanes libres de las preocupaciones, del castigo proclamado en la Epístola a los tesalónicos: *el que no trabaja no come*.

Lo que anteriormente transcribimos sobre Alemania puede aplicarse en líneas generales a cualquier otro país.

Dejemos de lado, sin embargo, la crítica al sistema capitalista, porque ha llegado ya a una situación en que se resquebraja solo y sus llagas están a la vista de los más ciegos y sus efectos son sentidos como nunca hasta por los más indiferentes. Más que hora de crítica es hora esta de ofrecer soluciones. Y nosotros damos la nuestra, sin preocupaciones de partido, sin preconcepto alguno, como alguien que, examinando fríamente las cosas, hijo de su época, buscarse el camino más recto hacia el gran objetivo de la salvación humana: el aseguramiento del derecho a la vida y al trabajo.

La propiedad privada debe hacer lugar a la socialización de la propiedad —que no ha de confundirse—repetimos— con estatización, con capitalismo de Estado. Una economía comunista no es una herejía ni es ningún imposible; entra, por lo menos, en el terreno de la justicia. Tanto es así que la Iglesia católica, cuando aun estaba influída por el cristianismo, antes de transigir y de someterse a los Césares de Roma, defendía el comunismo con ardor y con entusiasmo, y sus mejores apóstoles lo han seguido haciendo a través de los siglos. Hoy la Iglesia es el último baluarte de la propiedad privada, la última defensa de la riqueza parasitaria e improductiva, el último sostén tradicional de la tiranía y de la expoliación.

“Los crímenes, las guerras y los pleitos—decía san Crisóstomo—nacieron cuando se pronunciaron aque-

llas heladas palabras *tuyo y mío*". Y también él decía: "Aunque hayas heredado tus bienes de tu padre y tu padre de sus abuelos, remontando en la serie de tus antepasados, tropezarás infaliblemente con el criminal" (lo que quiere decir que el origen de la propiedad está en el robo).

San Ambrosio sostenía que la tierra es una propiedad (como el aire) "común para todos" y que la propiedad privada tiene su origen en la usurpación.

De san Basilio es esta frase: "La sociedad perfectísima es la que excluye toda propiedad privada. Este fué el bien primitivo que se turbó por el pecado de nuestros primeros padres. El propietario privado es como el que, apoderándose de cosas comunes, se las apropia, fundándose únicamente en la ocupación"...

San Ambrosio el Grande afirmaba: "La tierra, de donde todos procedemos, es común. En vano se consideran inocentes los que guardan para uso privado los dones que Dios hizo comunes."

La propiedad privada, pues, según los padres de la Iglesia, es un pecado. Y según san Jerónimo, todo rico es un inicuo o heredero de un inicuo.

Pero no sólo es inmoral la propiedad privada, sino que es un obstáculo insalvable en el camino del reajuste económico del mundo. En torno a ella florece el monstruoso parasitismo comercial, burocrático, político, social; en torno a ella se desarrolla la desocupación, la esclavitud del hombre ante el hombre, con todas las murallas chinescas del anacronismo reinante.

Fermín Galán, el héroe de Jaca, tuvo por un momento la balanza de la historia de España y de gran parte del mundo en la mano; si hubiese sido tan estratega como revolucionario, habría triunfado y ensayado su proyecto de nueva creación, inspirado en las fuerzas de nuestro movimiento obrero organizado y en ideas sociales libertarias pasadas por el tamiz de su espíritu apasionadamente realizador. Galán, re-

conociendo el hondo arraigo biológico e histórico de los egoísmos individuales, en oposición a la supresión de la propiedad, admite la propiedad en usufructo, no transmisible, no acumulable, como etapa inmediata, hasta que una experiencia de convivencia moral, justa y libre haga posible otra solución mejor. Sostiene que una parte igual para todos de la riqueza social satisface al instinto social, no al individual, y rechaza en consecuencia las dos fórmulas del socialismo: "A cada uno según su capacidad", y "De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades"; es partidario de esta: "A todos y a cada uno según su capacidad y su esfuerzo físico".

No podemos pasar por alto en absoluto la parte de exactitud que hay, sin duda, en la previsión de Galán, y es muy posible que la revolución socializadora tenga que ceder en algunos lugares al instinto individual campesino de la propiedad, lo que implicaría una coexistencia de propiedad socializada totalmente y de propiedad privada, sólo que no heredable, no acumulable, en simple usufructo.

Por otra parte no debemos olvidar los antecedentes de propiedad comunal tan arraigada en España, y de los que Joaquín Costa, en su *Colectivismo agrario*, y Rafael Altamira, en su *Historia de la propiedad comunal*, dan tantos ejemplos. Este último, refiriéndose a esa comunalización de la propiedad, nos dice:

"Obsérvese que nuestra península es abundante en valles pequeños, en montañas, en sitios, en fin, donde no caben grandes explotaciones agrícolas, así como en otros cuyas condiciones climatológicas y geológicas no se prestan a los cultivos extensos ni a los intensos, sean o no de producción exportiva. Justamente, pienso yo que se nos ofrecen esas supervivencias (de propiedad comunal) como un comunismo propio, tradicional, que no asusta a nadie, que ya ha hecho sus pruebas, y en el cual puede verse un medio de ir al

unísono (en cuanto al campo se refiere) con las nuevas ideas económicas y sociales y, a la vez, encauzarlas en algo práctico que no es una panacea, sino una realidad experimentada y con arraigo psicológico en buena parte del pueblo español." (*Historia de la propiedad comunal*, 1929, I, págs. 20-21.)

Además, el campesino español vive tan miserablemente con su propiedad que nada tendría que perder al aportarla a la sociedad a cambio de una mejor explotación y de una distribución más adecuada del trabajo y de sus productos.

De 13,530 contribuyentes por tierra de la provincia de Avila, 11,452 viven con ingresos inferiores a una peseta diaria, 1,758 con ingresos inferiores a 5 pesetas, y 155 con ingresos entre 5 y 8 pesetas. En base a esas cifras, aplicables por término medio a toda España, puede decirse que más del 90 por ciento de los propietarios españoles de tierras ganan menos que el promedio de los trabajadores sin propiedad de la industria.

Sobre un total de 1.026,412 propietarios de tierras españolas catastradas, 847,548 ganan menos de una peseta diaria, lo que nos da "una clase proletaria propietaria de la tierra, que no difiere en nada de los proletarios agrícolas o trabajadores del campo en cuanto a su absoluta dependencia del mercado de los salarios". (S. Madariaga: *España*, 1930, pág. 74.)

Esos campesinos, si en algunas partes exigieran la conservación de la propiedad de su tierra en las condiciones propuestas por Fermín Galán, obligando a una concesión de parte de la revolución justiciera y liberadora, no tardarían en verse aleccionados por la experiencia sobre su error y sobre lo injustificado y nefasto para ellos mismos de su egoísmo.

* * *

El suplicio de Tántalo no es ninguna fantasía; lo tenemos como símbolo de la sociedad capitalista; el hombre tiene sed y no puede satisfacerla porque el privilegio se lo impide; tiene hambre y sucumbe ante los graneros repletos, ante los depósitos abarrotados. ¿Se quiere mayor contrasentido que el de la abundancia fuente principal de miseria? Y esa es la realidad mundial.

Tántalo es el ciudadano no privilegiado de cualquier país moderno.

Para el que no tiene la cabeza revuelta por el interés mezquino, la solución es casi perogrullesca. Si tenemos materias primas, tierras, instrumentos de trabajo, brazos humanos en grandes cantidades o al menos en la proporción necesaria para asegurar un nivel superior de vida a todos, hay que romper las trabas artificiosas que se oponen al empleo de todos esos recursos. Luego, si se obtiene la abundancia en algunas materias útiles, nadie carecerá de ellas; si hay escasez en otras y no se consigue aumentar su rendimiento de inmediato, se repartirá lo existente equitativamente entre la población que las necesita. No es ningún problema de cálculo diferencial, sino una simple operación de buen sentido.

No sólo es más justo, sino que es también más práctico y beneficioso que la abundancia signifique disfrute de todos y no penuria del mayor número. Para llegar a ese resultado simplista se requiere socializar la propiedad, poner la tierra a disposición de quien quiera trabajarla, las máquinas bajo el control de los obreros, los lugares de estudio bajo la dirección de los hombres de ciencia, etc., etc.

Algunos profetas tardíos del individualismo económico, del manchesterismo trasnochado, como F. S. Nitti, se irritan ante la sola idea de una economía co-

munista; y sin embargo el equilibrio no se encontrará más que en una forma comunista de economía o al menos en una tendencia al comunismo, por intermedio de planes reguladores, coordinadores de todo el esfuerzo productivo y distributivo de un país o de un grupo de países.

Los modernos proyectos de economía planeada, cualesquiera que sean, suponen siempre la superación del individualismo económico, esencial en el capitalismo privado. Pero acortaríamos grandemente el camino si la nueva economía planeada surgiese de las masas productoras y distribuidoras directamente y no de la burocracia de un Estado convertido en supremo hacedor.

Hemos hecho ya experiencias de estatización y de comunismo estatal. Se conoce la estructuración del comunismo del imperio incaico y del comunismo egipcio. En Egipto existía el *trabajo forzado en común*. Revillout, el investigador del derecho egipcio, describe aquellas condiciones como una especie de "socialismo de Estado". Es una especie de faraonismo el que podría llegar a ser el comunismo ruso; pero esa modalidad no corresponde a la conciencia contemporánea, por más esfuerzos que haga, para que se crea lo contrario, la diplomacia del Estado supuestamente proletario.

Tanto se ha desarrollado la máquina capitalista de producción que ya ni los capitalistas mismos la entienden, y, los que la entienden, son impotentes para dominarla y dirigirla. De ahí todos los contrastes y todas las dificultades. Los mismos capitalistas, en su sed de especulación y de ganancia, desencadenaron los espíritus y ahora no saben reducirlos a la impotencia; se olvidaron de la palabra mágica y se han convertido en juguetes de la propia creación.

Algo semejante ocurre con el Estado moderno; ha crecido tanto, se ha vuelto tan complicado, sus engranajes son tan fuertes que el hombre de Estado,

que en otros tiempos ha podido ser dirigente del mecanismo, es hoy dirigido, esclavo de la máquina. Esta es hoy máquina y maquinista.

Por eso no aspiramos nosotros a ocupar en los puestos de combate el lugar de los actuales supuestos dirigentes. No podríamos hacer más que ellos ni diversamente a como ellos hacen, siendo instrumentos dóciles, forzosos, del mecanismo entero, cuya persistencia es incompatible con el derecho a la vida, cercenado en proporciones tan considerables por las consecuencias de la iniquidad económica y política erigida en sistema.

* * *

Según lo que podemos deducir por el estudio de la economía moderna, supresora de los localismos económicos, la evolución, el desarrollo factible para la generalidad está en la línea de coordinación y de unidad. El trabajo es una obligación, consciente en mayor o menor grado; algo que, si se pudiera eludir, no se haría. Ahora bien: si hemos de trabajar para vivir, es preferible hacerlo con el menor esfuerzo posible y no con el mayor esfuerzo, sobre todo aquel trabajo socialmente necesario, nuestra cuota a la existencia social.

El gusto individual del productor pesa menos en la economía moderna que en el artesanado, por ejemplo; diríamos que no pesa casi nada, pues el productor realiza generalmente un solo movimiento en un conjunto sin fin de movimientos que dan un resultado final acabado; puede trabajar sin saber en qué ni para qué. Esto no es bueno, pero es lo que ocurre en la industria moderna, la misma que nosotros hemos de tomar en posesión y gestión directa.

Reivindicar, frente a eso, en lugar de conceptos más o menos en la línea económica general, una modalidad de trabajo que forzosamente nos volvería un

poco al artesanado, es tanto como predicar en el vacío y sentar plaza de excéntricos.

La vida económica tiende a una viva coordinación, no sólo porque es la manera de producir más y más económicamente, sino porque la población es doble, triple, cuádruple de la existente en los tiempos del artesanado artista. William Morris ha ejecutado obras de ebanistería preciosas, pero con su sistema de trabajo no se podría surtir a la humanidad de los muebles que le hacen falta y no podría entrar su labor en la socialmente necesaria. De quererlo se haría fuera de las horas del trabajo general obligatorio, para la satisfacción de los gustos de minorías más selectas. La misión del momento es asegurar a todos los seres humanos un mínimo de existencia indispensable en alimentación, vestido, vivienda, etc., y la revolución debe encarar eso ante todo, consciente de que, asegurado ese mínimo necesario, los horizontes que se abrirán a las necesidades serán distintos y entonces podrán aplicarse principios menos unitarios, al menos fuera del mecanismo económico general.

Fuera del horario socialmente establecido para cada industria o sección de trabajo, quedaría margen suficiente para labores individuales de relieve e independientes en su concepción, ejecución y destino de las tareas comunes de la organización económica general.

Lo mismo que se tiene el ferrocarril y éste debe funcionar regularmente, tener un ritmo propio, y que no se puede volver a las carretas de bueyes como medio general de transporte terrestre, por más que aun se emplee parcialmente ese sistema, así en todas las cosas, en todas las esferas de la economía es preciso avenirse a la idea de conservar los últimos progresos y adoptar las innovaciones posibles en el sentido de un mayor perfeccionamiento, de una mayor utilidad con menor esfuerzo.

Y decimos esto aun cuando preferiríamos, perso-

nalmente, un poco más de trabajo, a costa de una producción más escasa, pero más en armonía con la multififormidad de métodos. Ahora bien: la multiplicidad de métodos será cada día más reducida, repetimos, primero porque no siempre coincide con el beneficio y la tendencia del menor esfuerzo y, en segundo lugar, porque la población es ya tan numerosa en casi todos los países, y sus exigencias, quizá superfluas en parte, pero no menos fuertes, se han centuplicado en relación con las de la población de hace cincuenta, cien o doscientos años. Exigimos hoy mil cosas que nuestros antepasados de hace medio siglo tan sólo no soñaban posibles siquiera; somos mucho más numerosos y es preciso que la producción de un hombre de hoy sea superior diez, veinte, cincuenta veces a la del ciudadano griego o romano de otros tiempos. Y para ello, en el primer momento al menos de la revolución, no vemos otro camino que el consubstancial de la economía moderna: la coordinación unitaria en todo lo posible, y la coordinación siempre, aun de sistemas de producción diversos, donde la coordinación de sistemas unitarios no sea realizable.

VI

ORGANIZACION DEL TRABAJO

Del Consejo de fábrica al Consejo federal de la Economía

Tal vez por ironía, en las Cortes constituyentes de la segunda República española se propuso declarar a España República de Trabajadores; más de uno respondió debidamente a ese absurdo, y se dijo, con toda razón, que España era una República de guardias, o bien de trabajadores... en la cárcel.

La República de trabajadores no se hace en el Parlamento, ni por decreto de Estado; hay que hacerla con los trabajadores, en los lugares de trabajo y no fuera de ellos.

Queremos esbozar aquí el organismo económico de la revolución, las líneas generales de la nueva estructuración económica, sin hacer mayor hincapié en la parte divergente, de derecha tanto como de izquierda, a las que habrán de hacerse concesiones siempre que no se presenten en tono de agresividad y de hostilidad a las realizaciones prácticas distintas. No pretendemos erigir unas nuevas tablas de la ley. Pero, sin duda alguna, una República de trabajadores debe tener por fundamento el trabajo, la organización del trabajo para suprimir el capitalismo, el propietario, el intermediario improductivos. Es decir, una República de trabajadores tiene que entrar en posesión de

la riqueza social y administrarla directamente por los productores mismos.

Se han hecho en estos últimos años diversos ensayos de literatura socialista constructiva por parte de los anarquistas. No diremos aquí nada nuevo; todo se ha dicho ya probablemente. Considérese pues, este ensayo como una repetición, si se quiere; pero tal vez no esté de más, como no está de más la insistencia sobre otros temas de la propaganda cotidiana.

Es importante la literatura constructiva que hemos visto aparecer en nuestro ambiente en el curso de los últimos años; pero más importante aún es la fe popular en la posibilidad de un cambio de las condiciones económicas y políticas actuales, en forma que quede asegurado a todos los seres humanos un mínimo de existencia accesible por el trabajo de cada uno.

Sabemos de antemano que el camino de la reconstrucción del mundo no está libre de obstáculos, de contratiempos, de errores, de desviaciones. No concedemos a ninguna criatura humana la infalibilidad, como tampoco la concedemos a ninguna institución, por revolucionaria y proletaria que sea. Lo que importa concertar, para el primer paso, es el organismo que habrá de resolver los problemas cotidianos e inmediatos de la revolución, y ese organismo, para nosotros, no puede ser otro que el del trabajo organizado sin intervenciones de Estado y sin intermediarios y parásitos de la propiedad privada.

Se puede dar al asunto las vueltas que se quiera; si no pensamos en un retorno a un primitivismo económico imposible, hemos de aspirar a un régimen de gestión directa de la producción y de la distribución por los productores y los consumidores mismos, llegando a la máxima coordinación de todos los factores productivos, lo que nos dará ya una enorme superioridad sobre la esencia de la economía capitalista privada, que no ha sabido cohesionarse y evitar los terri-

bles derroches y desgastes tantas veces denunciados como suicidas.

Hay algo que está definitivamente superado como principio dominante: el localismo económico. La economía actual no cabe en límites nacionales y mucho menos en los locales; por consiguiente, en economía no puede haber particularismos (el productor raramente conoce al consumidor), sino coordinación. Bakunin ha empleado palabras más duras; nos ha hablado de centralización.

Coincidimos con Cornelissen en apreciar que "el núcleo de toda producción, la célula económica es el "establecimiento" y no el "oficio". Además, en todo establecimiento moderno de la grande y mediana industria, pueden trabajar juntos los obreros y empleados de cien, diez o veinte diferentes oficios o especialidades. Juntos pueden conocer sus establecimientos y preparar la organización local, nacional o internacional de todos los establecimientos en cada rama de industria".

Naturalmente, es preciso conservar la libertad del individuo en el grupo de trabajo, el de su grupo en el Sindicato, el del Sindicato en el Consejo del ramo, el de éste en el Consejo local, y así sucesivamente; pero si habrán de resolverse y reconocerse múltiples casos de excepción, ha de crearse un organismo general aglutinante de la economía, y es ese organismo el que tratamos de delinear aquí, no porque corresponda a nuestra utopía íntima, muy distinta, sino porque es el que puede contar con más posibilidades inmediatas de triunfo y con más adhesiones.

No es nuestro sueño de futuro lo que intentamos definir, sino lo que es factible en este momento, con los materiales humanos de que disponemos, en las condiciones actuales del mundo. Podemos superar el régimen del capitalismo privado sin entrar en el capitalismo de Estado, y dando a los que trabajan el instrumento para convertirse en los verdaderos dueños

de la producción y de la organización del trabajo. Si el organismo que proyectamos no llena las aspiraciones de los más exigentes, y nosotros estamos entre ellos, es siempre algo viviente y no cierra las puertas a la esperanza y a la posibilidad de futuros perfeccionamientos.

El trabajo será un derecho y será también un deber. Algunas minorías inteligentes no necesitarán coacción de ninguna especie para trabajar todo lo necesario y más de lo necesario.

¿Pero es que ocurrirá con todos lo mismo?

La vida económica no puede ser interrumpida; al contrario, la revolución debe estimularla poderosamente y es preciso que sepamos sobre qué bases hemos de edificar desde ahora mismo para continuar produciendo, distribuyendo, consumiendo durante y después de la revolución, sin el permiso del capitalista, sin la venia del Estado, no sólo los partidarios de la revolución sino los contrarios a ella, los reacios, los descontentos.

Se teme que en una sociedad libre, los haraganes, los no dispuestos a la labor productiva eludirán fácilmente toda carga; sin embargo, en un régimen de trabajo organizado, es muy difícil vivir al margen de la producción; más hay que temer excesos de coacción y de rigor que un aflojamiento de los lazos de la cohesión productiva.

Por eso decimos siempre que la próxima revolución, a la que los anarquistas darán todo su entusiasmo, su espíritu de lucha, su abnegación, no será una revolución tras de la cual la resistencia al espíritu de autoridad no tendrá razón de ser; prevemos larga y fecunda labor libertaria para después del aplastamiento del capitalismo, porque los siglos de educación en la autoridad y para la autoridad no se pueden borrar por un golpe de fuerza.

Si la dirección y el control del capitalista, del propietario, del empresario son desconocidos por el he-

cho de la revolución, en su lugar hay que poner algo propio, porque nos hace falta buena administración y relaciones con los demás organismos de producción y de distribución, locales y regionales.

En lugar del propietario, ente estéril en la economía, tendremos un Consejo de empresa, de fábrica, de granja, de cualquier especialidad de trabajo, Consejo constituido por los obreros, los empleados y los técnicos, que representa al personal de la empresa, de la nave, de la mina etc., y es nombrado por ese personal siendo revocable en todo momento, modificable en todo instante si así se juzga conveniente.

Nadie mejor que los mismos compañeros de trabajo conocen la capacidad de cada uno de los que actúan en un establecimiento determinado. Ahí, donde todos se conocen, es posible la práctica de la democracia. El Consejo de fábrica, o como se llame, en representación del personal ligado al mismo lugar del trabajo, cohesionada o coordina la labor en su esfera de actividad y la liga a las actividades semejantes de otros establecimientos o grupos productivos.

En la disposición y regulación de esa labor no interviene ninguna fuerza extraña a los trabajadores mismos. Hay autonomía completa, sin que esa autonomía se entienda como capricho en la producción, pues ésta debe responder a las necesidades y posibilidades y ha de ser hecha en vista de un conocimiento exacto de las condiciones de cada establecimiento y de las necesidades y demandas de la población.

Los Consejos de fábrica o lugar de trabajo se relacionan entre sí por afinidades funcionales y forman los Sindicatos de productores de artículos afines, Sindicatos de oficio o de industria. Estas nuevas instituciones, que se forman con los Consejos o Comités de fábricas, no tienen ingerencia en la estructuración interna de los lugares de trabajo, salvo el resolver la modernización del instrumental, la fusión o coordi-

iación de fábricas, la supresión de establecimientos improductivos o poco renditivos, etc., etc.

Los Sindicatos son los organismos representativos de la producción local después de los Consejos de fábrica, de explotación agrícola o forestal, de mina, de nave, de escuela; no sólo pueden atender a la producción actual, sino esmerarse en condicionar la futura, creando escuelas de aprendizaje, institutos de investigación y de perfeccionamiento, laboratorios de ensayos, según sus fuerzas y la iniciativa de sus miembros.

Los Sindicatos se coaligan de acuerdo a las funciones básicas de la economía, funciones que podemos resumir en dieciocho, haciéndolo otros en catorce, otros en quince. Tal es el número de las funciones económicas, gremios o ramas generales de actividad necesarios para la buena marcha de una sociedad moderna.

Nuestros dieciocho Consejos de ramo, con los que podemos organizar toda la economía de un país, son los siguientes:

Necesidades fundamentales: Consejo del ramo de la alimentación, Consejo del ramo de la vivienda y Consejo del ramo del vestido.

Materias primas: Consejo del ramo de la producción agraria, Consejo del ramo de la producción ganadera, Consejo del ramo de la producción forestal, Consejo del ramo de la minería y el beneficio, Consejo del ramo de la pesca.

Los Consejos relacionadores: Consejo del ramo del transporte, Consejo del ramo de comunicaciones, Consejo de la Prensa y el libro, Consejo del crédito y del intercambio.

Industrias de elaboración: Consejo de la industria metalúrgica, Consejo del ramo de la industria química, Consejo del ramo del vidrio y la cerámica.

Consejo del ramo de la luz, fuerza motriz y el agua.

Consejo de la sanidad.

Consejo de la cultura.

No creemos que quede fuera de consideración ninguna actividad socialmente útil en esa enumeración.

Pero no basta la función económica de cada gremio o ramo de industria; es preciso que haya vinculación entre todas las funciones para formar el conjunto del vasto proceso de producción y de distribución que caracteriza a nuestra época.

Formaremos así, con los diversos Consejos de ramo, un *Consejo local de la economía*; sobre la base de éstos, en zonas más vastas, *Consejos regionales*, y en el país entero, en donde la nueva vida se construye, el *Consejo federal de la economía*, sin perjuicio de una *vinculación funcional* también de los Consejos de ramo en todo el territorio revolucionario.

Explicaremos más detalladamente la misión de cada una de esas instituciones, órganos de la nueva forma de convivencia, de trabajo y de disfrute, su estructura federativa, su capacidad de cohesión perfecta, sus enormes posibilidades.

Todas las funciones económicas necesarias pueden regularse por esos dieciocho ramos de actividad, en donde cooperan, estrechamente vinculados y solidarios, los obreros manuales y los técnicos. Gremios como el de rentistas, el de propietarios de tierras, de máquinas o de viviendas, el de accionistas de compañías industriales, el de funcionarios públicos, el de los políticos, el de los policías y jueces, etc., no son necesarios en la economía, y son suprimidos como tales, siendo reabsorbidos sus miembros en aquellas actividades manuales e intelectuales para las que se cuentan con más aptitudes. Probablemente en la pequeña industria y en los restos del artesanado, en donde el capitalista es al mismo tiempo empresario y el empresario un buen obrero o un técnico, el actual propietario será mañana un miembro útil del Consejo de

fábrica, con menos dolores de cabeza que en su calidad actual de amo, agobiado por vencimientos, por la inseguridad del trabajo, por las hipotecas, por el fantasma de la quiebra, etc. Lo mismo ocurrirá en el campo, donde el pequeño campesino, lejos de perder al perder su propiedad legal, ganará sobre todo en liberación de una carga que no tiene para él ninguna compensación.

La alta burguesía perderá probablemente en lujo y en derroche; no tendrá a su disposición regimientos de servidores; no tendrá el insulto del boato en medio de un nivel de vida mucho más restringido; no tendrá ricos palacios en medio de chozas miserables; pero, en cambio, si se adapta al trabajo útil, a contribuir como igual entre iguales al proceso de la producción, ganará en estima social y tendrá lo necesario para vivir a cambio de un esfuerzo de ninguna manera agobiador.

No creemos que los primeros tiempos de la revolución produzcan superabundancia en todo; esa superabundancia habrá de ser obtenida a través de una lucha encarnizada e inteligente con la naturaleza, hasta aprovechar todos los recursos y posibilidades del país. Pero si los actuales 10.000 de arriba perderán sus privilegios y habrán de bajar de su trono, en cambio 23 ó 24 millones de españoles sentirán pronto el alivio, no sólo en tanto que menor esfuerzo, sino en tanto que mayor confort, mayor seguridad, alimentación más abundante, mejor vestido, mejor vivienda, más cultura.

Los Consejos de ramo de cada localidad se unen a su vez, siempre por delegaciones, como los Sindicatos se forman con delegaciones de los Comités de fábrica, en el *Consejo local de la economía*, el centro hacia el cual convergen todos los hilos de la producción, del consumo, de las relaciones de una localidad con otras localidades.

Este esquema es el que brota de la tradición y la esencia de la organización obrera; el que surge, sin esfuerzo alguno de pensamiento y de inventiva, cuando se trata de sustituir la economía capitalista por una economía que dirigen los productores y consumidores mismos.

No es elaboración nuestra, no es elaboración de ningún individuo, sino hija legítima de todo movimiento obrero revolucionario moderno que, en líneas generales, la vino sosteniendo así desde sus orígenes.

Lo mismo que en el Sindicato se crean escuelas de aprendizaje, de perfeccionamiento y de investigación, se hace en los Consejos de ramo. Por ejemplo, las escuelas de ingenieros de minas se integran al Consejo del ramo de la minería, como la ingeniería ferroviaria será fomentada por el Consejo del ramo del transporte.

A su vez el Consejo local de la economía tendrá a su cargo Institutos superiores de investigación, centros de estudio, de urbanización, etc.

Los Consejos locales de la economía se reúnen regionalmente en Consejos regionales y nacionalmente en el Consejo federal de la economía.

Desde el Consejo de fábrica al Sindicato, de éste al Consejo de ramo, del Consejo de ramo al Consejo local y por fin desde éste a los Consejos regionales y al Consejo federal de la economía, la estadística, que es, en resumen, una buena contabilidad, será llevada con todo rigor de manera que, si en la fábrica se puede saber al día el estado de la producción, del personal, de la productividad, se pueda saber igualmente en el Sindicato respectivo, en el Consejo de ramo, en el Consejo local o en el Consejo federal.

La función de la estadística, esencial en nuestra sociedad, que queremos mejor organizada que la de la burguesía, tendrá en el Consejo del crédito y del intercambio su centro de convergencia y de elaboración.

Los Consejos de ramo, además de estar vinculados orgánicamente en el Consejo local de la economía, formarán también Consejos nacionales de ramo equivalentes a las Federaciones nacionales de industria, con la misión de regular en el orden nacional la producción y todo lo relativo a su funcionamiento. La asociación nacional de Consejos de ramo, apoyada en estadísticas fidedignas, en el conocimiento de las posibilidades completas de su esfera de acción, puede proponer, por ejemplo, la traslación de los establecimientos de una región a otra si juzga que eso es más renditivo, el reparto de la producción, etc.

Con ese mecanismo económico, ya esbozado en la organización obrera existente, y que se formará sin violencia, por la integración racional de las actividades productivas y de utilidad social, se alcanza el máximo de coordinación. Ni el capitalismo ni el Estado llamado socialista pueden alcanzar ese acuerdo. Tiene además la ventaja de no afectar la autonomía del individuo en el grupo, del grupo en el Sindicato, del Sindicato en el Consejo de ramo, etc. Es un mecanismo federativo que podrá, en casos dados, producir también opresión, sofocación, *según la necesidad y según el grado de desarrollo libertario de los individuos*, pero que puede igualmente ser garantía de libertad y de comunidad para todos, lo que no ocurre con ningún organismo esencialmente autoritario, cuya medida de adaptación a la libertad se colma en seguida.

* * *

Como se coordinan todos los centros productivos en el orden local, regional y nacional, luego internacionalmente, así armonizan, al fin, en la igualdad, el trabajo y los esfuerzos de los obreros manuales, de los técnicos y de los sabios en toda la escala de la producción. Y esa armonía y cooperación que el capi-

talismo no suscita, sino imperfectamente, a base de salarios y sueldos, en el grado que le conviene y no en el necesario y posible, nos dará al menos la contribución de todos los recursos humanos. Esos recursos humanos combinados y conjugados nos facilitarán la conquista de la naturaleza, hoy paralizada por consideraciones de orden financiero y comercial.

No se hace lo que se necesita y se puede hacer, sino lo que es beneficioso para unos cuantos especuladores. En una sociedad de productores iguales y libres, falta ese factor y, por tanto, se emprenderá todo cuanto permita el nivel de la producción del país y cuanto consientan las fuerzas humanas disponibles. Con el capitalismo no se aprovechan las fuerzas humanas existentes, ni de los sabios, ni de los técnicos, ni de los obreros y campesinos.

De ahí la gran diferencia y la superioridad de todo régimen en donde el trabajo sea un deber y un derecho para todos.

Hemos adoptado una nomenclatura que no siempre corresponde a la habitual en nuestras organizaciones obreras. No es un punto esencial, pero, la graduación en el orden local del Consejo de fábrica, Sindicato, Consejo de ramo o de función industrial y Consejo Local de la Economía nos parece apropiada. Los actuales Sindicatos de Ramo son propiamente una Federación de sindicatos o Secciones. A esos Sindicatos de Ramo les llamamos nosotros Consejos de Ramo y a las actuales Secciones les llamamos Sindicatos, para evitar la duplicidad de nombres en la formación de los Consejos de Fábrica, que serán constituídos por delegados de las diversas *secciones* de esa fábrica.

No es, sin embargo, en los nombres en los que hemos de hacer hincapié, sino en los lineamientos generales de la nueva estructuración.

* * *

Aun cabe una nueva ligazón de los productores por oficio, para la instauración de escuelas propias de su especialidad y para cuestiones de eventual interés gremial, como caben las ligazones verticales, no sólo de los Consejos de ramo en el orden regional y nacional, sino de Sindicatos. Por ejemplo, los Sindicatos de ferroviarios, de transportistas por carretera, de aviadores, de telegrafistas, de empleados de correos, etcétera, pueden vincularse entre sí, además de hacerlo por medio de sus respectivos Consejos de Ramo. En otros gremios esa vinculación sindical no sería importante, y bastaría solamente la industrial o del Ramo. A ninguna de esas iniciativas y necesidades se puede poner trabas de ninguna especie. Repetimos que no hacemos de este proyecto un cartabon aplicable a todos los detalles, sino sólo una visión general del mecanismo económico que pueden seguir en su toma de la producción y de la distribución los productores y distribuidores mismos.

LA NUEVA ESTRUCTURACIÓN

VII

CONSEJO DEL RAMO DE LA ALIMENTACIÓN

Comenzamos la enumeración de los órganos funcionales de la nueva economía por el Consejo del Ramo de la Alimentación. Está compuesto por el conjunto de los Sindicatos que trabajan en la elaboración y manipulación de comestibles, desde las fábricas hasta la mesa de los consumidores. Abarca esta rama de trabajo algunas decenas de millares en cada ciudad importante. Cada Sindicato integrante del Consejo de ramo es, a su vez, formado por Consejos de fábrica.

Hablemos algo de la producción y elaboración de productos alimenticios en España.

Según el "Anuario Estadístico", para 1930, había en 1929:

Industrias conserveras, 1.524 contribuyentes; industria azucarera, 726; fábricas de chocolates, 1.511; industria harinera y arroceras, 25.152; fabricación de aceites, 7.487; elaboración de vinos y otras bebidas, 7.008; tostaderos de achicoria y café, 36.

Reproducimos esos datos tales como nos los proporcionan los informes oficiales; no dan una visión completa de todas las industrias relativas a la alimentación, sino de algunas de ellas, representando, por término medio, los establecimientos por los contribuyentes.

Hay en todas las provincias molinos de harina, desde los que funcionan con los procedimientos más primitivos de la muela, hasta los instalados a la moderna, empleando diversa calidad de fuerza motriz: agua, vapor, gas, electricidad, movidos por caballerías, etcétera (1). Hay fábricas de harinas de arroz, en Córdoba y Valencia; para el aprovechamiento del gluten, en Barcelona; fábrica de pastas en todas las provincias.

En cada uno de esos establecimientos, se constituye, por el personal obrero, administrativo y técnico, un Consejo de fábrica; la reunión de esos Consejos por similitud de función, forman el Sindicato. Esos Sindicatos—por ejemplo el Sindicato de molineros, de fabricantes de pastas alimenticias, etc.—se agrupan, siempre que tengan atinencia con la alimentación, en el Consejo del Ramo de la Alimentación.

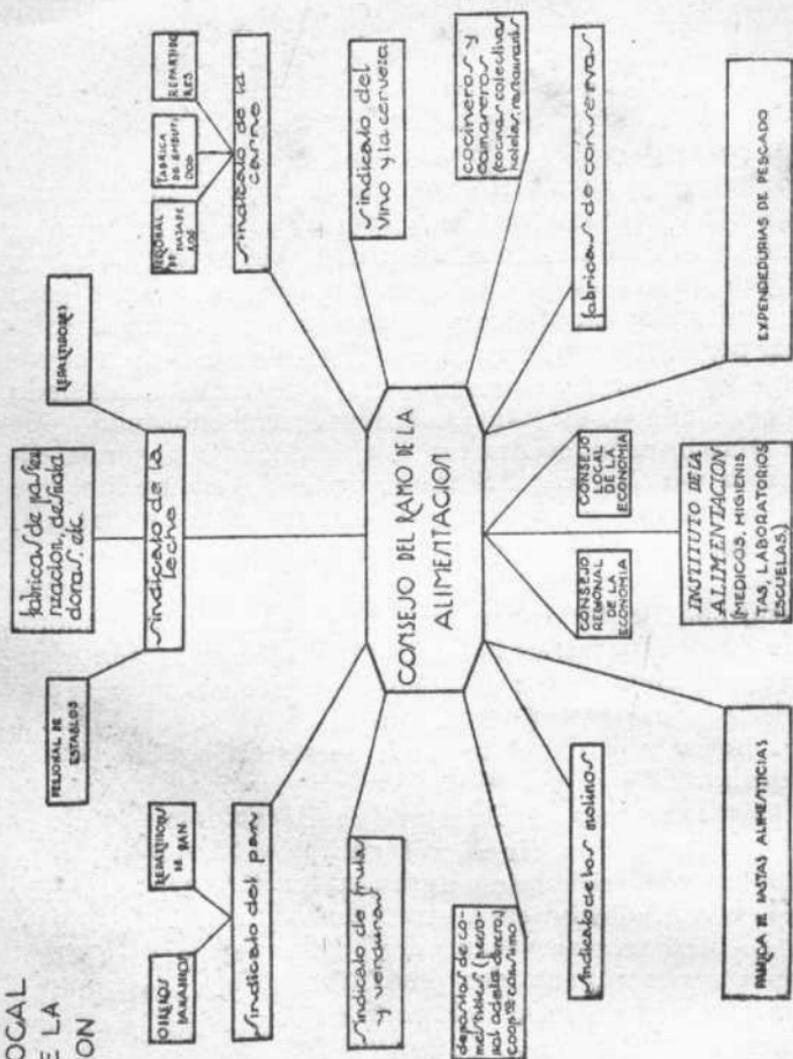
De igual modo se procede con el resto de los establecimientos, yendo de lo simple a lo compuesto, del Consejo de fábrica al Sindicato, del Sindicato al Consejo del ramo, del Consejo del ramo a la Federación Local o Consejo Local de la Economía.

Los panaderos se agrupan de acuerdo al mismo esquema, desde su lugar de trabajo en la tahona, hasta el puesto de distribución del pan al consumidor. Hacen igualmente los carniceros, desde los que faenan las reses en los frigoríficos hasta los que distribuyen la carne al menudeo.

Entran en el Ramo de la Alimentación los cocineros y camareros, con una función cada vez más importante, pues habría incontables ventajas de ahorro de productos, de tiempo, de energías en los comedores

(1) En 1929 había 1.339 fábricas con capacidad de 5.000 kilos y más de molturación diaria. Se calcula de 33 a 34 millones de quintales métricos lo necesario para el consumo anual. Las mencionadas fábricas no trabajan un tercio de sus posibilidades, lo que quiere decir que en los primeros años de la post-revolución no sería necesario ningún esfuerzo constructivo en este ramo de producción.

CONSEJO LOCAL
DEL RAMO DE LA
ALIMENTACION



colectivos, suprimiendo en lo posible las cocinas familiares que no son en ningún concepto superiores.

De la noche a la mañana, no aumentará la producción, no se elevará la ración media de los habitantes del país; pero será mejor distribuída y por lo menos no habrá quienes enfermen de hartura y quienes sucumban de inanición. Tal sería el primer paso de la revolución en cuanto a los alimentos. Mientras no se hayan puesto en práctica las medidas necesarias para aumentar las existencias, la ración media será la misma, pero así como hoy la estadística no tiene en cuenta al que come demasiado y al que come demasiado poco, mañana, este inconveniente será subsanado por la distribución equitativa hecha por los órganos diversos del Consejo del Ramo de la Alimentación, que se atenderían a las comprobaciones estadísticas del Consejo del crédito y del intercambio.

El Consejo de la alimentación procederá en cada localidad de tal forma que, con la cantidad disponible de productos, cada habitante tenga su ración equivalente, bien en los comedores colectivos, que suprimirán la esclavitud de la mujer en el hogar, bien en los hogares particulares que persistan con la cocina familiar.

Se consumen diariamente en Barcelona, por ejemplo, de cuatro a cinco mil gallinas, cifra que podrá mantenerse, reducirse o agrandarse. Pero así como hoy las comen sólo quienes viven de buenas rentas, mañana, o bien se reservarán para enfermos y convalecientes o serán consumidas por turno, de manera que un día a la semana o al mes todo habitante de la ciudad tenga su presa.

Lo mismo podemos decir de todos aquellos productos insuficientes, raros, incluso las golosinas. Si la posibilidad actual de obtenerlos depende del dinero, mañana, todo productor tendrá el mismo derecho y satisfará su necesidad o su capricho, sea por un racionamiento general o por un turno riguroso que es po-

sible en una organización donde se lleva un control más o menos exacto de la producción, de la población y del consumo.

Es ocioso entrar en detalles, porque una vez conocidos los organismos de la revolución, serán éstos los que hayan de regular, con su pericia en el dominio de acción que les es propio, todo lo concerniente al buen funcionamiento del conjunto. Pero creemos que, en principio, se podría suprimir la actual clase comercial considerada como conjunto especializado. Cada Sindicato de productores debería extenderse hasta llegar al consumidor con su producción, solo o coligadamente con otros Sindicatos afines para mantener depósitos comunes o contiguos (1). Por ejemplo, el gremio de panaderos llega desde la tahona hasta el reparto del pan; el de carniceros, desde el matadero hasta el expendio de la carne al menudeo; la actual clase comercial es reabsorbida en el organismo sindical, dentro del cual caben todas esas funciones y se realizan de una manera más ajustada y responsable.

En la misma forma podrían extenderse los demás gremios en el orden local, aun cuando, en esto, una infinidad de combinaciones es posible. El Consejo del Ramo de la Pesca puede tener en su seno los criaderos y viveros de peces, moluscos y crustáceos; puede controlar o abarcar las fábricas de conservas de pescado y puede responsabilizarse de los depósitos de pescado de todas las ciudades y su distribución hasta en las últimas aldeas, o dejar esta última función al

(1) La Federación de productores de leche de Zaragoza ha elaborado un *proyecto sobre centralización, basado en la obligatoriedad de stasanizar la leche y exclusividad de suministro*, un organismo que parte de los establos en donde se ordeñan las vacas y llega hasta los consumidores, con la obligatoriedad de someter toda la producción a procedimientos higiénicos. Excluyendo la parte puramente comercial del proyecto, tal como ha sido planteado, podría ser adoptado en la nueva economía socializada. Es una manifestación contra la economía individualista, cuyos considerandos, en general, compartimos.

Ramo de la Alimentación. No habría en las soluciones de esos problemas de oportunidad y de conveniencia ningún conflicto. Lo esencial es que ninguna función quede fuera del organismo general de la producción, de la distribución y del consumo.

Algunos comestibles y bebidas españolas tienen amplia acogida en el mercado mundial, por ejemplo, las conservas de pescado, los vinos, el aceite, la naranja, etc. Son esas fuentes seguras de ingresos para el intercambio comercial con productos que escasean y que son más necesarios, por ejemplo, el trigo, las máquinas, algunos productos químicos, materias primas para la industria textil, etc. Pero no hay que tomar los índices de exportación como índices de superávit real. Las naranjas serían pocas para el consumo interno, lo mismo el aceite, el pescado, los vinos, etcétera. En realidad el nivel medio de la alimentación en España es muy bajo y la revolución debe proyectar de inmediato la manera de elevarlo.

Como se sabe, no siempre lo que se exporta es superávit; a veces se exporta el hambre de la población, como el trigo ruso, el rumano, etc. No obstante, será preciso privarse todavía por un tiempo de artículos de acogida en el mercado mundial para intercambiarlos por los necesarios, hasta tanto la producción del país llegue al nivel posible.

En 1920, se consumieron 551.415.107 kilos de carne (vacuna, lanar, cabría y de cerda); en 1923, la cifra fué de 527.831.412 kilos, más 86.504.789 kilos de aves y pesca. Es una cantidad que no podrá ser superada más que después de unos años de reconstrucción inteligente y de funcionamiento de nuevas fuentes de energía. El aumento de las obras de riego, por ejemplo, puede traer una mayor posibilidad de cría de ganado y por tanto un mayor margen de consumo de carne, de leche, etc. En algunas provincias el consumo de carne por cabeza es de 5 kilos al año, lo que quiere decir que la gran mayoría de la población no

la come; el término medio del consumo de carne es de 30 kilos por habitante; en Francia de 62 kilos, en Inglaterra de 72, en Buenos Aires de 101, etc. Pero si la revolución no puede aumentar por decreto las cabezas de ganado anualmente disponibles para el consumo, puede operar una distribución más equitativa de la carne, de manera que no sea consumida preferentemente por los privilegiados y apenas llegue a la mesa de los trabajadores (1).

Los Consejos locales del Ramo de la Alimentación, además de estar vinculados al Consejo local de la economía, forman en el orden nacional un organismo federativo que facilitará su labor, coordinándola en todos los sentidos.

De los Consejos locales del Ramo o del Consejo nacional de la Alimentación dependerán institutos especiales, por ejemplo instituto de la alimentación (2),

(1) La disminución del consumo es en los últimos años alarmante; un índice trágico lo ofrece el pan, alimento principal e insustituible del pueblo. Respecto a la carne, en Barcelona, la ciudad de España donde el consumo es más elevado, se tienen estas cifras:

1914	133	gramos por habitante y por día
1925	108	» » » » » » »
1930	94'10	» » » » » » »
1934	86'35	» » » » » » »

Los libros de Senador Gómez, *Castilla en escombros*, y otros hablan altamente de la miseria popular española. Es de interés documental el librito de Gonzalo de Reparaz (hijo), *Pobreza y atraso de España*, Cuadernos de Cultura, Valencia, 1932. «Más de 400.000 obreros viven en Andalucía y Extremadura exclusivamente de los cortos jornales ocasionales que ofrecen las faenas agrícolas, en las dos temporadas de actividad, de tres meses escasos cada una. En los otros seis meses largos se calcula que solamente un diez por ciento encuentra jornales advenedizos»... «Citemos de paso, dice este autor, la pavorosa situación de la zona del Sureste y su lenta agonía de hambre y miseria. Aquello excede a cuanto pueda imaginarse. De Cartagena a Almería, pasando por Lorca y el valle del Almanzora, asistimos impertérritos a una de las más espantosas tragedias que se han conocido en Europa. Cientos de miles de seres sucumben tras una agonía lenta...»

(2) En muchos aspectos ha hecho la humanidad progresos considerables, pero, en cuanto a la alimentación, los viejos métodos de

escuelas de aprendizaje y de perfeccionamiento de las diversas tareas del conjunto de gremios de la alimentación confederados, oficinas de estadística, de mano de obra, etc.

la rutina y la lentitud con que penetran en las grandes masas y aun en las capas sociales más instruidas los resultados de la investigación moderna, indican cuán vastos horizontes quedan aquí por recorrer. Hoy se conoce el valor alimenticio de las diferentes substancias nutritivas y se sabe cuáles son las necesidades del hombre según su profesión, su naturaleza, su desgaste habitual. Es de acuerdo a todo eso como habría de orientarse en el porvenir la alimentación. No es la cantidad de las substancias, sino su calidad lo que más importa. El profesor Pedro Escudero, de Buenos Aires, calcula que 20 gramos de trigo equivalen a 70 gramos de moniato, 75 gramos de uva, 100 gramos de granos de maíz o de patatas crudas, 140 gramos de naranjas o mandarinas, 200 gramos de pulpa de sandía, de fresas o de melocotones, 230 gramos de coles, 400 de tomates y 600 gramos de lechuga.

La cocción modifica el valor de los alimentos, aumentándolo o disminuyéndolo. El moniato gana en valor nutritivo por la cocción el 55 por ciento, la espinaca queda invariable. John Orr, del «Rowett Research Institut», ha dicho: «Destinando el dinero que actualmente invierte el Estado en limitar la producción agrícola para mantener los precios y lo que gasta en combatir y tratar las enfermedades originadas por los defectos alimenticios, a la propulsión de la producción agrícola y el reparto de los productos entre los ciudadanos que no pueden alimentarse como es debido, el Estado resolvería simultáneamente el problema de la agricultura en Inglaterra y los peores problemas de la pobreza inglesa.» Ese mismo investigador, refiriéndose a su país, Inglaterra, decía que la mitad de la población no consume ni en cantidad ni en variedad los alimentos suficientes para evitar las enfermedades de la desnutrición. Y el bioquímico Gowland Hopkins sostiene que con una alimentación adecuada se puede lograr en primer lugar una raza dos pulgadas más alta que la actual, aparte de la resistencia que se lograría contra ciertas enfermedades, aumentando así la felicidad que da una buena salud. Véase «El pan nuestro de cada día», por A. Assia, *La Vanguardia*, Barcelona, 1.º de marzo de 1936.

No son, pues, solamente los cocineros ni el simple paladar de los consumidores, quienes han de fijar las normas del arte culinario, sino también los especialistas de la novísima ciencia de la nutrición que está dando resultados tan novedosos como fecundos. Y esa misión sería aliviada por los comedores colectivos que habrán de sustituir a la mayoría de las cocinas particulares.

En Barcelona, el presupuesto de gastos de una familia obrera con dos hijos oscila, actualmente, entre 320 y 250 pesetas mensuales, de las cuales el 65 por ciento corresponden a la alimentación.

Si estas familias consumiesen la carne en proporciones convenientes, el gasto por este solo concepto— a los precios actuales—representaría en el presupuesto de alimentación un porcentaje imposible de soportar, lo que obligaría a reducir la cantidad, con la natural contracción en el consumo total (1).

(1) De un informe del consejero regidor de Política social, estadística y censo de Barcelona, 1935.

VIII

CONSEJO DEL RAMO DE LA VIVIENDA

En la literatura extranjera sobre España abundan las descripciones de la tragedia de la morada española. Una gran parte de la población vive troglodíticamente o en refugios que no merecen siquiera el nombre de viviendas (1). Sin embargo, España es un país donde no escasea la materia prima, la piedra sobre todo, ni la mano de obra, ni faltan los constructores y arquitectos. Su relativa pobreza en madera puede suplirla con ventaja por el empleo de puertas y ventanas y vigas metálicas, usuales en toda construcción moderna.

Si se recorren los sindicatos de la construcción se advertirá que es en ellos precisamente donde más se aglomeran las fuerzas obreras en busca de empleo para sus brazos.

En 1910 había 3.644.483 casas habitadas; construc-

(1) «España es el país en Europa en que el número de trogloditas es mayor. Varias decenas de miles de españoles viven en cuevas, e incluso hay una ciudad, Guadix, en la que el 59 por ciento de las viviendas no son casas, sino eso. Nosotros, que hemos recorrido la región de trogloditas del Sureste — también los hay en Aragón y en Castilla — no podemos olvidarnos de aquellos hormigueros humanos...» (Gonzalo de Reparaz (hijo), *Miseria y atraso de España*, pág. 49.) «España continúa siendo una nación de aldeas moribundas que, en su inmensa mayoría, carecen de caminos, de luz, de alcantarillado, de servicios higiénicos, y hasta de agua y de viviendas suficientes» (Senador Gómez).

ciones destinadas a otros usos: 800.179; deshabitadas accidentalmente: 442.931. De esos edificios eran de un piso 1.738.557, es decir, más bien chozas; de dos pisos, 2.355.227, y de más de dos pisos, 793.809. El total de edificios sumaba entonces 4.887.593; el de albergues 562.391.

Desde 1910 se ha construído, pero se ha derruído también, por el efecto del tiempo. Podría aparecer a simple vista que hay vivienda para todos; pero no es así: una parte considerable de la población española vive en condiciones absolutamente inconciliables con las exigencias de la higiene, expuesta a las enfermedades por causa de la humedad, de la falta de ventilación, de la suciedad insuperable de la morada.

En las grandes ciudades causa horror la visión de los barrios llamados populares, los barrios bajos de Madrid, el barrio chino de Barcelona o el casco viejo de la ciudad. Existen en Madrid 28.000 viviendas en malas condiciones. Se inspeccionaron 13.000 de ellas y cerca de 10.000 fueron declaradas oficialmente inhabitables. Pero en ellas sigue habitando la población obrera, dejando día tras día jirones de vida.

Y no sólo es mala la vivienda, sino que es además escasa. En diciembre de 1933 el total de las viviendas alquilables en Madrid ascendía a 205.835. Y el número de cabezas de familia empadronados llegaba a 215.842. Se calcula en 222.317 el número de viviendas-albergue, aparte de los edificios destinados a oficinas y comercio, que requiere la actual población madrileña.

Y sobre ser malas y escasas, las viviendas son caras. Las viviendas de 50 a 75 pesetas por mes no llegan en Madrid a 60.000. Y por tanto los proletarios y la clase media de recursos mermados tienen que pagar por alquiler sumas desproporcionadas con sus ingresos.

A comienzos de 1935 se lamentaba la Asociación de Fabricantes de Cemento de la exiguidad del consumo

de su producción. El paro obrero en la construcción abarcaba de 85.000 a 100.000 obreros y las fábricas de cemento, montadas para una producción en gran escala, puesto que la materia prima es superabundante, no podían sostenerse en condiciones rentables. Las cifras del consumo dadas por esa Asociación eran las siguientes:

1930.	1,44 millones de toneladas.
1931.	1,37 " " "
1932.	1,31 " " "
1933.	1,17 " " "
1934.	1,17 " " "

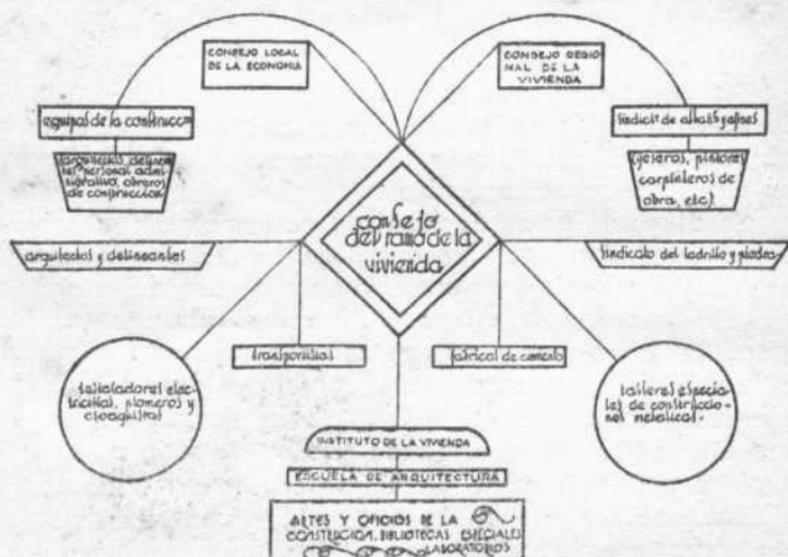
La capacidad productiva de las fábricas de cemento se calcula en 2.600.000 toneladas anuales, o sea el cincuenta por ciento más de lo que se viene utilizando en este último quinquenio.

Se dispone, pues, de fábricas de cemento con capacidad para abastecer las necesidades del consumo en una España que no tuviese un solo obrero de la construcción parado, se dispone de hierro abundante; se tiene en ciudades y aldeas espacio sobrante para la edificación; se cuenta con mano de obra y personal técnico. No hace falta más para iniciar la transformación radical de la vivienda en España a fin de adaptarla a las exigencias de la higiene y del confort.

En este aspecto la revolución no puede dar lo que no existe; es verdad que en los primeros tiempos sería ya una gran adquisición la distribución equitativa de la vivienda monopolizada por escasas familias en los barrios ricos de las ciudades; hay palacios en que apenas se encuentran moradores, mientras existe una profusión infinita de zaquizamis en que vegetan y envejecen prematuramente familias numerosas. Un mejor reparto en ese aspecto aliviaría no pocos sufrimientos. Pero el problema queda en pie: la revolución ha de dedicar desde el primer instante todas sus fuerzas disponibles a la construcción de viviendas moder-

nas en las ciudades y en los campos, para que en un plazo, el más breve posible, cada familia disponga de la habitación que necesita y en las condiciones que es preciso que reúnan ya las viviendas para que sir-

consejo local del ramo de la vivienda



van de base a nuevas ambiciones en el orden cultural y social. Si algo hay que temer para el futuro post-revolucionario es que, a pesar del aporte de nuevos brazos y de la renovación industrial y técnica que ha de iniciarse en seguida, no se cuente con todo el personal que hará falta para proceder con el ritmo necesario en la construcción. Un contraste vivo con la situación actual en que del 40 al 60 por 100 de los obreros del ramo sufre los efectos del paro.

¿Cómo comenzar si mañana estallase la revolución anhelada y los productores hubiesen de asumir directamente la responsabilidad del trabajo en el nuevo orden de cosas?

Los trabajadores de las fábricas de ladrillos y bóvilas, de las canteras, de las fábricas de materiales de construcción constituirán en cada lugar de trabajo—personal obrero, administrativo y técnico—, un consejo o Comité de fábrica, de bóvila, de cantera. Esos Comités se relacionan con sus similares de la localidad y así se constituye, por ejemplo, el Sindicato de ladrilleros, el Sindicato de canteros y picapedreros, el Sindicato de las fábricas de cemento.

Esos Sindicatos se relacionan por medio de sus delegados con todos los Sindicatos de la construcción de la localidad, creando así el Consejo local del ramo de la vivienda, en el que están representados todos los oficios necesarios y todos los cuadros técnicos y administrativos de la construcción, puesto que se apoya en los Sindicatos integrantes, como esos Sindicatos se apoyan en los Comités responsables de cada lugar de trabajo.

Puede seguirse ese esquema o bien crearse equipos completos de la construcción, abarcando desde las bóvila o canteras hasta los arquitectos y constructores, pasando por albañiles, peones, yeseros, carpinteros de obra, electricistas, plomeros, cloaquistas, transportistas, etc., etc. Esos equipos habrán de relacionarse igualmente en el orden local y constituir por medio de sus delegados el Consejo local del ramo de la vivienda.

Puede darse el caso de un sector útil de la construcción, por ejemplo electricistas, que formasen parte del Sindicato respectivo y fuesen integrantes de otro Consejo local del ramo, el de la electricidad y la fuerza motriz. Son cuestiones de conveniencia que no implicarían ningún rozamiento, pues en ese caso sólo significaría que para la construcción de una vivienda

no sería el Consejo del ramo de la vivienda el único que habría de aportar su personal, sino que también se habría de requerir el correspondiente a otros ramos. En el mismo caso podría estar el transportista de ladrillos, de arena, de materiales de construcción, que podría formar parte del ramo del transporte.

Esos casos nos hacen comprender la imposibilidad de los esquemas rígidos, pues ninguno sería capaz de resolver problemas de detalle que han de surgir inevitablemente y que la práctica superará.

Por nuestra parte estimamos que la constitución de equipos lo más completos que fuera posible, serían deseables, pues esos equipos tendrían así una movilidad mayor y podrían incluso significar escuelas arquitectónicas diversas y emular en la labor a realizar con los otros equipos (1). Pero también el esquema general de los Comités de lugar de trabajo, Sindicatos de oficio y Consejo local del ramo de la vivienda salvaguarda la personalidad de cada obrero en su fábrica, de cada Comité de fábrica en su Sindicato, de cada Sindicato en el Consejo local del ramo.

Ese mecanismo de coordinación no excluye otro, aparte, por oficios. Nadie podría impedir a los pintores su reunión, sus asambleas especiales, sus comités permanentes para debatir asuntos propios, sobre innovaciones en el trabajo, sobre concepciones artísticas y decorativas, para la formación de escuelas profesionales, etc. Los arquitectos, a su vez, también se vincularían entre sí como mejor entendiesen. Sólo que la labor socialmente establecida debe hacerse y resolverse por los órganos de la producción y de la distribución que parten del Consejo administrativo de cada lugar

(1) En Suecia se organizaron, como defensa contra la desocupación y contra el boicot por los reformistas, Guildas de la construcción por los sindicalistas de la S. A. C., que han demostrado vitalidad aun dentro del actual sistema de propiedad privada y de valoración pecuniaria del trabajo. Organismos parecidos podrían ser esos equipos a que nos referimos.

de trabajo y llegan, por el Sindicato, el Consejo del Ramo y el Consejo local de la economía, al Consejo federal de la economía.

En este aspecto de la vivienda pueden llenar un cometido los comités de barrio eventuales, en donde se agrupan los individuos como vecinos para propugnar por mejoras, o realizarlas por sí mismos cuando es posible. Esos Comités de barrio harían conocer sus necesidades por medio de asambleas, de la prensa, de exposiciones colectivas al Consejo local de la economía. Sería ese uno de los medios de escuchar la voz de los consumidores, de la población en general. Cuando las iniciativas alentadas pueden ser llevadas a cabo directamente, en tanto que vecinos, no hace falta reclamar ayuda ajena; pero si han de realizarse con el apoyo de las fuerzas de trabajo de la localidad entera, entonces habrá de ser esa localidad, por sus órganos de producción y de distribución, o por plebiscitos, quien debe resolver en última instancia.

El Consejo local del ramo de la vivienda integra el Consejo local de la economía, por un lado y, por otro, se enlaza con los Consejos del ramo de la construcción de otras localidades, comarcal, regional y nacionalmente, para formar así el Consejo nacional del ramo de la vivienda.

Del Consejo local de la vivienda dependerían las escuelas especiales con atinencia al ramo, escuelas de arquitectura, de artes y oficios de la construcción, etcétera. Cuando la magnitud del esfuerzo excede de las posibilidades del Consejo local de la construcción, se agrupan los esfuerzos de los Consejos similares de una comarca o de una región y se mantienen escuelas especiales de ingeniería y de arquitectura, para la creación de nuevos técnicos y de obreros especializados.

Esos centros de estudio, de investigación y de perfeccionamiento, de estadística y de control de la mano de obra, constituirían a su vez sus Comités de admi-

nistración interna, que tendrían su delegación en el Comité local o en el comarcal o regional, o bien en el Consejo nacional de la vivienda. Así se conjugaría el esfuerzo del que da su aporte a la bóvila o a la cantera más pequeña con el del alumno o el del maestro de la más alta escuela de ingeniería. Ese esfuerzo conjugado en el orden local, regional y nacional pondría en movimiento centenares de millares de hombres de todas las capacidades y especialidades para satisfacer una de las necesidades fundamentales de una sociedad moderna: la habitación.

En ese conglomerado inmenso de energías musculares y mentales no habría más que iguales y los mismos derechos y los mismos deberes tendría el peón que el ingeniero o el arquitecto, pues cada cual contribuiría según sus fuerzas y su capacidad al bienestar colectivo, unos amasando la tierra del ladrillo, otros investigando en un laboratorio los materiales de construcción, otros trazando planos o calculando.

IX

CONSEJO DE RAMO DEL TEJIDO Y DEL VESTIDO

Según cifras oficiales se valoraba la producción española en 1922 así:

Producción minera	1.070.237.191 pesetas
Producción agrícola	9.201.300.131 "
Producción industrial	6.500.000.000 "

En la producción industrial, la primera era la industria textil, con 2.150.000.000 de pesetas; seguían las industrias agrícolas: harinas, conservas, azúcares, etc., con 1.900.009.000 y en tercer lugar estaba la metalurgia y la siderurgia con 950.000.000.

Por mucho que hayan variado las relaciones desde entonces, creemos que las cifras pueden tomarse por aproximadas. En todo caso no cabe duda que, en el terreno industrial el primer puesto en España corresponde a la industria textil, la mejor montada, la mejor desarrollada desde hace muchos años. ..

En conjunto el número de obreros empleados en la industria textil, en las fibras de algodón, lana, seda, natural y artificial, lino, cáñamo y yute, con los ramos anexos de blanqueo, tintes y aprestos es en toda España de 300.000.

Hay 2.300.000 husos de hilar algodón, dos millones de los cuales solamente en Cataluña; el ramo algodonero da trabajo a 170.000 obreros, gastándose por año

430.000 balas de algodón, de unos 200 kilos cada una.

La industria de la lana tiene en Cataluña 244.624 husos y 6.270 telares, con 30.200 obreros que elaboran anualmente unos 10.000.000 de kilos.

Se contaban en 1921 sólo 108 compañías textiles, pero esto no quiere decir nada, porque ya en 1917 los contribuyentes de la industria del hilado y del tejido sumaban 7.922, correspondiendo 4.230 a Barcelona. Sin embargo, esas cifras hablan de la poca disposición de los capitalistas españoles para seguir las corrientes nuevas de la trustificación y de la kartellización.

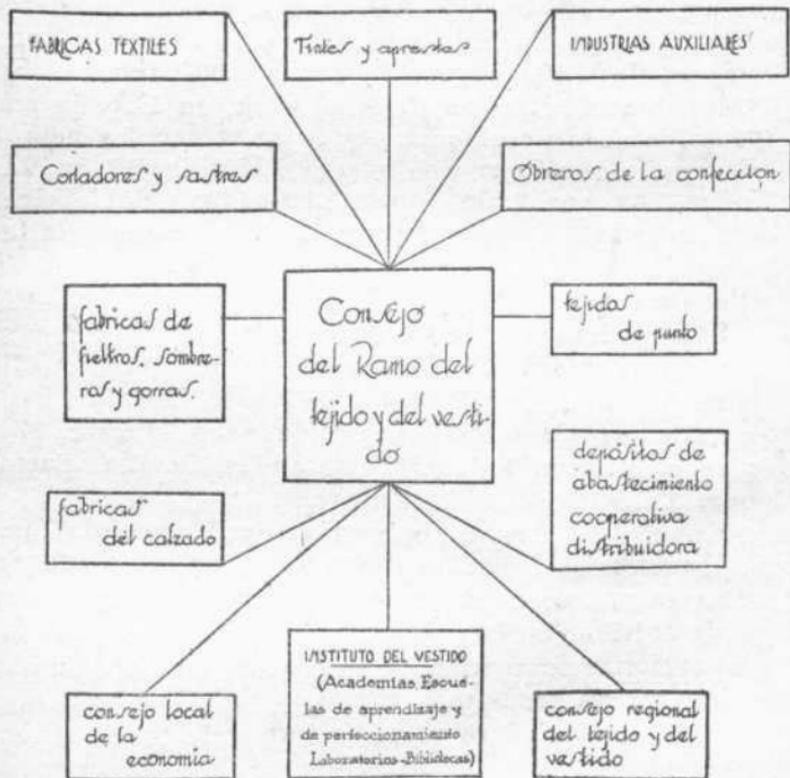
Es interesante la distribución de los contribuyentes (1929):

Industria lanera y estambrera.	3.557	contribuyentes
Industria cañamera y linera.	1.204	"
Industria algodонера.	1.795	"
Industria sedera	269	"
Tejidos de mezcla.	945	"
Otras fábricas de tejidos	225	"
Tejidos de punto	1.776	"
Fábricas de estampados, tintes y blanqueos	742	"
Acabado de tejidos	974	"
Accesorios de la fabricación de toda clase de hilados, tejidos y estampados.	1.225	"
Fábricas de blondas y tules.	70	"

Hay ciudades esencialmente textiles, como Sabadell y sus pueblos adyacentes, que tenía en 1917 no menos de 285 fábricas laneras, 292 algodonerías, 11.693 obreros, 188.400 husos de diferentes clases, 4.100 telares mecánicos, empleando 16.000 caballos de fuerza. (13.000 eléctrica, 2.000 a gas, 1.000 a vapor y 600 a fuerza hidráulica). Desde entonces han mejorado mu-

cho las fábricas y se han modernizado en parte, aunque aun se mantienen en función máquinas de hace cuarenta, cincuenta y hasta sesenta años.

consejo local del ramo del tejido y del vestido



Hay máquinas de hilar y retorcer el algodón en Alicante, Avila, Barcelona, Cáceres, Coruña, Gerona, Lérida, Santanter, Tarragona, Baleares.

Se hila y se retuerce la lana y el estambre en di-

versas localidades, pero sobre todo en Cataluña. Se hacen tejidos de lino, cáñamo y yute, de mezcla de seda, lino, cáñamo, yute, lana o algodón; hay importantes fábricas de punto, de fieltros para sombreros, fábricas de sombreros, de tulle y encerados, etc., etc.

En la industria linera catalana trabajaban en 1923 unos 2.300 obreros, con 1.200 telares; en la industria cañamera y yutera de Cataluña la cifra de los obreros era de 5.100 en la misma época, con 2.100 telares y 34.120 husos; la industria sedera de la misma zona comprendía 3.100 obreros y unos 2.000 telares. En 1920 había 20 fábricas de hilar seda en España con 499 calderas o perolas en donde se toman las hebras del capullo que forman el hilo (en Murcia 218, en Valencia 188), con 2.315 telares dedicados a la fabricación de tejidos de seda pura y 2.081 dedicados a la fabricación de tejidos de mezcla en que entran hilos de seda, lino, lana y algodón.

Se cosechan más de 1.000 toneladas de capullos y se cuenta con más de 30 escuelas de sericicultura en diversas provincias, en Albacete, Alicante, Badajoz, Burgos, Cáceres, Canarias, Gerona, Granada, Huesca, Marruecos, Murcia, Palencia, Santander, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia, Zaragoza.

En una palabra, la industria textil española puede abastecer el consumo interno; faltan, no obstante, materias primas, algodón y lana, pero el algodón se puede cultivar en la península y en Marruecos en las proporciones necesarias, tarea post-revolucionaria técnicamente ya resuelta.

El Consejo del ramo de la industria textil abarca la producción total de hilados y tejidos. El personal de cada establecimiento forma su Consejo de fábrica, en donde habrá representación de obreros, empleados y técnicos; el capitalista, como en todas las otras ramas, si no es más que capitalista, si no es al mismo tiempo un técnico o un buen operario, carecerá de ra-

zón de ser y habrá de ser reintegrado a un trabajo en correspondencia con su capacidad y sus inclinaciones. Los Consejos de fábrica se reúnen en el Sindicato correspondiente, de fabricantes de tejidos de seda, de fabricantes de tejidos de algodón, etc., etc. La agrupación de todos los sindicatos textiles de una localidad forma el Consejo del ramo de la industria del tejido y del vestido, en donde encontramos desde la representación de los obreros de las fábricas de hilados hasta los empleados que distribuyen el producto acabado al público en los depósitos.

En esta industria, sobre todo en donde abundan los pequeños establecimientos, es muy probable una fuerte reagrupación de talleres y fábricas, operación por lo demás espontánea desde el instante que haya desaparecido la competencia y la guerra de una a la otra empresa. Se conseguirá así un mayor rendimiento, una mejor distribución del trabajo, un ahorro en fuerzas humanas y en derroches en las manipulaciones.

En cada centro textil importante caben buenos institutos de investigaciones, escuelas de aprendizaje y de perfeccionamiento y en general los organismos específicos de cada Consejo de ramo, para la estadística, la mano de obra, la distribución, el consumo, etc.

El Consejo del ramo, por una parte, se asocia a los demás gremios locales en el Consejo local de la economía y, por otra, constituye con los demás Consejos del ramo textil del país, un Consejo nacional del ramo del tejido y del vestido, hacia el cual convergen también todas las estadísticas, informaciones, iniciativas y del cual, a su vez, parten las conclusiones matemáticas de los hechos, informes, regulaciones aconsejadas, etc.

Atraviesa y seguirá atravesando la industria textil en el régimen capitalista una crisis insalvable, habrá cada día más desocupados en esa rama como habrá cada día más gentes vestidas harapientamente. Am-

bos fenómenos tienen la misma causa y la misma razón de ser. En la nueva economía, mientras las materias primas existan o puedan ser adquiridas en canje o en compra al exterior, no habrá paralización de las fábricas hasta que se haya saturado el consumo interno de la población, que no ha de ser en los primeros años, seguramente, ya que se carece, puede decirse, de todo.

La organización del tejido y del vestido abarca igualmente las industrias afectas a labores del ramo, la del fieltro, las fábricas de sombreros y gorras, las fábricas de calzado, incluyendo el correspondiente aparato de distribución al consumidor.

Los Consejos de fábrica se agrupan por similitud de función en el Sindicato; la asociación de Sindicatos forma el Consejo de ramo. El del tejido y del vestido, que abarca desde los que trabajan en las fábricas de hilados y tejidos hasta los que confeccionan el vestido y lo distribuyen al consumidor, será muy importante, uno de los cimientos de la nueva estructura social y económica.

X

CONSEJO DEL RAMO DE LA PRODUCCION AGRARIA

Se tiene de la revolución un concepto catastrófico, muy en armonía con el temor que causa a los privilegiados, a las minorías explotadoras del trabajo ajeno. Sin embargo, por graves que fuesen sus accidentes, en la guerra civil, nunca serían sus daños mayores que los que causa en un año normal, perfectamente pacífico, el régimen del capitalismo y de la explotación estatal. Hemos visto que el grave daño que podría surgir del paso a la socialización de la propiedad privada de la vivienda, de los medios de alimentación y del vestido se reduciría a mermar quizás un poco el derroche de los que viven hoy en la superabundancia; y el pueblo laborioso, el que produce, en cambio, vería aliviada inmediatamente su situación, por un reparto más equitativo de los alimentos, por una distribución más conveniente de la vivienda y del vestido.

¿Y respecto de la tierra? El paso de la propiedad monopolista a la propiedad social de la tierra, o socialización, no disminuiría en una sola pulgada la superficie disponible; la misma extensión de tierra tendría España antes que después de la transformación de la propiedad; sólo que así como hoy, para el campesino pobre, sus tierras son una cadena de esclavitud y para

el rico una fuente de apropiación de los frutos del trabajo ajeno, mañana la tierra, en posesión común, sería fuente de beneficios para todos.

Según hemos expuesto más arriba, Fermín Galán, como medida de transición, quería que la tierra fuese concedida en usufructo a los que la trabajan; es decir, restringir la propiedad, pero no socializar desde el primer momento. Repetimos que las medidas de emergencia serán diversas en cada región, pero la revolución debe poner los intereses sociales por encima de los prejuicios e intereses particulares, sobre todo en aquellos países en que, como en España, si no dejará a los latifundistas la libertad de acaparar tierras y de convertirlas en cotos de caza, tampoco puede dejar a los minifundistas emplear la tierra para un cultivo inferior al posible. España debe aumentar irremediablemente su producción agraria y para ello habrá de emprender desde el primer día de la revolución grandes obras públicas de riegos, de desecación de pantanos, de acondicionamiento de las tierras poco productivas, de abonos adecuados. Tan antisocial sería el minifundista apegado a sus parcelas minúsculas, a lo cercos excesivos, como el gran propietario de latifundios.

En nombre de la libertad también podrían preferir los obreros de las ciudades al artesanado medioeval a las fábricas modernas, pero no sería posible alentar ni reconocer esas formas de producción que condenarían a la sociedad entera a un nivel inferior de vida.

Naturalmente la coacción no debe emplearse; es preciso persuadir, predicar con el ejemplo hasta vencer a los reacios e integrarlos a la producción social y al trabajo común; ese proceso de adaptación no se hará con la misma rapidez en todas las regiones; pero mientras no se haya operado, la revolución no se habrá hecho y sus beneficios no se pueden asegurar;

pues, si en parte se trata sólo de una mejor distribución, en general es preciso que la revolución aumente considerablemente la producción.

El territorio español se compone de 50.521.002 hectáreas. De esa cantidad hay en cultivo unos 20.000.000 de hectáreas, 25.000.000 son prados naturales, baldíos, eriales, dehesas y montes; el resto, 5.000.000 lo ocupan las zonas urbanas, los caminos, las carreteras, los ferrocarriles, los ríos.

Según el Instituto de Agricultura de Roma, la superficie cultivada es de 22.000.000 de hectáreas, la inculta de 23.000.000 y la improductiva de 3.224.700.

De acuerdo a los estudios de Lucas Mallada, se tiene esta distribución:

	Hectáreas
Terrenos fertilísimos	4.928.800
Terrenos medianamente productivos	22.179.546
Terrenos poco productivos	17.250.758
Rocas y terrenos totalmente improductivos	4.928.788 (1)

(1) Otro cálculo, también coincidente, de Adolfo Vázquez Humasque, en la *Rev. Nac. de Economía*, octubre de 1934:

Secano	{	Cereales y leguminosas	15.000.000	hectáreas
		Viñedos	1.300.000	»
		Olivares	2.000.000	»
		Frutales	360.000	»
		Dehesas de pasto, labor y arbolado	7.000.000	»
		Monte bajo y espartizales	6.000.000	»
		Eriales o pastos	4.000.000	»
Fresco		Pasto y labor	1.850.000	»
Regadío	{	Cereales y legumbres	700.000	»
		Vid y olivo	160.000	»
		Raíces industriales	220.000	»
		Praderas artificiales	190.000	»
		Naranjos y otros especiales	120.000	»

A estar a estas últimas cifras, la posibilidad de aumentar el área de cultivo es todavía grande y dependerá principalmente de los trabajos que se hagan; como en Holanda se han ganado provincias enteras al mar, nada imposible sería en España ganar nuevas provincias en las zonas esteparias, en los semidesierto que encuentra el viajero tan a menudo (1)

(1) España tiene una estepa de 75.000 kilómetros, la séptima parte de su territorio. Esas estepas son en su mayoría salinas, tierras sin mantillo, áridas, sin vegetación. Su cultivo sería totalmente infecundo sin grandes transformaciones, riegos en lo posible, repoblación forestal, aporte de tierras fértiles, de abonos, etc. Los ríos españoles llevan al mar cantidades enormes de tierra útil. El Llobregat arrastra por cada metro cúbico de agua, dos kilogramos de cieno; es decir, unas diez mil toneladas; el Duero nueve mil, el Júcar en Cuenca cinco mil; el Pisuerga dos mil. El Guadalquivir lleva anualmente a la bahía de Cádiz quinientas mil toneladas de arena. Entre el Júcar y el Tajo, en cien días de crecida, se llevan un millón ochenta mil kilogramos de limo. Esto significa un alarmante empobrecimiento del territorio español al que es preciso poner límites, con presas para el aprovechamiento de la energía hidráulica, defensas estratégicas en aquellos lugares más amenazados por el «bandolerismo de los ríos», etc. (Véase, Geófilo, Problemas de España, *Tiempos Nuevos*, abril 1936, Barcelona.)

No hay que abrigar excesivas ilusiones sobre el suelo español; una devastación secular de sus bosques lo ha empobrecido, aparte de ser en sí pobre por su nivel sobre el nivel del mar y por su composición. El geólogo Lucas Mallada ha hecho esta distribución de acuerdo a la capacidad agrícola:

Rocas peladas	10 %
Terrenos pocos productivos o por su altura excesiva o por su sequedad o por su mala composición	35 %
Terrenos de productividad media, de agua escasa o de condiciones topográficas algo desventajosas o de composición más o menos desfavorable	45 %
Terrenos «que nos hacen creer que hemos nacido en un país privilegiado»	10 %

He aquí una distribución aproximada de los 20 millones de hectáreas cultivadas:

	<u>Hectáreas</u>
Cereales y leguminosas	14.800.000
Olivares.	1.720.000
Viñedos	1.340.000
Plantas industriales	650.000
Raíces, tubérculos y bulbos	480.000
Arboles y arbustos frutales	450.000
Praderas artificiales	465.000
Plantas hortícolas	88.000
Cultivos especiales	7.000

De los cereales el trigo ocupa 4.200.000 hectáreas, la cebada 1.600.000, el centeno 740.000, la avena 600.000, el maíz 480.000, el arroz 43.000.

Según la junta consultiva agronómica en 1915 se regaban 1.231.049 hectáreas, de ellas con riego eventual 339.916 y constante 891.478. Actualmente el regadío apenas llega a 1.500.000 hectáreas, lo que quiere decir que está todo por hacer en materia de riegos.

El área del trigo es la siguiente, con la producción en quintales métricos de 1929:

Castilla la Vieja	9.383.200
Castilla la Nueva	12.663.000
Aragón y Rioja	2.123.000
Andalucía	8.543.750
País Vasco-Navarro	1.278.750
Cataluña.	1.841.000
Levante	1.542.750
Galicia y Asturias	381.650
Islas adyacentes.	886.250

La naranja solamente ocupa cerca de 60.000 hectáreas, con 500.000 árboles diseminados fuera de esa superficie.

Los garbanzos ocupan alrededor de 225.000 hectáreas y su producción es de 1.350.000 quintales métricos aproximadamente; las habas ocupan unas 200.000 hectáreas y su producción es de 1.800.000 quintales



MAPA DEL TRIGO

métricos; las judías tienen 300.000 hectáreas y su producción es igualmente de 1.800.000 quintales.

No nos detenemos, sin embargo, a detallar la producción agraria española. Si la revolución no logra aumentar por todos los medios la producción, no tendremos más, pero tampoco menos, y lo existente será más equitativamente distribuído, obteniéndose, con el alivio consiguiente al número mayor de brazos humanos, la descarga de los tributos fiscales, la supresión de la renta de los propietarios. La tierra española no es ningún lugar de esparcimiento y de recreo, sino un

lugar donde millones de hombres y mujeres trabajan bestialmente, envejeciéndose en plena edad, sin conocer de la vida más que las cargas y los dolores. La revolución aliviará el trabajo, disminuirá el esfuerzo de cada uno; si no hace más, su beneficio será indudable asimismo.

Los propietarios rurales pueden clasificarse de acuerdo a sus rentas, así:

850.000 no obtienen una peseta diaria y deben ofrecer sus brazos a los más ricos.

160.000 viven independientes, pero en condiciones precarias.

9.700 son terratenientes y suelen disfrutar en las ciudades del trabajo de sus arrendatarios y colonos.

A diferencia de la propiedad industrial e inmobiliaria, en las ciudades, la propiedad en el campo no ha conducido sino raramente al parasitismo.

Hay numerosas escuelas de enseñanza agrícola, granjas modelos para fines instructivos en Badajoz, Baleares, Córdoba, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Ciudad Real, Coruña, Jaén, Valladolid, Zaragoza, Jerez de la Frontera, Palencia, Guipúzcoa, Valencia.

Se cuenta con la Granja central de Madrid para el ensayo de semillas, la patología vegetal y el ensayo de máquinas; estaciones de agricultura general en Albacete, Zamora, Arévalo (Ávila), León, Avilés, Cangas de Tineo, Lorca, Puenteáreas, Pontevedra, Teruel, Segorbe (Castellón), Motril (Granada), Alcalá de Henares (Madrid), Fonsagrada (Lugo), Orense, San Roque (Cádiz), Villena (Alicante), Burgos, Guadalcanal (Sevilla), etc.; granjas arroceras; escuelas de peritos agrícolas y de ingenieros agrónomos; Escuela superior de agricultura de Barcelona, etc.

Hay fábricas de máquinas agrícolas, trilladoras, arados brabant, sembradoras, arados de fundición de vertedera fija, arados Jaén, Lincoln y de vertedera giratoria, prensas para vino, trillos, etc., etc., en Barcelona, Zaragoza, Valladolid, Palencia, Victoria, Araya

(Alava), Lérida, Valencia, Alaejos (Valladolid) y otras localidades.

En una palabra, no es mucho en el terreno de la enseñanza agrícola, ni en el de la fabricación de máquinas; habría que multiplicar esas dos labores en España; pero hay ya una base, un primer comienzo para ulteriores progresos.

* * *

El Consejo del ramo de la producción agrícola abarcaría la producción de cereales, de raíces, tubérculos y bulbos, de plantas hortícolas, de praderas, artificiales y naturales, por un lado; por otro, sería preciso tomar en tal aspecto la producción de frutas, los naranjales y demás; el cultivo de plantas industriales, algodón, yute cáñamo, etc., o bien hacer depender esto último del Consejo del ramo forestal.

En la vida práctica no es tan fácil la división del trabajo, porque en regla general, aunque hay zonas arroceras, naranjeras, cerealistas, fruteras, etc., el mismo campesino es agricultor, ganadero, productor forestal, fabricante de vinos, etc., etc.

Sólo que cuando las necesidades aumentan y se impone el proceso técnico moderno de producción en la agricultura, la especialización surge espontáneamente, como se ha visto en Francia, en Holanda, en Dinamarca, en Inglaterra, en Alemania. El campesino lleva al mercado un producto, agrario o pecuario, y en esa rama de trabajo alcanza el máximo de productividad. Siguiendo las huellas de las industrias, no produce ya con vistas al propio consumo, sino que se concreta a una especialidad que no consume él, y mediante la cual adquiere lo que consume y no produce por sí mismo. El campesino, en los países en donde la moderna técnica ha entrado en los campos, produce para la sociedad, como el obrero de las fábricas. Y esa evolución habrá de tomar en España la agricultura para

aumentar su rendimiento. Esa evolución no implica la concentración; es posible con la especialización de las grandes y las pequeñas empresas agrarias.

Sin embargo, un esquema general es conveniente, aun cuando la variación práctica del esquema nos distancie del punto de partida. Es preciso un Consejo de la producción agraria, que formarían localmente los productores del ramo. Si se divide el trabajo, los campesinos de una aldea cualquiera dedicados al cultivo de cereales, forrajes, productos de huerta, bulbos y tubérculos, leguminosas, etc., constituyen un Consejo agrario del pueblo tal o cual; reunidos esos Consejos de varios pueblos vinculados de alguna manera, en los actuales Ayuntamientos o en otro centro futuro de relaciones, constituyen el Sindicato agrario de tal partido.

Se constituyen así los demás sindicatos de trabajo en la zona, por ejemplo de viñadores, en la zona de viñas, de olivareros en los lugares donde se cultiva la aceituna, de plantadores de caña y remolacha; de industrias rurales derivadas de la producción agraria, etcétera. Todos esos Sindicatos forman el Consejo del ramo de la producción agraria en el conjunto de localidades, valles, zonas que se quiera, estrechamente vinculados.

De esos Consejos dependen las escuelas prácticas de agricultura, la solución de los problemas de orden interno, comunización de las tierras y, en lo posible, la industrialización creciente de los trabajos agrarios.

En los latifundios donde es posible desde el primer momento la industrialización, la constitución de los Consejos de granja o cortijo o explotación agrícola, luego de los Sindicatos locales, y por fin del Consejo del ramo, en la localidad o conjunto de localidades que pueden considerarse una unidad, es más fácil. En las pequeñas aldeas donde la división del trabajo no se ha operado aún, quizás haya que tomar a la aldea en su conjunto, como municipio político-productivo más

que como núcleo de productores coordinados, especificando punto por punto lo que puede producir y lo que necesita para su consumo.

Los Consejos del ramo de la producción agraria se unen a los demás Consejos de otros gremios locales: transporte, cultura, sanidad, minería, donde la hay, luz, fuerza motriz y agua, etc., y constituyen Consejos económicos de la unidad geográfica tomada por base.

Luego se unen en el Consejo regional y en el Consejo federal de la economía y también, horizontalmente, con todos los Consejos agrarios del país, para la mejor distribución de los cultivos y su perfeccionamiento, sostén de los institutos de investigación, de las escuelas de agricultura, de las granjas modelo, de las fábricas de máquinas agrícolas...

No basta, naturalmente, organizar la producción; es preciso organizar también la distribución, el consumo. En cada localidad o conjunto unitario de localidades hay un Consejo del crédito y del intercambio que lleva la estadística de la producción y del consumo, de la tierra disponible, de las máquinas, de la mano de obra. Por su intermedio van los productos al lugar del consumo y, por su intermedio, se obtienen por esos productos otros necesarios, industriales, máquinas, indumentaria, calzado, alimentos, etc. El Consejo del crédito y del intercambio sustituye al aparato financiero y comercial del capitalismo.

XI

CONSEJO DEL RAMO DE LA PRODUCCION GANADERA

Lo que decíamos de la indivisión del trabajo en la producción agraria, podemos decirlo de la producción ganadera. La producción especializada es muy poca en comparación con el ganado diseminado en poder de cada campesino, grande o pequeño, al mismo tiempo agricultor, viñatero, olivarero, etc.

Pero el esquema general puede mantenerse, aunque, en la práctica, muchas zonas no lo realicen y, en cambio, presenten una forma de organización total, de todos los oficios y de todas las ramas de las labores agropecuarias.

No hay bastante carne en España, y con sólo doblar el consumo medio de ella, nivel que se alcanza en Francia, se agotarían muy pronto las existencias. Tampoco aquí la revolución puede, de un momento a otro, suscitar la abundancia; es tarea de años y, sobre todo, está ligada a una porción de progresos técnicos y de aprovechamientos de energías, territorios y fuerzas humanas nuevas, especializadas.

Almería, Albacete y Ciudad Real tienen menos de 35 kilogramos de peso de animal vivo por hectárea. Cinco provincias: Huelva, Toledo, Jaén, Granada y Cádiz, tienen de 40 a 60 kilogramos por hectárea; Málaga, Córdoba, Cáceres, de 70 a 80 kilogramos; Sevilla,

Badajoz y Salamanca, tienen de 80 a 100 kilogramos de animales vivos por hectárea.

“Los modernos tratadistas de agricultura y ganadería dicen que una explotación agrícola, si no llega a 150 ó a 200 kilogramos de peso vivo por hectárea, es imperfecta” (1).

En 1921 la existencia de ganado era la siguiente:

Caballar	722.183	cabezas
Asnal	1.137.980	”
Mular	1.294.912	”
Vacuno	3.718.189	”
Lanar	20.521.677	”
Cabrío.	4.298.059	”
Cerda	5.151.988	”
Aves de corral	15.102.973	”

En 1933 las cifras se mantenían aproximadas: ganado vacuno, 3.500.000; lanar, 20 millones; cabrío, 5 millones.

No hay bastante para un consumo interno como el que sería indispensable, que debiera, por lo menos, doblarse, pues actualmente apenas se llega a 30 kilos por cabeza.

En este ramo podría entrar también la cría de abejas. En 1920 había 689.210 colmenas, se obtenían 2.815.363 kilos de miel y 748.086 kilos de cera.

No sabríamos decir qué es lo que podría aprovecharse de las inspecciones de higiene y sanidad pecuarias, una inspección general en Madrid, 49 en cada capital de provincia y más de 5.000 inspecciones municipales. Lo que haya de aprovechable será indudablemente integrado al Consejo nacional del ramo de la producción ganadera, como las facultades de veterinaria, los laboratorios bacteriológicos, etc.

Donde la cría de ganado constituye una especialidad, la constitución de la organización gremial es sen-

(1) Morán, en las Cortes Constituyentes, al discutirse la reforma agraria: *Crónica de las Cortes Constituyentes*, tomo VII, pág. 218.

cilla. El personal de cada rebaño, de cada dehesa, de cada pequeña localidad constituye el Consejo primario; esos Consejos primarios de pastores, de esquiladores, de ordeñadores, etc., forman los Sindicatos respectivos en la zona geográfica o económica dada, los actuales Ayuntamientos u otras circunscripciones. La reunión de esos sindicatos forman el Consejo del ramo de la producción ganadera, donde habría tanto pastores como veterinarios, criadores de una o de diversas especies de animales.

El Consejo de la producción ganadera se une, por una parte, al Consejo local de la economía y se liga asimismo con los demás Consejos de la producción ganadera del país para constituir una Federación nacional de la producción ganadera.

Los estudios ya hechos y los por hacer harán posible el mejoramiento y la especialización de las razas existentes, para la leche, para el matadero, para el tiro. Quizás una buena parte de los animales dedicados a la labranza puedan ser ventajosamente sustituidos por máquinas, tractores, automóviles, etc. Su puesto sería ocupado por animales para la leche, para el engorde y el faneamiento o la reproducción. De cualquier manera que se resuelva, siempre será preciso aumentar las existencias de ganado, aumentando también simultáneamente los prados artificiales, los bosques, los lugares para su cría.

Y de una estrecha cooperación de veterinarios, técnicos ganaderos y pastores y cuidadores en general hay que esperar mucho en una economía en donde todas las fuerzas tenderán al progreso, al perfeccionamiento y a la superación.

XII

CONSEJO DEL RAMO DE LA PRODUCCION FORESTAL

La madera no abunda en España, y su utilización es importante en la construcción, el moblaje, las carrocerías, etc. Los bosques han sido despiadadamente talados, sin preocupación alguna por el porvenir. Se ha dado a España así un aspecto desolado, se ha empobrecido su paisaje, su capacidad de conservar la humedad del suelo, sus fuentes de materias primas.

Durante una respetable cantidad de años la repoblación de los bosques habrá de ser una tarea importante de la nueva economía.

Hay 2.380.000 hectáreas de monte alto, 4.500.000 de monte bajo, de matorrales y de pastos, en total hectáreas 6.893.000. Bien aprovechadas esas hectáreas podrían dar la madera necesaria para la construcción, la leña para el combustible, sin contar la fruta.

El 46,80 por ciento de la superficie del territorio español es de naturaleza forestal, pero la mayor parte de ese porcentaje se presenta rasa, siendo el arbolado una excepción. Áridas y pobres son las laderas de las montañas españolas, pero sin árboles queda a merced de las lluvias su delgada capa de tierra y acaba por desaparecer, dejando al descubierto la roca viva. Además el arbolado no sólo interesa por su utilidad industrial, como leña o como madera laborable, sino por

lo que significa como agente de beneficio para la tierra, a la que asocia microorganismos que fertilizan el suelo; gracias al arbolado se forma el *humus* o mantillo del monte, que en el transcurso de los años puede hacer desaparecer la aridez y la desolación de las tierras españolas.

Se calcula que una vez repoblados los 14 millones de hectáreas disponibles y hoy desiertas, se podrían extraer todos los años más de 20 millones de metros cúbicos de productos maderables, lo que cubriría con exceso las demandas del mercado interno, sin contar los demás beneficios directos e indirectos de la existencia y profusión de bosques en un país tan rico en sol como es España.

En Segovia hay grandes pinares en los que se obtienen resinas y de la resina, en la industria química, trementina, colofonia, pez blanca, pez negra, aceite pirogenado; de sus troncos y raíces se sacan la creosota, la nitrobencina, la anilina, etc.

Por Extremadura y Andalucía abunda el alcornoque, que da origen a la industria corchotaponera, que ha tenido una gran importancia en España. En 1850 existía esa industria en setenta y cinco poblaciones, con más de quinientas fábricas y unos siete mil obreros. Hacia 1900 había ciento setenta y cinco poblaciones dedicadas a esa industria, con 1.250 fábricas y treinta y cuatro mil obreros. De esas fábricas, 615 correspondían a Cataluña, 325 a Andalucía, 197 a Extremadura y 113 a otras provincias. Era una industria típicamente artesana, pero primaba en todo el mundo, pues entre España y Portugal alcanzaban a un 70 por ciento de la producción mundial de corcho. En lo que va de siglo los alcornocales se extendieron por otros países, montándose fábricas modernas y esa manufactura ibérica ha ido decreciendo. Actualmente no hay 500 fábricas y el personal se ha reducido a algunos millares de personas. Sólo a costa de una modernización de la técnica productiva podría volver la industria corcho-

taponera española a recuperar su pasado prestigio mundial.

La cría del gusano de seda podría estar ligada al ramo de la producción forestal, porque su existencia requiere alimento especial, sobre todo las hojas de la morera.

De igual modo corresponderían a este ramo las diversas plantaciones de plantas industriales, textiles, tintóreas, etc. Igualmente se integraría a este ramo, donde no lo hace a la agricultura, el cultivo y cuidado de los olivares, de los manzanares, de donde se extrae la sidra, de los naranjales, cuya producción halla en el mercado europeo una acogida tan segura, etc.

El algarrobo crece en España como en ningún otro lugar de la zona mediterránea. Ocupan los algarrobales 192.793 hectáreas, con ocho millones de árboles, a los que habría que agregar otros tres millones de algarrobos diseminados en roquedales y barrancos. La semilla de esos árboles, convertida en harinas, da un pienso nutritivo, que los criadores de ganado emplean con preferencia para el engorde de animales. No sólo se utiliza la semilla, sino también la vaina. Esa vaina es rica en azúcar, especialmente en sacarosa. Ya se han hecho pruebas, obteniendo el 27 por ciento de esa sustancia. Por consiguiente, también la algarroba podría ser una fuente de producción de alcohol. Y no quedarían así las aplicaciones industriales y alimenticias de la algarroba, pues la molturación de sus semillas da una harina riquísima en hidratos de carbono (de 75-80 por ciento), y la harina amarilla del embrión sería un valioso reconstituyente, con 10 por ciento de fitina, con más de 20 por ciento de ácido fosfórico, etc.

Las aplicaciones industriales y alimenticias de los bosques no tienen limitación.

El almendro tiene también bastante desarrollo en España y su fruta se consume en el país y tiene en el exterior mercado seguro y creciente.

Un personal técnico, botánicos, ingenieros de mon-

tes, obreros manuales, etc., se requiere desde el primer instante para la formación de viveros en todas las zonas forestales del país y para hacer continuamente plantaciones. Su beneficio no sería inmediato; pero en pocos años los frutos de ese esfuerzo serían ampliamente reconocidos.

Había y tal vez hay aún, un cuerpo de guardería forestal, con 90 guardas mayores, 400 sobreguardas, 995 peones. No conocemos su misión, pero en principio puede admitirse que nada fundamental han hecho para la conservación y aumento de la riqueza forestal del país. ¡El resultado general de todas las instituciones estatales!

El Consejo del ramo de la producción forestal se constituye en cada zona geográfica que abarque cada núcleo de trabajo; un mapa de los montes, de su repoblación, de su expansión está al alcance de los geógrafos y botánicos del país, lo mismo que la distribución de sus centros de fomento de bosques y de viveros para las plantaciones. Cada centro de éstos tendría su Consejo del ramo de la producción forestal, compuesto por ingenieros, obreros de los viveros, hachadores, aserraderos, plantadores, etc. De ese Consejo podrían depender en las ciudades los cuidados y plantaciones de las plazas públicas y paseos, como asimismo la formación de bosques artificiales alrededor de toda ciudad importante.

En una palabra, el Consejo del ramo de la producción forestal tiene la misión de fomentar el cultivo de los árboles, la formación de bosques, el cultivo de los frutales, pero también el corte de la madera y de la leña para el uso de la población, su disposición inmediata para el transporte al lugar del consumo o del laboreo industrial. En el caso de las fibras textiles, de las frutas, de las sustancias industrializables, como las resinas, las aceitunas, etc., todos los trabajos inmediatos estarían bajo la dependencia orgánica de este Consejo, dejando los procesos ulteriores de la in-

dustrialización a otros Consejos. Por ejemplo, retiraría la aceituna del olivar, pero su molienda, refinamiento del aceite, conserva de la aceituna, etc., entraría ya en el Consejo del Ramo de la Alimentación. Como la elaboración de las resinas y la manipulación de las raíces de los pinares entraría en el fuero del Consejo del ramo de la industria química.

XIII

CONSEJO DEL RAMO DE LA MINERIA Y EL BENEFICIO

Si en el terreno agrario, pero sobre todo en la ganadería y la riqueza forestal, España no es rica y sólo puede llenar su demanda interna de una manera incompleta, en minas es relativamente abundante. Si no privilegiado, por lo menos es un país que encierra en sus entrañas, a excepción del petróleo, insuficiente, los minerales necesarios para su independencia económica.

En algunos productos, mercurio, plomo, sales potásicas, pirita de hierro, puede representar un papel de exportador.

Sus cuencas mineras están difundidas por todo el territorio, siendo la cordillera pirenaica su centro más importante.

Aparte de las existencias en la península, la zona española de Marruecos tiene hierro, cobre, antimonio, azufre y otros productos.

Trabajaban en 1920 en las minas españolas 125.000 obreros.

La descomposición de esa cifra es elocuente:

En el interior trabajaban 8.477 menores de 16 a 18 años; mayores de 18 años, 60.212.

En el exterior, los menores de 18 años eran 8.495 y los mayores, 44.700.

También las mujeres figuran entre el personal mi-

nero: menores de 18 años, 998; mayores de esa edad, 2.152.

No hagamos ningún comentario en torno a esos 18.000 menores dentro y fuera de las minas. (1).

Solamente en Asturias había el personal siguiente:

1916.	30.000	mineros
1917.	34.653	"
1919.	34.621	"
1920.	39.559	"

El instrumental técnico no es ni muy numeroso ni muy perfecto. Siguiendo siempre con la estadística de 1920, tenemos estos datos: 36 motores de explosión con 2.016 caballos de fuerza; 1.107 máquinas de vapor con 64.890 caballos; 994 máquinas eléctricas con 60.280 caballos de fuerza.

El grueso del personal trabaja en las minas de hulla: 59.275 personas; en el mineral de hierro: 21.449; en el mineral de plomo: 14.261; en el mineral de cobre y en la piritita ferrocobrizada: 9.769.

Las máquinas utilizadas en 1928 en el laboreo de las minas fueron 2.995, con un potencial de 168.021 caballos de fuerza, contra 3.072 en 1927 y 146.927 caballos de fuerza (disminución de máquinas y aumento de la potencialidad de las empleadas).

(1) He aquí las oscilaciones del personal que ha trabajado en la minería, laboreo y beneficio en quince años:

1919.	128.366	31.320
1920.	125.040	31.599
1921.	108.452	30.152
1922.	88.190	30.676
1923.	89.986	41.065
1924.	96.439	45.194
1925.	99.918	50.645
1926.	103.174	55.692
1927.	94.866	61.707
1928.	89.146	68.374
1929.	90.517	72.850
1930.	92.894	76.813
1931.	93.984	68.538
1932.	85.938	65.929
1933.	77.935	67.652

En 1927 se obtuvieron 431.327 toneladas de antracita; 5.812.777 toneladas de hulla y 445.792 toneladas de lignito. Total de carbones minerales. 6.690.076 toneladas contra 6.680.868 en 1926.

El mineral de hierro se obtuvo en 1927 en 4.960.394 toneladas contra 5.571.207 en 1928.

La pirita de cobre dió en 1927 3.602.870 toneladas y en 1928, 3.618,691.

Las sales potásicas en 1927 dieron 172.356 toneladas y en 1928 alcanzaron a 243.233.

El cinc dió en 1927: 132.178 toneladas y en 1928: 122.141.

El plomo dió 195.626 toneladas en 1927 y 177.059 en 1928.

Las minas cuentan con una serie de instalaciones ferroviarias, algunas de uso exclusivo para el transporte de los minerales. No son todavía numerosas, pero tienen ya importantes trayectos.

Hay fábricas de acero en Alava, Oviedo, Barcelona, Guipúzcoa, Santander, Vizcaya, Málaga; de aglomerados en Oviedo, Barcelona, Córdoba, León, Madrid, Palencia, Santander, Sevilla, Valencia, Vizcaya y Zaragoza; de alambre en Albacete, Oviedo, Barcelona y Murcia; de antimonio en Barcelona y León; de aluminio en Barcelona y Murcia; de arsénico en Oviedo y Barcelona; de azogue en Oviedo y Ciudad Real; fundiciones del bronce y metales distintos del hierro en Alava, Albacete, Oviedo, Barcelona, Alicante, Almería, Cádiz, La Coruña, León, Zaragoza, Granada, Madrid, Málaga, Murcia, León, Lérida, Logroño, Navarra, Orense, Pontevedra, Santander, Sevilla, Vizcaya, Tarragona, Zaragoza, Granada, etc.

Hay fábricas de coque en Asturias, Córdoba, León, Santander y Vizcaya; de cobre en Asturias, Barcelona, Córdoba, Huelva, Granada, Madrid, Navarra, Sevilla y Vizcaya; de hierro colado en numerosas localidades, como asimismo fundiciones de hierro, fábricas de hierro esmaltado, de ferromanganeso, de ferrosilíceo, de

hoja de lata, de latón, de metal blanco; fundiciones de plomo, azufre; molinos de azufre; salinas marítimas; abonos grafiticos, asfalto, etc.

Se obtienen en las fábricas de beneficio ácido arsenioso, clorhídrico, sulfúrico, nítrico; aceites pesados; aglomerados de carbón, albayalde, alquitrán, alumbre, arsénico, asfalto, azogue, azufre, benzol, bicarbonato de sosa, bismuto, brea, carbonato de sosa, carburo de calcio, cemento natural y portland, cáscara de cobre, cobre blister, alambre de cobre, creosota, estaño, grafito, lingote de hierro, coque, carbonato de magnesia, óxido rojo y otros colores, minio de plomo, naftalina, plata fina, plomo, plomo argentífero, sal común, sosa cáustica, sulfato amónico, sulfato de cobre, de hierro, de sosa, de manganeso, sulfuro de carbono, superfosfatos, cinc bruto, laminado y refinado.

Trabajaban en 1920 en las fábricas de beneficio 31.599 obreros (entre ellos 959 menores de 14 a 16 años; 2.635 de 16 a 18 años).

En total las fábricas en actividad eran en la misma época 417; sus máquinas eran las siguientes: hidráulicas, 131 con 32.782 caballos de fuerza; de vapor, 436 con 65.671 caballos de fuerza, y eléctricas: 1.449 con 73.610 caballos de fuerza.

En 1928 las máquinas en actividad eran 5.474 con una potencia de 361.084 caballos de fuerza.

En las minas y en las fábricas de beneficio había, pues, en 1920: 156.639 obreros; en 1928: 159.073 (en 1927 se había llegado a 161.836).

Se cuenta con una Escuela especial de ingenieros de minas en Madrid, con escuelas de ayudantes facultativos (capataces) en Cartagena, Almadén, Mieres, Linares (Jaén), Vera (Almería), Huelva y Bilbao; con un laboratorio especializado en ensayos y análisis de minerales, el Gómez-Pardo, de Madrid, etc.

La organización del Consejo del ramo parte del personal de cada mina, de cada fábrica de beneficio; las diversas secciones de cada trabajo forman, mediante

delegados, el Consejo de mina, el Consejo de fábrica, contribuyendo a él tanto los obreros como los empleados y los ingenieros y técnicos, el personal del interior y del exterior, inclusive el del transporte de los ferrocarriles mineros.

La reunión de esos Consejos de mina o de fábrica en cada cuenca o zona circunscrita de trabajo forman el Sindicato minero, el Sindicato de las fábricas de beneficio, etc. La agrupación de esos Sindicatos afines o vinculados por la labor en torno al mismo propósito forma el Consejo del ramo de la minería y del beneficio. Su unión local se opera en el Consejo local de la economía con los otros Consejos; su relación nacional en el Consejo nacional del ramo de la minería y del beneficio. De este último podrían depender las Escuelas de ingenieros de minas, los museos mineralógicos, los Institutos geológicos, las fábricas de instrumental minero, etc.

La producción va a los depósitos locales y centrales de abastecimiento del Consejo nacional del ramo de la minería y del beneficio, de donde lo retiran las industrias que la necesitan, por intermedio de los Consejos del Crédito y del Intercambio de cada localidad.

Algunas minas importantes, como las de cobre, de Huelva, están en vías de agotarse. Para el momento inmediato, sin embargo, la situación desde el punto de vista de los minerales es buena; en mucho peores condiciones tiene Italia una importante industria siderúrgica.

Es de notar que, en este ramo, las sociedades industriales con capital extranjero, inglesas, francesas y belgas, son muy importantes y ese mismo hecho acarreará algunos inconvenientes por las reclamaciones internacionales inevitables (1).

(1) Véase «El capital extranjero en España», *Revista Nacional de Economía*, agosto-septiembre 1916, Madrid.

¿Qué ventaja ofrecería la socialización de minas y fábricas de beneficio desde el primer momento? Ante todo es preciso aumentar considerablemente el personal, de forma que la jornada máxima en el interior no pase de cinco horas, de cuatro si es posible, lo que implicaría doblar casi la cifra de los trabajadores del ramo. Además, es preciso tomar todas las precauciones de seguridad para el trabajo, pues sólo las minas de Asturias consumen al año un buen centenar de obreros entre muertos y heridos graves en los accidentes (1). Sin contar lo que consumen en años de vida restados a los obreros por la tarea abrumadora, en enfermedades de los hijos de los mineros, etc. El capitalismo que, aparte de todo, se ve imposibilitado para cualquier innovación ventajosa para los que trabajan, por razones de rentabilidad, no podrá nunca hacer frente a una condición de trabajo que reduzca el horario a cuatro o cinco horas; la situación internacional no lo permitiría y el mercado interno no admitiría el encarecimiento correspondiente. Sin contar que, en una nueva economía, el aprovechamiento de todos los adelantos técnicos aliviaría de por sí enormemente a los trabajadores.

España es uno de los países más ricos en piritas de hierro. Su capacidad productiva alcanza a cinco millones de toneladas anuales. Esas piritas tienen un gran valor para la fabricación de ácido sulfúrico, de abonos, etc. En el país apenas puede decirse que haya comenzado su utilización; pero en el extranjero las piritas españolas podrían mantener uno de los primeros puestos, mientras se careciese de industria propia para su aprovechamiento y elaboración.

(1) En las minas y en las empresas siderúrgicas españolas hubo:

1917.	. . .	254	muertos	395	heridos graves
1918.	. . .	300	»	401	»
1919.	. . .	251	»	300	»
1920.	. . .	259	»	347	»

XIV

CONSEJO DEL RAMO DE LA PESCA

Por la longitud de sus costas y por su ubicación, España es relativamente privilegiada en materia de pesca.

Hay estas zonas pesqueras: la del Cantábrico, la atlántica del N. O., la atlántica del Sur, la mediterránea del Sur, la de Levante, la Tramontana, la de Baleares.

Con artefactos que se evaluaban en 1920 en 68 millones de pesetas se pescaba anualmente por valor de 400 millones. Había en esa fecha 29.955 embarcaciones de vela y remo y 1.549 de motor; en total, 30.604 embarcaciones. La cantidad y la clasificación de las embarcaciones ha variado desde entonces, pero esas cifras indican que la industria es importante.

Había en 1917, 803 fábricas de salazón de pescado, 400 de conservas con 35.000 obreros, 276 de escabeche.

Siempre ateniéndonos a los datos de 1920 (1), el personal ocupado era el siguiente:

(1) Odon de Buen: «La Pesca marítima en España, en la *Revista de las Españas*, Madrid, diciembre 1931.

Provincias vascongadas.	8.500
Santander	7.190
Asturias	2.700
Rías altas de Galicia.	24.000
Rías Bajas	36.790
Región suratlántica.	11.070
Región surmediterránea	9.800
Levante	15.390
Cataluña	11.070
Baleares.	5.760
Zona española de Marruecos.	3.220
Canarias	1.950
	<hr/>
Total	137.440

Pero los datos no son del todo exactos, pues en algunos pueblos eminentemente pesqueros la familia entera toma parte en las faenas y no se incluye más que el jefe del hogar.

En resumen, entre pescadores y obreros de las fábricas de conservas tenemos 180.000 hombres, siendo la producción anual de 400.000 toneladas.

Es una fuente de riqueza considerable y una contribución valiosa a la alimentación nacional. Hoy se exporta bastante pescado en conserva, pero no por exceso en el mercado interno, sino porque el capitalismo impide su consumo si en el exterior encuentra una salida más remunerativa.

En los centros pesqueros fuertes, cada equipo, cada fábrica de conserva, etc., constituye su Consejo de fábrica, de equipo; la reunión de los Consejos afines forma el Sindicato, por ejemplo el Sindicato de pescadores, el Sindicato de fabricantes de conservas. Incluso creemos que la industria debe contar con sus propios astilleros, con sus propios talleres de reparaciones, con sus fábricas de artefactos de pesca, con sus expendedorías, y todo ello debe acudir a integrar el organismo del ramo.

La reunión de todos los Sindicatos locales con atingencia a la pesca, forma el Consejo local del ramo de la pesca, con ligazón en el Consejo local de la economía y con los demás Consejos del ramo de la pesca del país para formar el Consejo nacional del ramo de la pesca.

Como en todas las otras tareas, no vemos un camino más corto y más eficaz que el de la organización de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, de lo pequeño a lo grande. En los pueblos costeros de pescadores, cada uno constituirá un Sindicato, y la reunión de los Sindicatos de una demarcación dada, con los de las fábricas de conservas, de salazón y de escabeche formarán el Consejo del ramo en su zona.

¿En qué sentido beneficiaría la revolución a los pescadores, tan pobremente tratados por el capitalismo? (1). En primer lugar sería preciso aliviar su labor mediante embarcaciones mejores a motor, con artefactos de pesca más modernos y eficaces; además, sería preciso un mayor personal como para reducir los días de trabajo a la semana. Y dado que no se requiere un largo aprendizaje, sería fácil la utilización de muchas gentes que habrían de ser integradas a labores útiles. Caben aquí quizás 50.000 hombres más y, de esa manera, si no la reducción del horario de trabajo, podría operarse la reducción de los días de trabajo a la semana.

La pesca de 400.000 toneladas anuales implica un consumo general de 20 kilos de pescado por habitante cantidad nada despreciable, pero que puede aumentar considerablemente.

(1) Según las propias constataciones oficiales, los pescadores de los mares norteños no obtienen de sus doce meses de luchas con el mar más que 800 ó 900 pesetas. Y con ellos han de mantener a sus familias y mantenerse a sí mismos.

CAPITULO XV

CONSEJO DEL RAMO DEL TRANSPORTE

El Consejo del ramo del transporte será uno de los esenciales en la nueva economía, como lo es esa función en la actual del capitalismo privado. Su coordinación ha de ser perfecta, porque de lo contrario el mecanismo entero tendrá serios tropiezos, roces, dificultades. Pero la coordinación será tanto más fácil cuanto más se logre suprimir el particularismo, los intereses en pugna de las empresas, estando todo el servicio en un plano de socialización y de interés común. El transporte toma el producto en el lugar de trabajo y lo lleva hasta el lugar de consumo, utilizando diversos medios, ferrocarriles, camiones, carros, barcos, aviones, etc. Tendremos así el transporte terrestre, marítimo y aéreo y todo él ha de funcionar orgánica y armoniosamente, como el trabajo en serie de un gran establecimiento moderno.

La revolución, en este ramo, no hará al comienzo más que obra de coordinación de todos los servicios, pues su ampliación y perfeccionamiento, etc., es tarea constructiva que llevará una serie de años de esfuerzo. La revolución podrá, ciertamente, aliviar desde el primer instante la labor del personal de ese ramo por el hecho de su aumento con aportes de otros gremios o de clases hasta aquí improductivas.

Cuenta España con 16 mil kilómetros de ferroca-

riles (datos de 1930), cantidad insuficiente, pero compensada en parte por la longitud de sus costas y por las carreteras, cuya red no deja de ser considerable ya, aun cuando su aumento es, sin embargo, indispensable. Trabajan en ese gremio alrededor de 150.000 obreros y empleados. Cerca de 80.000 solamente en los ferrocarriles del Norte y M. Z. A.

Se contaban en 1930, 3.120 locomotoras de vía normal, 702 de vía estrecha; 2.100 estaciones, 80.000 vagones y coches de pasajeros de vía normal y 14.518 de vía estrecha.

Las carreteras construídas dan una longitud de 52.000 kilómetros; hay varios millares de kilómetros más en construcción. Hay que añadir a esa cifra 7.000 kilómetros de carreteras provinciales y 10.000 de caminos vecinales. Con todo, casi la mitad de los pueblos de España están aislados, fuera del contacto con esas arterias de la vida moderna (1).

En 1930 había un automóvil por cada 120 habitantes. Se contaban unos 250.000. Tampoco es satisfactoria esa cifra y la revolución no puede aumentarla en el primer instante; pero las fábricas españolas podrían trabajar plenamente y perfeccionarse como para satisfacer las necesidades internas en algunos años.

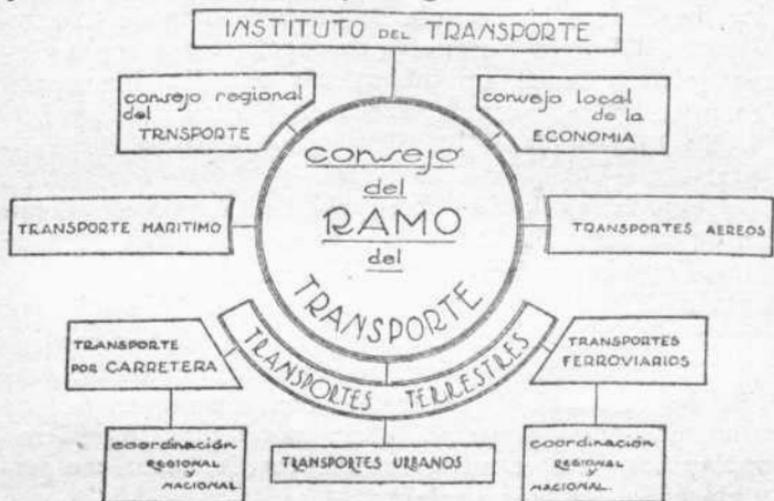
En 1935 había en España una marina mercante que sumaba 1.265.321 toneladas. De esa cantidad, casi 300 mil toneladas están inactivas, calculándose en 12 ó 15.000 marinos de la matrícula de Vizcaya solamente en paro forzoso. Hay compañías, como la Sota Aznar, que tienen paralizados 18 buques con 86.180 toneladas.

No siendo España un país de gran exportación y no teniendo perspectivas de competir en el trans-

(1) Un plan de carreteras y caminos de Cataluña, aprobado por el Consejo de la Generalidad, debido a los ingenieros Vallés y Pujals y Muñoz, abarca un total de 5.055 kilómetros, obra estimada como indispensable para asegurar la relación rápida y cómoda con los centros catalanes de población más importantes.

porte marítimo con las grandes potencias, para sus necesidades dispone de un tonelaje suficiente, pudiendo con su flota vincularse con los centros más importantes del mundo, sin perjuicio de continuar la construcción y el modernizamiento de los buques, suprimiendo los viejos sistemas a vapor.

Se dispone de buenos astilleros, donde se construyen naves comerciales y de guerra, casi enteramente



con materiales nacionales. En 1929 se construyeron 37.023 toneladas de registro bruto; en 1931 se llegó a 48.117 toneladas, exponentes de buen augurio (1).

(1) Las construcciones realizadas en 1920-22 por la Sociedad Española de Construcciones Navales, costaban al Estado lo siguiente:

Acorazados . . .	2.870	pesetas por tonelada
Cruceros rápidos . . .	2.500	» » »
Destroyers . . .	6.000	» » »
Torpederos . . .	6.500	» » »
Sumergibles. . .	6.400	» » »

Los barcos de guerra se construyen en El Ferrol y en Cartagena. Los altos hornos de Bilbao proporcionan el acero para los cascos. Se importan planchas de blindaje, artillería, proyectiles, aceros moldeados, latones laminados, tubos estirados de acero y latón, aparatos y máquinas auxiliares.

Se está desarrollando también la aviación comercial. En 1930 hubo 3.215 horas de vuelo con 468.040 kilómetros de recorrido; en 1931 las horas de vuelo fueron 4.070 y el recorrido 603.035 kilómetros, con 31.965 kilos de mercancías transportadas y 6.300 pasajeros.

Hay escuelas de pilotos militares en Madrid, Alcalá de Henares, Getafe, Los Alcáceres (Cartagena), Sevilla. Existe la Escuela de observadores de Cuatro Vientos (Madrid), escuelas de mecánicos y montadores de aeroplanos, un laboratorio aerodinámico para las pruebas del material aéreo en Madrid...

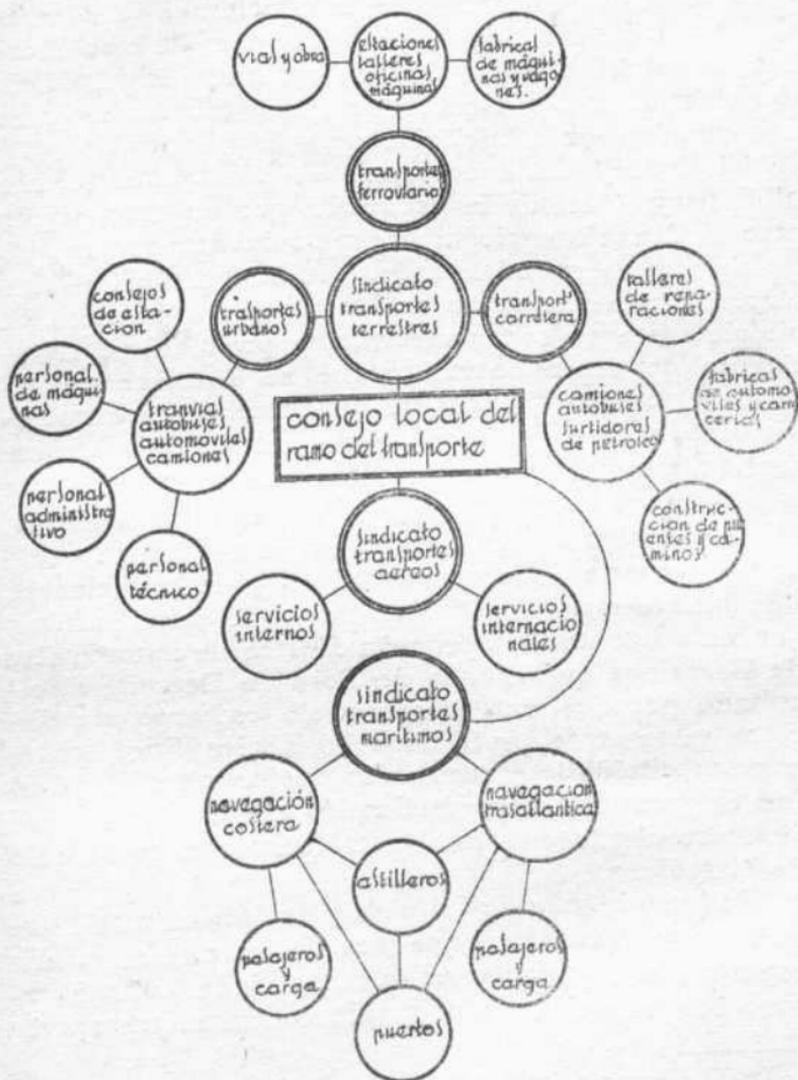
En 1921 había 1.010 kilómetros de líneas de tranvías.

Como la revolución no suprimirá nada de eso, como no destruirá nada útil, su beneficio se manifestará de inmediato en la mejor coordinación de todos los recursos disponibles, en el alivio de las tareas de su personal. El resto, perfeccionamiento de los medios de transporte en rapidez, confort, economía de gastos, de personal, de energías, etc., será obra de los próximos años, pues no faltan excelentes ingenieros y técnicos para estudiar los medios de hacer ese servicio cada vez más perfecto.

En el ramo del transporte pueden entrar incluso los obreros y técnicos de los astilleros, los de las fábricas de automóviles, locomotoras y carruajes, los camineros, la dirección del tráfico en las calles y caminos, etc.

Cada lugar de trabajo, cada foco de relaciones permanentes de trabajo, los talleres ferroviarios de una localidad, el personal de estaciones, el personal de cada gran estación tranviaria, de cada núcleo, barriada o turno de conductores de automóviles o carros, de cada nave, de cada aeródromo, etc., constituye su Consejo administrativo o de fábrica, de nave, etc. Esos consejos se vinculan en el sindicato respectivo local,

Sindicato ferroviario, sindicato tranviario, sindicato de chauffeurs, sindicato de aviadores, sindicato ma-



rítimo y demás. El conjunto de todos esos Sindicatos locales del transporte forma el Consejo local del ramo

del transporte. Cada grupo tiene plena autonomía en su lugar de trabajo, cada sindicato conserva su pleno derecho en todo aquello que le concierne, pero en el Consejo local del ramo se coordinan todas esas fuerzas, se estudian los medios de mejorar los servicios, de hacerlos más eficientes, de introducir las mejoras aconsejadas por la iniciativa o por la práctica, etc. (1).

El Consejo local del ramo del transporte se une al Consejo local de la economía, por un lado, y por otro al Consejo nacional del ramo del transporte.

Es aquí sobre todo donde se ve la necesidad de una estrecha relación de todas las fuerzas atingentes. A simple vista todo ese mecanismo produce un sentimiento de desconfianza, porque se descubre en seguida el centro director, la dictadura de la burocracia. No negamos el peligro de desviaciones en ese sentido, desviaciones que igualmente se podrían dar en un servicio de transporte inconexo, parcializado, vinculado al azar; en cambio en esta forma se tendría la ventaja de la productividad y de la eficiencia. Los mismos males del burocratismo, del autoritarismo pueden darse en una pequeña fábrica de automóviles de Barcelona que en una de Ford en Detroit; el resultado práctico del esfuerzo, sin embargo, es distinto y nosotros preferimos la fábrica Ford, en la cual, suprimida la especulación, mejor atendida la salud del personal, aumentados los salarios, se obtiene mejor resultado que en el establecimiento minúsculo de Barcelona.

No hay ninguna objeción de principio contra el pequeño establecimiento que nos da un coche por día como no la hay contra el que nos rinde 1.000. Tampoco hay objeción de principio contra el transporte

(1) Por ejemplo, los ferrocarriles de los Estados Unidos empleaban en 1920, 2.160.000 personas y diez años más tarde sólo 1.300.000. Sin embargo, en 1930 se transportaba un 7 por 100 más de carga que en 1920.

a lomo de mula; pero es preferible, más ventajoso, menos costoso, más apropiado el empleo del ferrocarril, del camión, del automóvil, del aeroplano. Se hace más trabajo, más rápidamente y se emplea menos esfuerzo humano.

Decimos esto como respuesta previa a quienes ven en la aparente complicación de esos grandes organismos un peligro; nosotros lo vemos en ellos y en los pequeños igualmente. Pero los primeros son más eficientes que los segundos. Y ahora quedará al espíritu vigilante y alerta de los obreros mismos, a la sensibilidad y al amor a la libertad de los hombres el poner coto a desviaciones, abusos, derroches burocráticos, etc.

El Consejo nacional del ramo del transporte en España habría de contar seguramente con no menos de 400.000 personas, obreros, empleados y técnicos, pues al personal de ferrocarriles y transportes por carretera, habrían de agregarse los miembros del transporte marítimo y aéreo, sin contar fábricas especiales, escuelas, institutos, laboratorios, talleres de reparaciones, surtidores de gasolina, garages, etc., etc.

XVI

CONSEJO DEL RAMO DE LAS COMUNICACIONES

Los correos y telégrafos españoles están administrados por el Estado; sus servicios podrían ser mejores si los administrasen los que los ejecutan directamente, sin intervención política extraña, sin ingerencias de afuera, sin órdenes de los ministerios. Los teléfonos pertenecen a empresa particular. En un caso y en otro, ese servicio lo ejecutan técnicos y auxiliares y los servicios en manos de éstos se realizarían igualmente por lo menos, aunque, siendo los roces menores, la eficiencia del trabajo sería indudablemente mayor.

La distribución del personal de correos era en 1920 la siguiente:

Técnicos:

Dirección general	281
Administraciones principales	2.504
Estafetas	1.202

Auxiliares:

Carteros distribuidores	5.291
Contratistas de conducciones	1.165
Peatones.	3.627
Carteros rurales	7.193

Hay además en el mismo año 497 empleados subal-

ternos, ordenanzas, porteros, etc. En total, 21.760 empleados.

En 1920 el número de las oficinas era de 8.505 en toda España. En 1923 las oficinas eran 11.412 y el personal llegaba a 24.198 personas; desde entonces ha debido aumentar la cifra.

En 1923 los telégrafos españoles contaban con 3.394 oficinas, cursándose 14 millones de despachos. El personal se eleva a más de 11.000. En 1920, con 2.808 oficinas del Estado, municipales, provinciales, férreas y particulares y 117.878 kilómetros de línea había:

Jefes	502
Subalternos	4.515
Celadores y ordenanzas	4.535
Total	<u>9.552</u>

Tenían los Telégrafos en ese año un presupuesto de 34.341.270 pesetas. 26 millones para el personal y 8 millones para el material y el servicio.

A fines de 1929 había 2.280 centros telefónicos en explotación y los aparatos en servicio llegaban a 174.059. En 1931 las centrales telefónicas eran 2.699 y los teléfonos 242.152. No conocemos el total del personal de los Teléfonos españoles.

En conjunto—Correos, Telégrafos y Teléfonos—probablemente ese servicio en España requiere para su buen funcionamiento de 100 a 150.000 personas. En Portugal alcanza la cifra de 84.475 en 1923, en Alemania a 430.967 en la misma fecha.

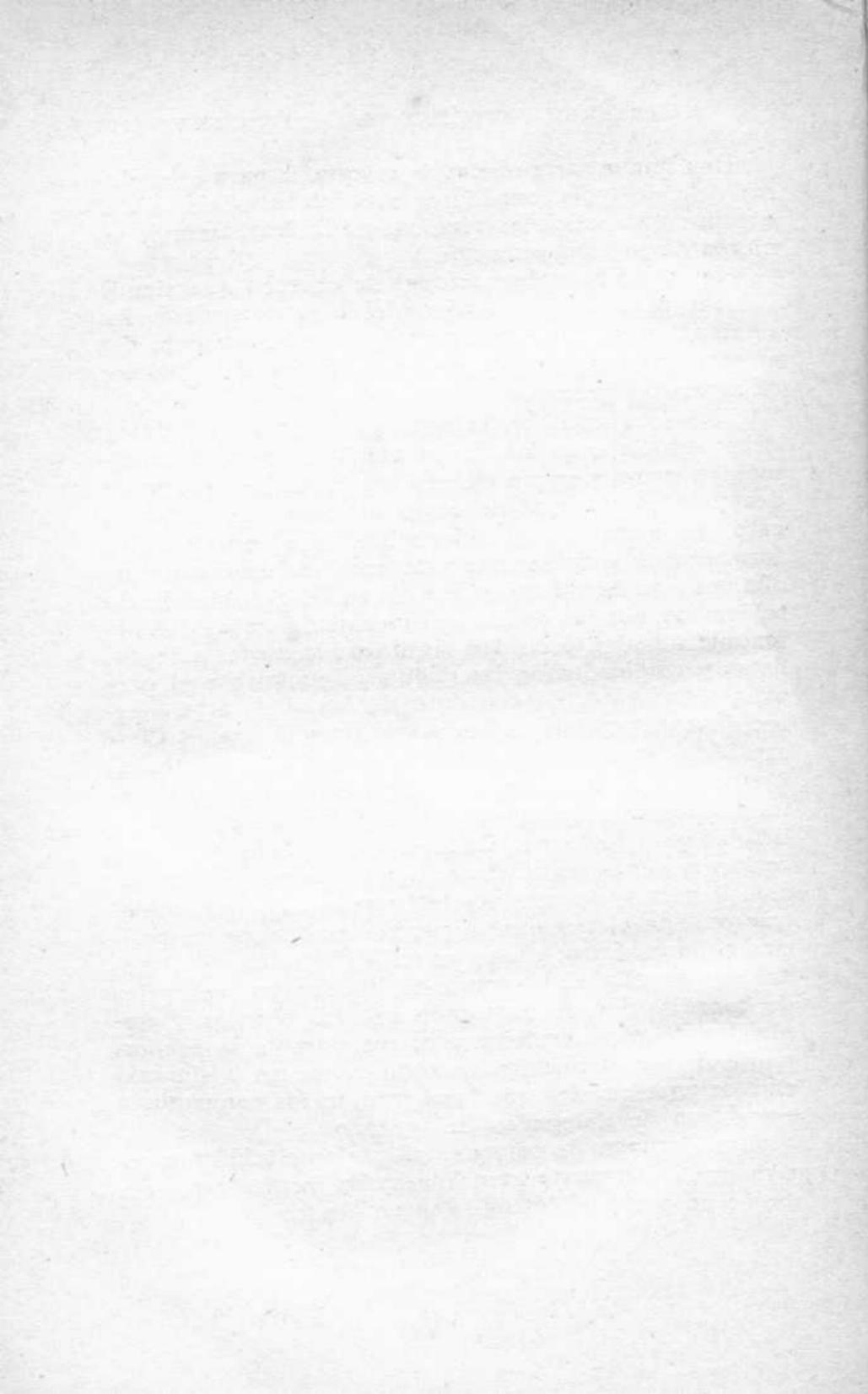
Las comunicaciones en un país son como el sistema nervioso de un organismo viviente y deben ser especialmente atendidas. La revolución, lejos de cercenar funciones, de restringir ese mecanismo, habrá de ensancharlo aún más y hacer converger hacia él personal sobrante de otros gremios, como el de la actual burocracia de Estado, la municipal y la comercial excesiva.

Hay una escuela oficial de telegrafía para operadores de telegrafía, auxiliares mecánicos, oficiales del cuerpo; para oficiales técnicos-mecánicos, para ingenieros de telecomunicación.

Hay una Escuela nacional de correos que tiende a crear personal facultativo del cuerpo, realizar investigaciones para el progreso y el mejoramiento del servicio postal, dar cursos y conferencias para los oficiales del gremio.

Todo eso, correos, telégrafos, teléfonos, escuelas, debe ser organizado en un todo perfectamente armónico, pero siempre de abajo arriba. En las ciudades todo el personal de correos constituye el Sindicato de correos, con delegaciones de los Consejos formados en cada sección: carteros, empleados de las oficinas, etc. Lo mismo se constituye el personal de los telégrafos, por las secciones diversas de trabajo, desde los que instalan y cuidan las líneas hasta los telegrafistas y empleados de las oficinas. Igualmente el personal telefónico. El conjunto de los sindicatos locales de correos, telégrafos y teléfonos forma el Consejo del ramo de las comunicaciones, que se une al Consejo local de la economía pero también, y sobre todo, a los Consejos de comunicaciones de otras localidades para formar el Consejo nacional del Ramo de comunicaciones, equivalente a una especie de Dirección general de correos y telégrafos, sólo que, mientras en ésta el personal dirigente es puramente político o burocrático, sin responsabilidad ante el personal, en aquella el personal de los cuerpos centrales de coordinación es nombrado por los obreros y empleados de esos servicios y es responsable ante ellos, pudiendo ser depuestos en todo momento y sin más atribuciones que las que les permitan los congresos o asambleas de delegados del gremio.

Las Escuelas de correos, telégrafos y teléfonos serían particularmente atendidas para formar cada vez mejor un personal técnico especializado.



XVII

CONSEJO DE LA PRENSA Y EL LIBRO

Faltaría en España, a causa de la exigüidad de sus bosques, pasta de papel. Con un mayor cultivo de cereales, se podría dedicar la paja del centeno, del arroz, del trigo, etc., para la extracción de la celulosa (1), pero actualmente esa paja es empleada para la alimentación del ganado. La fabricación a base de papel viejo, de trapos, etc., apenas cubriría las necesidades más elementales y apremiantes. Sin nuevos cultivos, sin repoblación de los bosques con pinos maderables o eucaliptus no habrá papel en España para sus necesidades normales si el bloqueo internacional se produce y persiste.

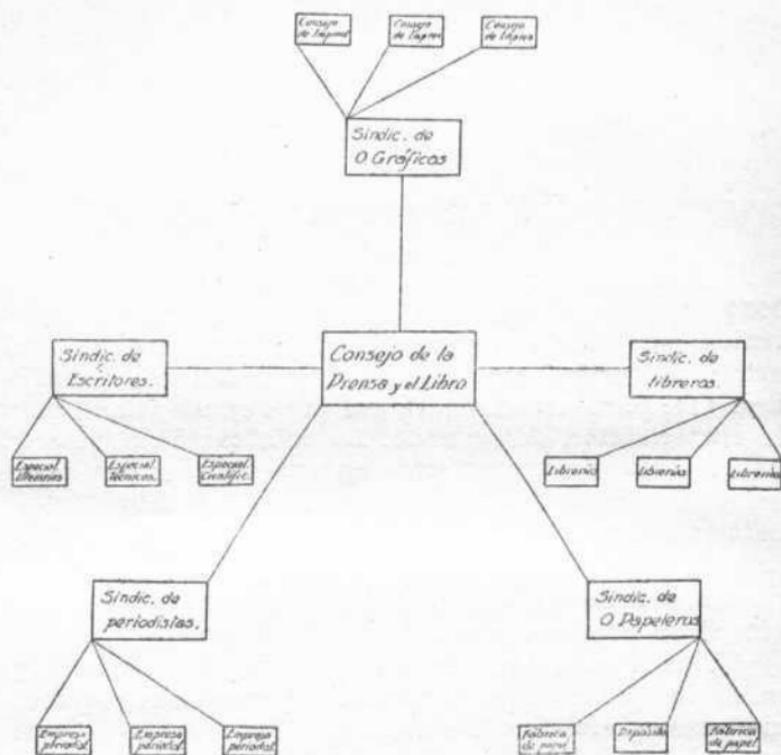
Y las necesidades, aunque aumentadas por la pugna de los partidos y las rivalidades políticas y comerciales, son grandes. Descontando los diarios y revistas, he aquí sólo la producción bibliográfica de 1928:

Libros	2.830
Folletos.	3.530
Estampas	20
Mapas	18

De esa producción, la novela dió 538 obras, la crítica literaria y las antologías 150, el teatro 133, la

(1) Proyecto del ingeniero José Durán y Ventuosa, *Revista Nacional de Economía*, junio-julio de 1916, Madrid.

historia 131, la música 130 piezas, la medicina 114 obras, el derecho y la legislación 90, la poesía 82, la geografía 60, la pedagogía y la enseñanza 49, las biografías 39, las cuestiones militares 27, la economía



política 21, la estadística 19, las obras para niños 17, etcétera.

De los 2.180 libros (descontados los comerciales), las obras originales suman 1.625 y las traducciones 525; de esas traducciones 254 pertenecen a la literatura, 66 a las ciencias aplicadas, 38 son de medicina, 40 corresponden a historia (más de 10 a biografías y otras 10 a geografía), 55 a filosofía, 20 a religión, 19 a ciencias puras, etc.

Todo eso requiere un pequeño mundo de bibliotecas, investigadores, escritores, traductores, obreros gráficos, obreros papeleros, libreros, etc. Ese mundo debe estar coordinado, debe entenderse, mancomunarse conscientemente, como ahora lo está sin darse cuenta. Y esa mancomunidad consciente es nuestro Consejo del ramo de la prensa y del libro.

Cada fábrica de papel—en 1923 en Cataluña había 2.000 obreros papeleros—con todos sus anexos, cada uno con su Consejo representativo especial, forma el Sindicato de obreros papeleros; la organización podría extenderse hasta la preparación de las pastas para la fabricación. Los obreros de las imprentas, con su Consejo de taller en cada una, forman el Sindicato de las artes gráficas; lo mismo cada equipo periodístico, cada núcleo de escritores, de investigadores, de obreros de la inteligencia en sus distintos aspectos y especialidades forman su Consejo de escritores de temas científicos, literarios, artísticos, etc. El conjunto de esos Consejos constituye el Sindicato de periodistas y escritores. Se integran en este ramo igualmente las librerías, despachos de periódicos y revistas, papelerías, etc., organizadas en Consejos de empresa, luego en Sindicatos.

Todos los Sindicatos que contribuyen a la función de la prensa y del libro, desde los que fabrican la pasta para el papel, los papeleros, hasta los gráficos, los escritores, los libreros, etc., constituyen el Consejo del Ramo, unido al Consejo local de la economía y al Consejo Nacional de la prensa y del libro.

Junto con el Consejo del transporte, de las comunicaciones, del crédito y del intercambio, el de la prensa y el libro pertenece también a la especie de sistema nervioso social o tejido conjuntivo que coaliga las diversas partes en un todo orgánico.

Grande es la misión de la función periodística y editora en la nueva economía. La ciencia, la literatura y el arte, lo mismo que la información, estarán al ser-

vicio de la comunidad, porque ningún interés bastardo trabajará por poner esos valores a su exclusivo servicio. La luz llegará a todos como llega a todos la luz del sol, sin disfraces de casta, sin tapujos de fracción.

No tenemos un temor excesivo al bloqueo internacional; probablemente, de producirse una revolución social en España, cada país tendrá bastante con el propio problema revolucionario. Pero si nuestras cuentas fallan, entonces este Consejo habrá de carecer momentáneamente de materia prima y su labor práctica se verá obstaculizada, debiendo por tanto una parte de su personal consagrarse a otras tareas, lo que no obsta para que esté organizado y entre en acción tan pronto como el ingenio o la situación internacional permitan abastecer de papel al país (1).

(1) «Es muy poco — escribe Adolfo Weber en su libro *La Economía mundial al alcance de todos* — lo que la Naturaleza ofrece, si se compara con las ilimitadas necesidades del hombre. Lo mejor que la Naturaleza ha dado al hombre para subvenir a sus atenciones de toda especie, es su capacidad creadora y su entusiasmo activo, juntamente con la perspicacia necesaria para ello. Es de advertir que allí donde la Naturaleza ofrece mayores facilidades y comodidades para procurar el sustento necesario, los hombres se caracterizan por su indolencia económica. El Noroeste de Europa debe, en muy señalada parte, su elevada cultura al clima variable y relativamente desfavorable.» Pág. 62.

XVIII

CONSEJO DEL CREDITO Y DEL INTERCAMBIO

Tenemos organismos relacionadores de la nueva vida social y económica con el transporte, con las comunicaciones, con la prensa y el libro; pero aun falta otra función más: la que une efectivamente, por intermedio de los vehículos que le ofrecen los otros ramos, la producción con el consumo. El transporte cumple su misión llevando de un lado a otro los productos o las materias primas; las comunicaciones sirven para transmitir la palabra hablada o escrita; la prensa y el libro para difundir las informaciones, las ideas, las noticias. Para que esa relación responda a necesidades efectivas es preciso que alguien diga al transporte lo que debe transportar y adonde, que alguien comunique al mecanismo de las comunicaciones qué es lo que ha de decir y a quién.

Nosotros resumimos en el Consejo del crédito y del intercambio un cúmulo de funciones económicas y de interrelación ineludibles. El crédito puede ser gratuito, pero no supone eso que se niegue su función. Sobre todo en la nueva economía el crédito, que será función social y no especulación privada o usura, que es la forma en que se le conoce hoy, tendrá una importante misión que cumplir, volviendo a ser algo vital para la prosperidad y el progreso. ¿Es preciso

realizar una obra importante, que tendrá necesidad del esfuerzo de 10.000 hombres durante un año o dos? En ese tiempo esos hombres habrán de vestirse, alimentarse, alojarse, instruirse, divertirse; consumirán materiales diversos elaborados en varias industrias, requerirán medios de transporte, etc., etc. Esas cuestiones no se pueden resolver por intuición, a ojo de buen cubero. Es preciso contar con estadísticas exactas, con informaciones fieles de la producción y del consumo y calcular luego si el trabajo de esos 10.000 hombres, que sólo ulteriormente ha de ser productivo o útil, se puede sostener socialmente. Es decir, si se puede garantizar o asegurar el consumo para el trabajo provisoriamente improductivo de esos 10.000 hombres. El crédito futuro se hará de acuerdo a las posibilidades económicas de la sociedad, no de acuerdo al interés y a la rentabilidad.

Esa función de asesoramiento la llenaría nuestro Consejo del crédito y del intercambio, en cuyo poder obraría, como en poder de todos los gremios y Consejos de la economía, la documentación económica existente. Personal seleccionado de entre las actuales instituciones bancarias ocuparía ahí un puesto utilísimo.

También competería a ese Consejo el intercambio de los productos, es decir, su regulación de forma equitativa. Lo mismo que en las ciudades de mucho tráfico, alguien debe quedar en las bocacalles para impedir los choques de vehículos, para dirigir el tráfico, sin que eso implique ningún abuso y ninguna extralimitación, así en lo relativo a los productos y a las materias primas, a alguien o a alguna institución es preciso confiar su circulación.

Podría hacerse como en el capitalismo ese intercambio por pedidos directos de gremio a gremio, de pueblo a pueblo; pero complicaríamos las cosas y, a lo que debemos tender, es a simplificarlas. El Consejo del crédito y del intercambio, con la estadística de la

producción y del consumo, regularía la circulación de los productos, atendería y transmitiría los pedidos, llenando la función del comercio actual, pero con infinitamente menos personal y sin posibilidades de especulación. Generalmente ni siquiera tendría a su cargo la manipulación de los productos, pues en nuestro esquema hemos aludido ya a la organización de los Consejos de ramo de manera que entren en ellos desde los que elaboran las materias primas hasta los que distribuyen al público los productos manufacturados. Sólo excepcionalmente, en particular en las pequeñas poblaciones, los depósitos comunales podrían ser administrados por el Consejo del crédito y del intercambio; su misión consistiría en servir de centro de los pedidos y de las ofertas; igualmente en las ciudades ese Consejo podría atender al expendio de productos para los cuales los gremios productores no tengan almacenes o expendedorías especiales.

En el caso probable de la institución de un signo de cambio, no con el significado de la moneda capitalista, sino para responder a su primitivo sentido de facilitar la circulación y el intercambio de los productos, el Consejo del crédito y del intercambio administraría esos signos. El Consejo se desarrollaría con la autarquía en que se desarrollan todos los demás ramos, pero en una autarquía que no excluye el entrelazamiento con los demás, su apoyo mutuo, su solidaridad perfecta.

Forma parte el Consejo del crédito y del intercambio del Consejo local de la economía; pero se une también a los demás Consejos del ramo en el país para formar el Consejo Nacional del crédito y del intercambio, del cual dependerían las operaciones del comercio exterior, la regulación práctica de los asuntos financieros internacionales de acuerdo a las resoluciones y directivas del Consejo federal de la economía.

Cuestión de menor importancia es si las operacio-

nes de intercambio han de hacerse a través del Consejo local de la Economía o directamente por el Consejo del crédito y del intercambio; ambos métodos pueden practicarse, pues de hecho este Consejo sería una función especializada que tendría que obrar en pleno acuerdo con el resto del organismo económico local. Lo que importa es que toda oferta y toda demanda no se harían individualmente, sino a través del respectivo Consejo del crédito y del intercambio.

Por unos años no habrá seguramente abundancia y el control sobre la producción y la distribución ha de ser estrictamente sostenido; el individualismo, como se practica en el régimen capitalista, nos llevaría al abuso, a la desigualdad en el consumo, a la producción sin método ni seguridad. Por eso la condición primaria de la nueva economía es su carácter social, su respaldo en la necesidad apremiante de asegurar un mínimo de existencia a toda la población. Cuando la producción sea más abundante, cuando la técnica haya hecho posible un mayor rendimiento, entonces, aparte de ese mínimo de existencia para todos, se podrá pensar en la satisfacción de gustos individuales por encima de ese mínimo hoy fundamental.

El Consejo del crédito y del intercambio será como el termómetro de las existencias de productos y de las necesidades de la localidad y del país. Los gremios productores sabrán por su intermedio lo que han de producir y el destino que han de dar a los productos, tanto si los distribuyen directamente al consumo como si los entregan al Consejo del crédito y del intercambio para su reparto equitativo.

Las oficinas de estadística, que en el régimen presente sólo tienen una función decorativa, pues raramente se tienen presentes sus aportes, incompletos y falseados, tendrían su centro en este Consejo y proporcionarían indicaciones precisas para la regulación de la nueva economía.

XIX

CONSEJO DEL RAMO DE LA LUZ, LA FUERZA MOTRIZ Y EL AGUA

También en el aprovechamiento de los propios recursos de energía está España atrasada; sin embargo, en los tiempos actuales la capacidad económica de un país se mide más por la energía eléctrica y en general por la fuerza motriz que consume que por el número de sus obreros o la extensión de sus territorios. Ha calculado la Federal Power Commission de los Estados Unidos que las reservas hidroeléctricas de España eran 4 millones de caballos de fuerza, de los cuales sólo una cuarta parte está en explotación. El Anuario estadístico de España para 1930 da como aprovechados 1.064.272 caballos de fuerza. Hay grandes usinas, compañías bastante fuertes, como la de Riegos y Fuerzas del Ebro con centrales en Tremp y Aytona, la Energía eléctrica de Cataluña, la Hidroeléctrica española, la Unión eléctrica madrileña, la Hidroeléctrica ibérica, la Sociedad anónima de fuerzas hidroeléctricas de Cataluña, etc., etc. Todo ello es muy poco, no obstante, para lo que puede realizarse.

Un ingeniero, Pereira Carballo (1), considera posible la obtención de más de 12 millones de caballos de fuerza, distribuidos así:

(1) Revista *Electricidad*, julio 1932. *Ey Sol*, Madrid, 7 enero de 1936.

Río Ebro	3.150.000
Río Duero	2.080.000
Guadalquivir	1.964.000
Río Tajo	1.865.000
Guadiana	865.000
Río Miño	743.000
Río Júcar.	511.000
Río Segura	346.000
Demás cuencas	990.000
Total	12.483.000

Traducida esa fuerza hidroeléctrica o hulla blanca en hulla negra, se tendría el equivalente a 75 millones de toneladas de carbón, con la diferencia enorme del costo de la producción.

Existen numerosos proyectos técnicos de electrificación, de pantanos de riego, de aprovechamiento de las energías hidráulicas de España tanto para la fuerza motriz como para combatir las sequías clásicas. No se encuentran más obstáculos para su ejecución que los obstáculos pecuniarios, pues los demás, los ingenieros capaces de llevar a cabo esas obras, los obreros y los materiales no escasean.

Además de la energía hidroeléctrica, la más barata en España, podría obtenerse la termoeléctrica utilizando en este sentido sus carbones. Se han hecho en este dominio magníficas innovaciones. La primera turbina montada en una estación central consumía 6.88 libras de carbón por kilvatio-hora en 1903 (1). En 1913 el consumo de carbón por kilovatio-hora en la estación central de los Estados Unidos había descendido a 2.87 y en 1929 el término medio era de 1.2 libras. En 1933 se consume menos de una libra por kilovatio-hora.

Se advierte en ese camino una mejor utilización de

(1) Allen Raymond: *¿Qué es la tecnocracia?* Ed. Revista de Occidente, Madrid, pág. 42.

los carbones españoles para su industria, su agricultura, sus transportes.

Sin contar con que nuevas fuentes de energía serían proporcionadas por el aire, que los holandeses han sabido aprovechar para sus molinos y que se comienza a pensar en su utilización práctica para la creación de energía eléctrica, etc.

Gran parte del material eléctrico se produce ya en España; y lo que falta se podría producir. Se construyen cables subterráneos de 6.000, 11.000, 30.000 y 50.000 voltios para las centrales de Madrid, Málaga, Bilbao, Barcelona y Valencia; cables telefónicos para las redes urbanas e interurbanas; conductores flexibles unipolares y multipolares para interiores; cables para minas; aisladores de porcelana; motores para la industria textil y para gruas y ascensores; maquinaria y aparatos eléctricos para la marina de guerra y el ejército; aparatos de medición, registro y seguridad; contadores eléctricos; lámparas de incandescencia de filamento de carbón y de filamento metálico; carbones especiales para lámparas de arco voltaico, etc., etc.

Había en 1921 118 compañías para la fabricación de material eléctrico y 515 de gas y electricidad, 101 de aguas, sin contar las empresas particulares, casi siempre predominantes en España, lo que da una nota más de la dificultad de los capitalistas españoles para concertar sus intereses y sus iniciativas.

Ligamos la producción de luz, fuerza motriz y las obras de provisión de agua a las ciudades y de riegos para los campos porque en cierto modo tienen estrechas vinculaciones funcionales. Los grandes embalsamientos de aguas condicionan al mismo tiempo la instalación de usinas eléctricas, y en las ciudades la luz y el agua y la fuerza motriz pueden combinarse en una misma unidad funcional también.

También aquí la organización es de abajo arriba, del lugar de trabajo al Sindicato, del Sindicato al Con-

sejo del ramo, del Consejo del Ramo al Consejo local de economía, etc.

Pero lo mismo que en los transportes, en la electricidad y el agua, la vinculación nacional es indispensable; se habla incluso de una unión eléctrica de todo el continente europeo, de manera que ni un solo kilovatio quede inaprovechado o se derroche estérilmente.

Este Consejo del ramo de la luz, la fuerza motriz y el agua tendrá a su cargo la cimentación del futuro del país, porque todos los planes de aumento de la producción, de alivio del trabajo, de acrecentamiento del confort serán estériles si previamente no son captadas todas las fuerzas de que el país puede disponer para ofrecerlas al nuevo régimen económico.

Sin quintuplicar o decuplicar los caballos de fuerza disponibles hoy, sin agrandar considerablemente el área de riego, sin que aumente visiblemente la fuerza de cada productor gracias a los esclavos mecánicos subyugados a su voluntad, no habrá los beneficios que la revolución promete.

CONSEJO DEL RAMO DE LA METALURGIA

España no es todavía un país industrializado; no lo es, al menos, en las proporciones necesarias; la mayor parte de su agricultura emplea aún procedimientos primitivos, como el arado romano; en la industria su instrumental raramente se encuentra a la altura de los tiempos. Y, sin embargo, es preciso acelerar el proceso de la industrialización, reconciliando al hombre con la máquina, pues mientras eso no se haga no habrá paz en el mundo ni la humanidad disfrutará del bienestar a que tiene derecho.

Naturalmente, la reconciliación del hombre con la máquina no puede verificarse en una economía en donde la máquina, al dar la posibilidad de la abundancia, priva de lo más necesario al hombre. La máquina ha multiplicado las perspectivas de desarrollo de la humanidad, pero se ha interpuesto, en el régimen capitalista, entre los beneficios de su trabajo infatigable y el alivio de la tarea humana.

Un zapatero de la Roma antigua terminaba un par de zapatos en una semana; en una fábrica moderna la cuota de la producción por obrero es de unos 500 pares por semana. Indudablemente había muchos seres descalzos en tiempos del cesarismo; ¿pero es que habría hoy razón equitativa y plausible para que los haya?

Antes de la invención de la imprenta había en Francia algunas docenas de calígrafos para la copia de libros; en 1847, entre impresores y grabadores había 16.705. Antes del invento de Arkwright la hilatura de algodón empleaba en Inglaterra 7.800 trabajadores; en 1833 la cifra de los empleados en esa industria ascendía a 800.000, produciendo cada uno de éstos muchísimas veces más que aquéllos.

Como se ve, las máquinas son indispensables, pues de otro modo la población actual del mundo no podría satisfacer las necesidades más elementales. Cuando la población era más reducida, cuando los buenos tejidos, las buenas obras sólo alcanzaban a una pequeña minoría privilegiada, pocos millares de artesanos bastaban; pero hoy todos queremos ser partícipes de los beneficios de la civilización y del progreso y para ello no sólo se requiere la industrialización, sino que esa industrialización se emancipe de la mano fuerte del capitalismo privado, atento sólo a sus egoísmos y a sus intereses.

Una nueva transformación del régimen económico es ineludible; más por efecto casi fatal de las condiciones reales que por el apelativo a la justicia de esa transformación. A fines del siglo XVIII (según Garrido) los obreros industriales españoles no llegaban a 300.000. En 1860, al lado de 150.000 obreros en fábricas y de unos 26.000 mineros, existían 600.000 artesanos. Cualquiera sabe que las cosas han cambiado, que el artesanado quedó reducido a un factor de poquísima monta y que, en cambio, la cifra de los obreros industriales se ha acrecentado considerablemente en el curso de los últimos 50 ó 75 años.

La nueva transformación implicará igualmente una traslación importante de la población a ciertas esferas de trabajo, pero también una honda modificación del régimen jurídico de la propiedad, hoy obstáculo insuperable de la necesaria transformación.

Aun cuando las fábricas de máquinas y la metalistería no son en España lo que podrían ser, se cuenta con fábricas de locomotoras y de material ferroviario en Barcelona, Bilbao y Zaragoza, donde se puede competir, por la bondad de los productos, con cualquier otro establecimiento europeo. Se fabrican motores a explosión para automóviles, en Barcelona; hay talleres de construcción de máquinas en casi todas las provincias, como igualmente talleres de herrería y cerrajería mecánica. Talleres con fundición en Barcelona, Castellón y otros lugares. Se construyen y reparan velocípedos en Barcelona, Burgos, Córdoba, Sevilla y Valencia. Hay talleres de calderería gruesa de hierro o cobre en Albacete, Alicante, Badajoz, Barcelona, Granada, Huelva, Logroño, Madrid, Málaga, Pontevedra, Santander, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia y Zaragoza. Hay fábricas de estufas, chimeneas, cocinas, etc., en Avila, Badajoz, Barcelona, Córdoba, La Coruña, Madrid, Oviedo, Salamanca, Santander, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Hay talleres para la construcción de balanzas romanas, basculas, etc.; para la fabricación de camas, cunas, etc.; fábricas de alfileres, de clavos, de hojalata, de estampación de hojalata, etc. (1).

(1) Tenemos a mano una descripción de la Siderúrgica del Mediterráneo, una de las factorías más importantes y de las más modernas de España. Cuenta con 4000 personas entre obreros y empleados; dispone de mineral propio en el coto de Ojos Negros, tiene 200 kilómetros de ferrocarril de su propiedad; cuenta con un puerto bien acondicionado. Tiene en explotación cuatro hornos Martin-Siemens de 80 toneladas de capacidad y uno de 90 toneladas, pudiendo producir 900 toneladas de acero diariamente. Dispone además de cuatro hornos de fosa. La factoría tiene una central eléctrica propia, movida por turbinas a vapor. Cuenta con laboratorios de análisis de minerales, hierros y aceros, carbones refractarios, cementos, microfotografía, sala de ensayos de materiales a tracción, flexión, choque, etc.; laboratorios para los subproductos. Produce los ladrillos refractarios que consume, disponiendo del instrumental para dar 500 toneladas mensuales.

Sólo en Barcelona había en 1923 cerca de 30.000 obreros en la industria metalúrgica. El número total de los obreros metalúrgicos en España debe frisar en los 120.000. La cifra habría de doblarse por obra de la revolución, lo que habla bastante de la futura importancia de la fabricación de máquinas, y en general de la metalistería.

Para hablar con cifras diremos que España produce 19 kilos de productos siderúrgicos por habitante, frente a 200 que da Alemania y a 150 que da Bélgica. Las existencias de hierro en España, que se estiman en 600 millones de toneladas, abogan en favor de una industria metalúrgica de alta categoría en el país.

No hay ninguna variación necesaria en cuanto a la organización general del Consejo del ramo. Siempre de abajo arriba, en cada fábrica, con los obreros, los empleados y los técnicos se constituye un Consejo de fábrica; esos Consejos se coaligan en el Sindicato del oficio o la función afín que desempeñan los Consejos. La reunión de los Sindicatos locales metalúrgicos forma el Consejo local del ramo de la metalurgia, que se asocia tanto al Consejo local de la economía como a los otros Consejos metalúrgicos de la región y del país para formar una Federación o Consejo nacional del ramo de la metalurgia.

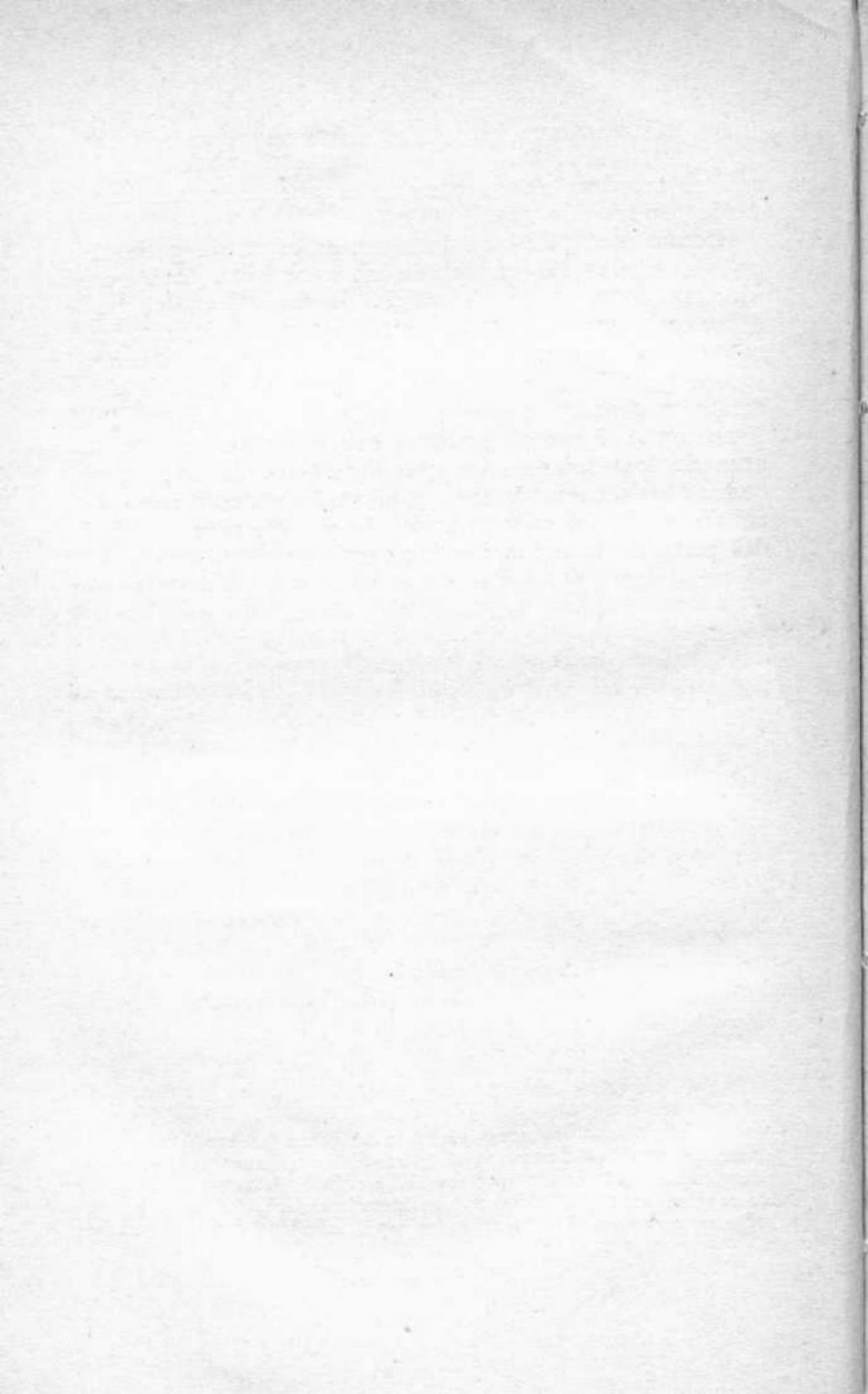
Los propios técnicos y capitalistas inteligentes actuales comprenden fácilmente la superioridad de una coordinación de esa especie en el campo de una industria y luego en toda la economía, pues ellos conocen las dificultades insuperables y el derroche con

Se producen en esa gran factoría, sita en Sagunto, hierros, aceros y derivados; lingotes al cok, piezas en acero moldeado, desbastes, palanquillas, llantones, productos terminados, vigas doble T, hierros U, angulares, redondos, cuadrados, llantas, pletinas, chapas, carriles y accesorios, construcciones metálicas completas, sulfato amónico, alquitranes, benzoles industriales, benzoles especiales, benzoles puros, creosotas-aceites, naftalinas-antraceno, brea y ofenol en bruto. (Véase *El Pueblo*, Valencia, 17 de marzo 1935.)

que se tropieza ahora para la organización nacional de la producción (1).

Como aquí sólo nos interesa el esquema general, no la organización en detalle, no hace falta decir que fábricas como las de beneficio de los minerales podrían tanto integrar el Consejo del ramo de la minería como al de la metalurgia y que establecimientos como los de las fábricas de locomotoras y automóviles podrían igualmente entrar en el Consejo del Ramo del Transporte. Importa poco la organización en uno u otro de los Ramos afines; lo que hace falta es que nadie quede fuera de la organización y nadie rehuya, en economía, la coordinación de sus fuerzas con las del resto de la población laboriosa.

(1) Sobre las dificultades creadas a la siderurgia española en la situación actual, es ilustrativo el folleto del Sindicato Patronal Metalúrgico de Madrid: *La «política del hierro» y la actuación de las siderúrgicas españolas*. Algunas consideraciones sobre el paro en la industria transformadora metalúrgica española, Madrid, febrero 1935.



XXI

CONSEJO DEL RAMO DE LA INDUSTRIA
QUIMICA

En la industria química había 185 sociedades en 1921, sin contar las empresas particulares, familiares o de propiedad individual, algunas importantes. En 1917 los contribuyentes de la industria química ascendían a 3.466.

En 1929 existía la siguiente relación:

Industrias químicas	993	contribuyentes
Laboratorios químicos	1.368	"
Colas, jabones y materias esteáricas	2.137	"
Pólvoras y materias explosivas .	18	"

Se fabrica ácido sulfúrico en Vizcaya, Salamanca, Valencia, Barcelona, Huelva, Málaga y Baleares; ácido nítrico en Barcelona, Salamanca, Valencia y Baleares; aguarrás en diversas provincias; alumbre en Barcelona y Burgos.

Hay fábricas de barnices en Barcelona, Madrid, Pontevedra, Oviedo, Valencia, Santander y Zaragoza; de caparrosa en Barcelona, Valencia y Baleares; de carbón animal en Barcelona; de cardenillo en Castellón; de cloruro de cal en Barcelona y en La Coruña; de cremor tártaro en Barcelona, Tarragona, Baleares y Valladolid.

Se destilan aguas amoniacaes y alquitranes; se obtienen esencias de flores; ácido clorhídrico, extracto de regaliz, goma líquida, lacas, objetos de perfumería,

preparaciones antimoniales; hay refinerías de azufre; se fabrica acetato de plomo, sulfuro de carbono, etc.

Hay fábricas de tintas comunes y de imprenta en Barcelona, Gerona, Madrid, Sevilla, Valencia y Valladolid.

Hay fábricas de productos farmacéuticos en Barcelona, Cádiz, Madrid, Málaga, Murcia, Oviedo, Tarragona y Valencia.

En 1933 había 3.099 fábricas de alcoholes, de las que sólo trabajaron 1.085 (de esa cifra 830 eran de aguardientes y alcohol vínico); 73 fábricas de aguardientes y alcoholes neutros; 141 de rectificación; 59 fábricas de alcohol desnaturalizado; 678 de aguardientes compuestos y licores; 24 de esencias.

Hay fábricas de pólvoras y explosivos en Guadalcano, Cayes-Llanera, Alumbres, La Manjoya. En 1920 produjeron, todas, 17.295.547 kilos de explosivos.

Hay curtiembres en casi todas las provincias, teñido de pieles, charolado, etc.

Se producen colores y tintes, el albayalde en Almería y Cádiz; el bermellón en Jaén y Málaga; tintes en Vergara; preparación de colores en Barcelona, Cádiz, La Coruña, Madrid, Málaga y Santander.

Hay máquinas para la preparación de palos tintóreos y de moler drogas en diversas localidades. Se producen colas, jabones y lejías en toda España.

Se fabrican abonos minerales en Barcelona, Burgos, Cáceres, Castellón, Córdoba, Huelva, Logroño, Madrid, Manresa, Murcia, Salamanca, Valencia y Canarias.

Hay fábricas de fósforos en Alcoy, Barcelona, Carabanchel, La Coruña, Irún, Oviedo, Sevilla, Tarragona, Valencia y Baleares.

Como para la industria textil urge en primer lugar, después de la revolución, el problema del algodón suficiente para abastecer la industria montada y trabajar conforme a la capacidad máxima de rendimiento, en el ramo de la industria química hay dos especialida-

des que no pueden esperar: la destilación de carbones, lignitos y pizarras bituminosas para la obtención por hidrogenación de petróleos y derivados, y la producción de pastas para papel. Se ha hablado de un carburante nacional a base de alcohol. Pero eso no excluye la creación de grandes destilerías de petróleos en las zonas carboníferas y en las de pizarras bituminosas (1).

En cuanto al papel, ligado a la existencia de bosques, será otro problema a resolver y en el cual han de cooperar tanto el Consejo del ramo de la prensa y el libro como el Consejo del ramo de la industria química.

La coordinación de todas esas fuerzas será obra de la revolución socializadora. Ella suprimirá establecimientos improductivos, fusionará otros, erigirá nuevas fábricas, obrando de acuerdo al conocimiento directo de las regiones más apropiadas para cada producto (2). Los capitalistas no se pondrán de acuerdo

(1) En Alemania, Inglaterra, Francia y otros países se ha comenzado a resolver el problema del petróleo por la destilación de carbones. En Alemania, las fábricas establecidas permiten producir cerca de un millón de toneladas de esencia, las que añadidas a otros combustibles, benzol y alcohol, representan más de la mitad del consumo total. La Leuna-Werke solamente da 350.000 toneladas de esencia sintética al año. Y si en Inglaterra y en Estados Unidos no se han hecho mayores progresos aún, es por la hostilidad de las compañías petroleras, que ven en esa industria novísima una gran competidora.

Francia ha comenzado a poner en práctica el llamado gas forestal, extraído de la madera. El problema del carburante nacional es en España de solución urgente, sobre todo en caso de revolución y de bloqueo.

(2) He aquí dos casos típicos de cálculos capitalistas caprichosos y ruinosos: la fábrica de automóviles de Guadalajara, instalada allí por deseo de uno de sus accionistas, Alfonso de Borbón, lejos de las fuentes de materias primas, de las vías de comunicación, de las industrias auxiliares necesarias, y los altos hornos de Sagunto, con todos los adelantos de la siderurgia moderna, a doscientos kilómetros de las minas. Son empresas destinadas por eso al fracaso o a un rendimiento inadecuado. Algo parecido ha ocurrido con los trazados de líneas ferroviarias.

para el abandono de la propiedad privada, para la solidaridad completa incluso entre ellos mismos.

Cada fábrica de productos químicos, es decir, el personal de cada fábrica, manuales, empleados y técnicos, nombran un Consejo de fábrica, que en su esfera de acción coordina y regula el trabajo del conjunto, solicita a donde corresponda las materias primas, las máquinas, la mano de obra, en una palabra, sirve de órgano de armonización interna y de ligazón hacia afuera. Los Consejos de fábrica se unen por afinidades funcionales en Sindicatos, por ejemplo, Sindicato de fábricas de barnices y colores, Sindicato de fábricas de alcoholes, etc. Todos esos Sindicatos se unen a su vez en el Consejo local del ramo de la industria química.

En el orden local el Consejo del ramo integra el Consejo local de la economía y regionalmente se asocia a los demás Consejos de ramo en el Consejo nacional del ramo de la industria química, del cual podrían depender las facultades de química, los laboratorios de análisis y de ensayos, las bibliotecas y escuelas especiales, etc.

Como en la industria química, así como en la metalúrgica y en otras, no se improvisa el personal, y como, en una buena parte al menos, se requieren conocimientos, pericia, práctica, la preocupación de la formación del personal debe existir ya desde el Consejo de fábrica, en particular en los grandes establecimientos, pero sobre todo en los Consejos de ramo locales, que deberán instaurar cursos de aprendizaje y perfeccionamiento, estimulando en la juventud la investigación y el ensayo en laboratorios, talleres, bibliotecas y escuelas especiales.

XXII

CONSEJO DEL RAMO DEL VIDRIO Y DE LA CERAMICA

Aun cuando no conocemos las cifras de los obreros vidrieros y de los ceramistas, en España forma una población bastante considerable. Estas industrias, si no de la fundamentales, son, sin embargo, también necesarias y pueden trabajar a toda marcha, porque la materia prima es abundante y la mano de obra experta no escasea. Incluso en el terreno de la producción artística, podría tenerse ahí un renglón de exportación. Existen fábricas bien montadas para abastecer el consumo ampliamente.

Un gran consumo de envases de vidrio será requerido por las conservas de frutas, que desviarán una parte de la exportación actual.

La organización del Consejo del ramo, como en todas las actividades y funciones, se hace siempre desde la fábrica en donde surge el Consejo de fábrica, hasta el Sindicato, reunión de los Consejos de fábrica similares, y el Consejo del ramo, reunión de todos los Sindicatos dedicados a la cerámica y al vidrio.

En 1929 había 8.978 contribuyentes de la cerámica, el vidrio y el cristal, entre empresas particulares y corporaciones. No se especifica la magnitud de los establecimientos respectivos. Los hay de variedad infinita, desde los modelos más anticuados a las fábricas más modernas y perfectas.

XXIII

CONSEJO DEL RAMO DE LA SANIDAD

No sólo se halla bastante atrasada España en cuanto a la industria, sino también en cuanto a su estado sanitario. Hay una mortalidad excesiva, causada por la ignorancia, por la falta de higiene, por la falta de auxilios médicos y también por la falta de pan, de alimento suficiente.

Mueren anualmente 50.000 enfermos por tuberculosis, para los cuales no hay apenas atención, pues los sanatorios son escasos y pobres en recursos, no obstante disponer de lugares apropiadísimos para los enfermos del pulmón.

Probablemente la cifra de los tuberculosos se haya elevado muchísimo más en estos últimos años de miseria general. En 1920 había 35 sanatorios y dispensarios antituberculosos en toda España, pero no están a la altura de las necesidades.

Desde 1905 a 1925, en veinte años, murieron 66.112 madres en el parto o con ocasión de él, o sea a razón de 3.000 por año; de 1905 a 1925 han nacido muertos 339.092 niños, lo que da un promedio anual de 17.000.

Todos esos son males reducibles a un mínimo por medio de tratamientos adecuados, por maternidades bien instaladas, por cuidados prenatales en las madres. La medicina española es una de las ciencias que ha hecho realmente progresos y puede ponerse a la

altura de la de los países más adelantados; pero sólo en la nueva economía, donde dispondrá de los recursos necesarios, dará sus frutos (1).

Hasta la lepra tiene más raíces de lo que suponemos; había en 1921 426 hospitalizados y 356 ayuntamientos invadidos en Alicante, Valencia, Lérida, Jaén, Pontevedra, Málaga, Coruña, Castellón y Canarias. La cifra de esos enfermos podría reducirse, como se ha hecho en otros países, Suecia por ejemplo, a un mínimo apenas perceptible.

Sin ser un gran país industrial, España muestra al año más de 200.000 accidentados de trabajo; en 1919 hubo 219.237, de los cuales 49 casos mortales, 102 de incapacidad permanente, 3.784 de incapacidad permanente relativa y 214.860 de incapacidad temporal.

Todo eso exige un servicio médico y hospitalario eficaz, pues si la revolución puede disminuir los accidentados a causa de una mayor preocupación por las condiciones de seguridad del que trabaja, no los suprimirá, y además, se ha probado que un enfermo bien atendido es más económico que uno mal atendido, no sólo porque puede volver antes a sus tareas, sino por los gastos de la larga hospitalización.

Existe actualmente un vasto proletariado médico sin empleo, no obstante hallarse media España huérfana de servicios sanitarios. Con la revolución no habrá médicos, odontólogos, enfermeros, matronas sin ocupación, pues aparte de las enfermedades inevitables, la obra de profilaxis, de prevención de los males exigirá un esfuerzo permanente de divulgación y de atención (1).

(1) «En España reciben asistencia en manicomios 11 enfermos por cada 10.000 habitantes, y se calcula que deben recibirla unos 40 por 10.000. Esto significa en números redondos que se atiende sólo a la cuarta parte» (Dr. D. Nieto, *El Sol*, 18 febrero 1936, Madrid).

(1) J. Lazarte ha consagrado un estudio al problema sanitario, *La socialización de la medicina*, que recomendamos, por hallarse allí,

La organización del Consejo del ramo de la Sanidad se hará en la misma forma que todos los demás. No habrá médicos individuales, sino que todos estarán al servicio de la colectividad, en los institutos sanitarios o en las clínicas de primeros auxilios y maternidades diseminadas por todo el país. Cada lugar de trabajo tendrá su Consejo representativo, integrado por médicos, odontólogos, farmacéuticos, enfermeros, personal administrativo, etc. Esos Consejos se unen localmente por similitud de funciones en los Sindicatos sanitarios. Se organizarán igualmente las Escuelas de medicina y farmacia y odontología, en sus Consejos primero y en sus Sindicatos después, lo mismo que los institutos de investigaciones médicas y biológicas. Todos esos organismos parciales forman el Consejo local del ramo de la sanidad, del cual dependen los servicios públicos sanitarios de las ciudades y los campos. Ese Consejo se une al Consejo local de la economía y busca su ligazón nacional en los demás Consejos sanitarios del país.

Así, lo mismo que los agricultores resolverán sus problemas sin extrañas ingerencias autoritarias, lo mismo que los obreros administrarán las fábricas sin que ningún poder externo les dicte las normas de su administración, lo mismo que los mineros entenderán autárquicamente en todo lo que a las minas se refiere, el personal médico y farmacéutico, enfermeros y demás tendrán a su cargo los servicios sanitarios y darán a la sociedad, en ese terreno, lo que ésta les da, en cambio, para la satisfacción de sus demás necesidades.

a grandes rasgos, la solución propiciada también por nosotros. Esas mismas ideas son las que inspiran a la Federación Gremial Médica de la provincia de Santa Fe (Argentina), en cuya actuación y aspiraciones podrían encontrar los médicos españoles útiles sugerencias para su organización presente.

XXIV

CONSEJO DEL RAMO DE LA CULTURA

No creemos ser los primeros en presumir que el fomento de la instrucción pública en el régimen capitalista se debe mucho más a la necesidad que se tiene en la vida moderna de obreros que sepan leer, escribir, calcular, etc., que a un imperativo sinceramente cultural y progresista. De cualquier modo, la cultura en el capitalismo se ha proporcionado en dosis adecuadas al fin perseguido, maleándolo y desviándolo todo en interés de las castas dominantes, en cuyo beneficio se orienta la enseñanza desde la escuela primaria y culmina en la Universidad, sin contar los mil recursos diversos más: el cine, el teatro, el deporte, etcétera, por medio de los cuales los diez mil de arriba han sabido dar bases legales, morales y materiales a sus privilegios y a la esclavización de los pueblos.

“El capital—dice Ferdinand Fried—estima la ciencia a tan vil precio que no considera las universidades más que como escuelas profesionales donde se moldean fuerzas mejores” (1).

La nueva economía, como obra del esfuerzo y del aporte de todos, economía social y no economía de clase, tiene forzosamente que fomentar una cultura verídica, sin otros fines que los del progreso y la ele-

(1) *La fin du capitalisme*; ed. Grasset, París, pág. 122.

vación del hombre al nivel de una plena humanidad.

Nos referimos en estas páginas al organismo económico de la nueva economía; la cultura propiamente no entra en ese terreno; pero nuestra sociedad libre, que toma al hombre y no al obrero solamente, no sólo alimenta de pan, sino también de conocimientos para superarse y para hacer la vida cada vez más grata, confortable y noble.

El organismo de la cultura, entrelazado estrechamente con el resto de los organismos de la producción y la distribución, se forma también como entidad autárquica de abajo arriba, desde la escuela, con su Consejo administrativo integrado por maestros, padres y alumnos, hasta el Sindicato de maestros, reunión de los Consejos de escuela de cada localidad o circunscripción comunal, por ejemplo, y al Consejo local del ramo de la cultura, en donde se asocian todos los Sindicatos locales de la cultura.

Hemos visto cómo en cada Sindicato, en cada Consejo de ramo, en cada Consejo local de la Economía, etc., hay instituciones especializadas de enseñanza, cuyo sostenimiento depende de los organismos económicos a cuyos fines sirven. Por ejemplo, en 1920 había 32 escuelas de sericicultura en 30 pueblos de Albacete, Alicante, Badajoz, Burgos, Cáceres, Canarias, Gerona, Granada, Huesca, Marruecos, Murcia, Valencia, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia y Zaragoza. Todo el personal docente se asocia en sus Consejos escolares, luego en sus Sindicatos de profesores de institutos especiales, por fin en el Consejo del ramo de la cultura o bien en los Consejos del ramo industrial a cuyos fines sirven.

Las Universidades no responderán a su actual estructura; por ejemplo, las Facultades de química pasarán al Consejo del ramo de la industria química, las Facultades de ingeniería irán a depender de los Consejos del ramo respectivo; Facultades como la de ju-

risprudencia serán suprimidas, pasando su parte útil a depender de otras instituciones de investigación y de estudio.

Las bibliotecas públicas, los museos de arte, los archivos, los edificios históricos, se organizarán igualmente en el Consejo de la cultura, con sus Consejos primero, sus Sindicatos después.

Los espectáculos públicos, hoy sólo apropiados para rendir beneficios al capitalismo y como tal explotados, serán instrumentos de cultura y se adaptarán a ese objetivo. El teatro, el cine, el deporte, etc., serán organismos integrantes del ramo de la cultura y cumplirán, por primera vez, ampliamente, su cometido.

En este aspecto, el arte, privilegio de minorías selectas y pudientes, llegará a todos los espíritus accesibles y ennoblecerá y embellecerá la existencia de los que lo sienten. Hay grandes posibilidades de dar ya al pueblo, en teatro, cinematógrafo, en música, etc., espectáculos dignos y bellos. La revolución logrará aquí mostrar en seguida sus frutos, como en general en la enseñanza. Mucho del viejo personal de la burocracia, de la magistratura, etc., etc., encontrará en la escuela, tan deficiente en España, un medio de asegurarse honestamente la vida y de ser útil a la nueva sociedad, siempre que así lo desee y demuestre capacitación.

No sólo se desterrará el analfabetismo, sino que no habrá un solo niño que no entre en la vida equipado con verdaderos conocimientos técnicos para la industria o la agricultura, quedándole abiertos todos los caminos para las más altas especulaciones e investigaciones.

La revolución necesita obreros capacitados, campesinos de iniciativa, hombres de base sólida; y la escuela nueva y las instituciones especiales de estudio, de experimentación y de ensayo darán esa generación que hace falta. Con hombres instruídos, conocedores

de su oficio, científicamente formados, España dejará de ser lo que es y podrá corresponder a los anhelos románticos de los patriotas más exaltados.

El capitalismo no puede sostener su actual aparato de instrucción pública; la parte más grande de sus presupuestos debe ser consagrada a la fuerza pública, a los cuerpos diversos de guardias, al ejército y a la marina; el maestro es un pobre funcionario olvidado, que raya con la miseria. La nueva economía tiene necesidad de muchos millares de escuelas más, de muchos millares de profesores nuevos, de numerosas escuelas de artes y oficio y de agricultura y arboricultura. Parte de ese personal existe ya, otro tanto puede formarse en pocos años (1).

(1) J. M. Lunazzi ha dedicado un interesante trabajo a este tema: *Reconstrucción educacional*, Buenos Aires, 1935; se encontrarán allí lineamientos generales y sugerencias que no nos es posible resumir aquí, pero que coinciden con nuestros puntos de vista.

XXV

CONSEJO LOCAL DE LA ECONOMIA

Hay tres formas económicas que pueden ser practicadas, algunas ampliamente ensayadas, otras esbozadas apenas:

a) El capitalismo privado, cuyas consecuencias y condiciones son conocidas.

b) El capitalismo de Estado, como el que ensayó Rusia, y el que se había practicado antes en el Egipto de los Faraones o en el imperio Incaico.

c) La socialización económica o el comunismo, a la que se han opuesto los privilegiados de todos los tiempos; en esta forma caben todas las modalidades de producción y de distribución que no se respaldan en la explotación y en la dominación del hombre por el hombre. Es la solución que nosotros adoptamos, no sólo por ser la más justa, sino por ser también la única que consiente la superación de las contradicciones monstruosas de la producción que se hace, no en vista de las necesidades, sino en vista de la ganancia.

Para facilitar el intercambio de los productos hay estas tres posibilidades:

1.º El sistema monetario que implica el salariado, el mercado, el privilegio.

2.º La toma del montón, posible en la abundancia.

3.º El control social del consumo, cuyo nivel han de fijar las existencias disponibles.

Nosotros adoptamos la última forma de consumo; no se hará según las necesidades, pues las necesidades son infinitas y las existencias no lo son, sino según el nivel de producción.

En el capitalismo entre el productor y el consumidor hay un abismo; en la economía socializada se establece la unidad del que produce y del que consume, porque no se trabaja más que para consumir y satisfacer las necesidades de todo orden que siente la especie humana.

* * *

Después de organizar la producción y la distribución en cada ramo de trabajo, como una amplia cooperativa en donde todos tienen iguales derechos e iguales deberes; en donde nadie vive de la explotación del trabajo ajeno; en donde todos contribuyen con su aporte de esfuerzo físico o de inteligencia al resultado final, es preciso que esos diversos ramos de producción se asocien *localmente* en un órgano de coordinación, que será el *Consejo local de la economía*, representación de las fuerzas de trabajo y de los consumidores de una localidad.

Todos los Consejos de ramo, el de la alimentación, el de la construcción, el del tejido y del vestido, el de la producción agraria, el de la producción ganadera, el de la producción forestal, el de la producción minera, el de la producción pesquera, el del transporte, el de las comunicaciones, el de la prensa y del libro, el del crédito y el intercambio, el de la industria metalúrgica, el de la industria química, el del vidrio y la cerámica, el de la fuerza motriz y el agua, el de la sanidad y el de la cultura están, siempre que existan, representados en el Consejo local de la economía.

Este Consejo no interviene en los asuntos internos de cada fábrica, de cada Sindicato, de cada ramo, sino

que se circunscribe a coordinar los esfuerzos de los Consejos resultantes; a menos que se solicite su intervención en algún caso dado, su misión es puramente de relación, de estudio, de entrelazamiento de los gremios locales y de éstos con los demás de otras localidades.

En sus congresos periódicos resuelve sobre cuestiones superiores a las relativas a la organización del trabajo en los focos productivos, que deben depender de los interesados directos.

Sustituye a los órganos políticos actuales, municipios, diputaciones, etc. Regulada la vida económica, la sociedad debe convivir como mejor le parezca, como mejor sepa y pueda. Sin embargo, el Consejo local de la economía, en casos de emergencia, una contrarrevolución, puede asumir la misión de la defensa y la ofensa, crear cuerpos voluntarios de vigilancia, hacer levadas de combatientes, etc. El que sea un organismo puramente económico coordinador, depende de las circunstancias externas.

En su seno se hacen conocer las necesidades de los diversos gremios, de la población entera; puede sugerir el aumento de la producción en éste o el otro ramo, reducirla en un tercero, suprimirla incluso en un cuarto, si otras localidades están mejor equipadas, más cerca de las materias primas y de los lugares de intercambio.

En la breve exposición de los órganos de la nueva economía se habrá visto que el nuevo mecanismo no es un aparato de clase, para la opresión y la explotación de nadie. Son llamados a él todos los hombres y mujeres en edad de trabajo, sin distinción alguna. Pero el trabajo en la nueva economía debe ser un *deber social*; si no se cumple voluntariamente, por adhesión espontánea y voluntaria, se excluye uno voluntariamente de los beneficios de la comunidad productiva, igualitaria y libre.

Y los que conocen la vida gremial, los organismos de los trabajadores, saben cuántos medios de coacción puede tener un Sindicato sin necesidad de recurrir al aparato policial, judicial o militar.

No queremos decir que, con el nuevo organismo económico que propiciamos, no será posible la coacción, el autoritarismo; es posible esa desviación si las necesidades lo exigen, pero cabe también en él la máxima libertad y autonomía del individuo en su fábrica, de su fábrica en el Sindicato, de su Sindicato en el Consejo del ramo, y así sucesivamente. No está en la esencia de esos organismos el ser buenos o malos; pueden ser lo uno y lo otro, pueden ser garantías de libertad y pueden ser también instrumentos de coacción. En eso está la diferencia con el aparato estatal de la burguesía, o con el llamado aparato estatal del proletariado en Rusia, que son instituciones esencialmente autoritarias y no pueden dejar de serlo. Pretender que el Estado capitalista no sea tal y aspirar a que interprete igualmente los intereses de los trabajadores, para cuya opresión ha sido creado, es un absurdo. En cambio, la nueva economía, que no es economía de clase, que no lucha sino contra el parasitismo, contra el privilegio, no tiene necesidad de coacción si el parasitismo y el privilegio desaparecen. Los hombres que integran el Consejo local de la economía no son autoridades políticas, como no lo son los integrantes de los actuales comités sindicales de relaciones; su permanencia en esos puestos es temporal y de su buen acierto depende el que no sean depuestos prematuramente, en la misma forma que ocurre hoy mismo en las organizaciones obreras.

CONSEJOS REGIONALES DE ECONOMIA

Hasta aquí nos hemos referido sólo a las fábricas, a su administración, a la vinculación de las fábricas similares; a la tierra y a las minas, a los medios de transporte y a las comunicaciones, etc., pero en el orden local. Hemos tomado la vida local y su equivalente, la circunscripción municipal en el campo, haciendo una abstracción, pues en economía no existe localismo, sino interrelación.

En España existen multitud de regiones condicionadas por su dialecto, por su historia, por su geografía; aun cuando sus límites no siempre sean respetables, y una mejor distribución de las regiones, tal vez una mayor subdivisión, sean convenientes, la propia organización obrera actual ha tomado esas regiones como centros de actuación, de administración y de propaganda; en el porvenir serán centros económicos organizados.

Los Consejos locales de la economía en la ciudad y los Consejos municipales o de distrito en el campo se coaligan entre sí para formar *Consejos regionales de economía*, con las mismas funciones, en su mayor extensión, que los Consejos locales; así tendremos el Consejo de la economía balear, el Consejo de la economía catalana, el Consejo de la economía vasco-navarra, la economía galaica, etc., etc. Cada zona tendrá

perfecta autonomía administrativa y es en esa estructuración donde se harán efectivos los estatutos autonómicos, pedidos en vano al gobierno capitalista. Naturalmente, autonomía no quiere decir insolidaridad, independencia. No hay regiones independientes en España, es decir, que puedan bastarse a sí mismas, aun cuando las hay más ricas y más pobres (1).

Es comprensible que en la economía regional los hombres a ella ligados sientan mejor los problemas de la propia zona y consagren su trabajo con mejor estado de ánimo que allí donde no están espiritualmente interesados. La cultura ganará también en valor y en significación, y tiene razón Kropotkin cuando exalta el arte, por ejemplo, de las ciudades libres de la Edad Media. No hay que olvidar, sin embargo, que la obra será tanto más fecunda cuanto más sea el fruto del temperamento, del pensamiento y del espíritu regional, no por aislamiento, sino a través de una maduración en contacto permanente con el resto de las regiones y del mundo.

Veremos que, aparte de esa unidad económica administrativa regional, hay *vinculaciones nacionales permanentes* que contrarrestarán lo que pudiera surgir como vicio de encerramiento regional.

El Consejo regional de la economía lleva, por medio de su Consejo del Crédito y del Intercambio, la

(1) Gaston Leval, en su libro sobre los *Problemas económicos de la Revolución española*, ha dado cifras de producción y de consumo que demuestran la interdependencia económica de las regiones; eso nos exime aquí de mayores demostraciones. Y no es sólo interdependencia económica la que existe entre las regiones. Los libros de J. A. Vandellós, *Catalunya, poble decadent*, Barcelona, 1935, y *La immigració a Catalunya, 1935*, demuestran la interdependencia también en cuanto a la riqueza demográfica. Cataluña es uno de los pueblos de más baja natalidad de Europa y necesita el aporte de las otras regiones para mantener su posición económica y progresar demográficamente. En otras zonas españolas la población, en cambio, crece demasiado en relación a las posibilidades nutritivas.

estadística de la producción, la población y el consumo en su zona, de la mano de obra y las materias primas; realiza obras públicas para las cuales no alcanzan las meras fuerzas locales; instituye, con la cooperación de todos los Consejos locales federados, altos institutos de investigaciones y de estudios; procura estimular constantemente la producción, la implantación de métodos modernos de trabajo, la agricultura intensiva y científica, la repoblación forestal, el aprovechamiento de nuevas tierras ganadas a la naturaleza montañosa por los riegos, los abonos, los desmontes, etc.

Hay que prever que la revolución no tendrá una válvula de escape en la emigración anual y que habrá que atender, no sólo a la alimentación y vestido de los que en el capitalismo habrían emigrado, sino aprovechar sus fuerzas de trabajo en el país.

Ningún régimen económico y político respetará tanto la vida regional, con sus costumbres, su dialecto o su idioma, sus modalidades, su espíritu, como el que nosotros proponemos, en donde la más grande coordinación se basa en la más perfecta autonomía de cada miembro federado, desde el individuo a los Consejos locales de economía. ¡Aquí tienen, pues, los patriotas regionales de Cataluña, de las Vascongadas, de Galicia y de Andalucía el verdadero camino para la realización de sus aspiraciones!

Los Consejos regionales de economía celebran sus congresos periódicamente, donde se eligen o reeligen sus miembros, donde se traza el programa a realizar, donde cada cual puede hacer llegar su iniciativa y hacer oír su voz.

Los Consejos regionales constituyen, por delegaciones de su seno, o de los congresos, el *Consejo federal de la economía*, el más alto órgano de coordinación económica del país.

XXVII

FEDERACION NACIONAL DE LOS CONSEJOS DE RAMO

Tenemos ya el esquema de la coordinación de la economía en el orden local y en el regional por medio de los Consejos locales y de los Consejos regionales de economía; podríamos seguir en el camino hasta el *Consejo federal*. Sin embargo, hay un eslabón necesario en la coordinación, y es *el que une a los Consejos de ramo nacionalmente*.

Nuestros dieciocho Consejos de ramo se federan entre sí en escala vertical y nos dan estas dieciocho instituciones

Federación nacional del ramo de la alimentación.

Federación nacional del ramo de la vivienda.

Federación nacional del ramo del tejido y del vestido.

Federación nacional del ramo de la producción agraria.

Federación nacional del ramo de la producción ganadera.

Federación nacional del ramo de la producción forestal.

Federación nacional del ramo de la producción minera.

Federación nacional del ramo de la producción pesquera.

Federación nacional del ramo del transporte.

Federación nacional del ramo de las comunicaciones.

Federación nacional del ramo de la prensa y del libro.

Federación nacional del ramo del crédito y del intercambio.

Federación nacional del ramo de la industria metalúrgica.

Federación nacional del ramo de la industria química.

Federación nacional del ramo del vidrio y de la cerámica.

Federación nacional del ramo de la fuerza motriz, la luz y el agua.

Federación nacional del ramo de la sanidad.

Federación nacional del ramo de la cultura.

Se mantiene así un contacto permanente, en unos ramos más y en otros menos esencial, en el país entero. Su misión no trasciende de su radio de trabajo, pero en él pueden tomar resoluciones, sugerir una mejor coordinación, la fusión de empresas, el traslado de una región a otra de establecimientos; la distribución de la mano de obra y de las materias primas y de la cuota de producción; el fomento de las innovaciones progresivas; las investigaciones especiales en sus altos institutos de estudio. Es de esas Federaciones de las que dependen las actuales escuelas de ingeniería, las facultades universitarias de química, de física, etc. Esas Federaciones representan la parte gremial; en cambio, el Consejo federal de la economía es una especie de contrapeso social, porque en él no se tiene ya en cuenta la función económica de sus miembros, ya que son elegidos, no por los Consejos del ramo, sino por los Consejos regionales de economía. Ese contrapeso puede, en caso de necesidad, restringir el gremialismo corporativo que se ma-

nifestase con exceso en las Federaciones nacionales de ramo, como, por parte de éstas, se puede influir en las decisiones del Consejo federal.

Una mutua colaboración de informes y de sugerencias será en alto grado fecunda.

Sin embargo, en el caso ineludible de valoración del trabajo, de signo de cambio, al menos en los primeros tiempos, no serán las Federaciones nacionales de ramo, sino los Consejos locales, regionales y el federal de la economía los que habrán de resolver las normas a seguir, eludiendo de esa manera la autoestimación excesiva, por cada ramo, del propio esfuerzo.

El intercambio está igualmente en la misión de los Consejos de economía y no en las Federaciones nacionales de ramo ni en los Consejos de ramo.

XXVIII

CONSEJO FEDERAL DE LA ECONOMIA

Finalmente, llegamos al *Consejo federal de la economía*, el centro de coordinación mayor del país; hemos partido de la célula primaria, el obrero, el campesino, el minero, el pescador, el hombre; pasamos por la primera agrupación de células, unidas por la función similar en el mismo lugar de trabajo, el *Consejo de fábrica*, de *granja*, de *nave*, de *mina*, etc. Encontramos luego asociaciones de esas primeras colonias laboriosas en los *Sindicatos*, por fin en los *Consejos de ramo*, donde se concentran todos los esfuerzos que llevan a cabo una función económica completa; hemos visto cómo esos Consejos de ramo se federan en el *Consejo local de la economía* y cómo la otra de sus bifurcaciones se liga a las *Federaciones Nacionales de los Consejos de ramo*; por intermedio de los Consejos locales de la economía, el trabajo cobra unidad y organicidad en el orden local, luego en el regional, con los Consejos regionales de economía, y por fin en el país entero, con el Consejo federal de la economía, formado por delegaciones de los Consejos regionales.

No hay, inherente a todo ese mecanismo, esbozado ya en el funcionamiento de la organización obrera anticapitalista, ningún elemento propio del principio de autoridad. El mecanismo es adaptable a la nueva cons-

trucción del mundo y responde a un intenso deseo de combinar la libertad del individuo con su deber de trabajar, y de trabajar en la economía moderna, cuando ya no existe el trueque de productor a consumidor, sino una producción para la sociedad entera, en la que el que trabaja no puede saber quién, particularmente, habrá de consumir o emplear el fruto de su esfuerzo.

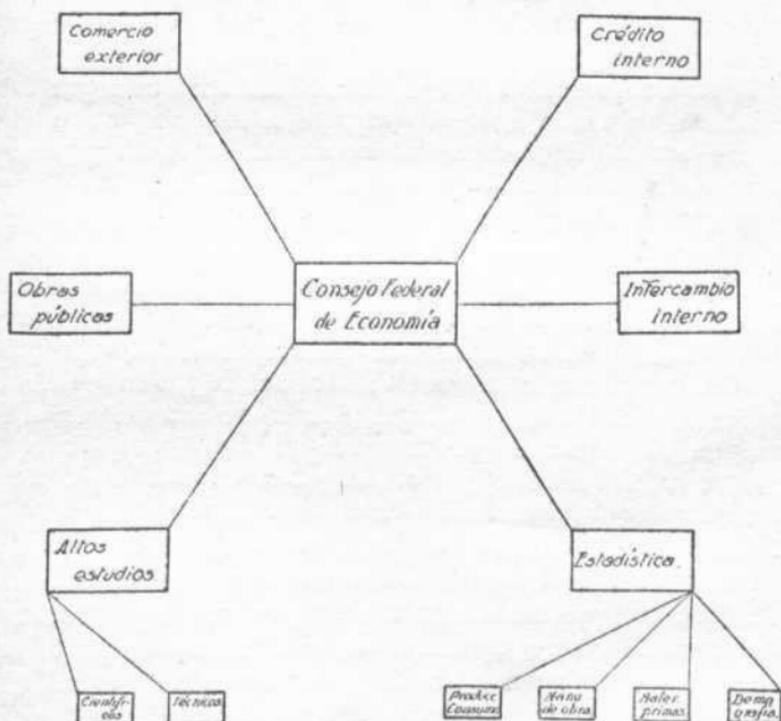
Concebimos la economía como una unidad, no por una elucubración mental caprichosa, sino porque así tiende casi fatalmente a ser, por iniciativa revolucionaria o por iniciativa de la reacción, con la socialización, de un lado, o con la estatización de la economía, del otro.

Algo que parece definitivamente fuera de perspectivas viables es el individualismo económico, e individualismo sería también el particularismo local o de grupos ínfimos. En los países relativamente poblados, de territorio restringido, de recursos limitados, la economía tiene que ser planeada y no dejar al individualismo ningún radio esencial de derroche. ¿Qué afecta eso a la pluralidad de convivencias sociales, a la multiformidad de gustos, de inclinaciones, de afinidades? La eterna aspiración a la singularidad se expresará indudablemente de mil maneras; el individuo no ha de quedar sofocado por ninguna nivelación. ¿Pero es que, contribuir con un esfuerzo socialmente marcado a la producción y a la cultura social, es nivelación?

Creemos que no. Y una variación personal de la producción, digamos standardizada, se puede obtener fuera de las horas de trabajo social obligatorio, por la libre entente de los interesados. Una vez todas las fuerzas en edad de trabajo en el proceso productivo, una vez aprovechados los grandes recursos que la ciencia y la técnica nos permiten hoy aprovechar, no será el horario de trabajo una continua extenua-

ción del hombre; bastarán pocas horas para que la sociedad disfrute de un mínimo agradable de existen-

*Funciones del Consejo
Federal de Economía.*



cia; entonces el individualismo, el gusto particular, la singularización tendrán campo suficiente para manifestarse; pero, naturalmente, esa sería una economía para los más exigentes en materia de producción,

de elaboración artística, etc., no la economía dirigente, central, social.

Hay que hacernos un poco a la idea de que los tiempos no son los mismos, de que se ha operado en el proceso productivo una profunda revolución; de que nuestra visión juvenil del trabajo no corresponde ya a las necesidades y que nuevos métodos son indispensables. Una economía socializada, dirigida, planeada, como se quiera llamarla, es imperativa, y responde a la evolución del mundo económico moderno. Desconocer eso es mecernos todavía en el utopismo de nuestro pequeño mundo.

El Consejo federal de la economía, formado por los núcleos de trabajo, de lo simple a lo compuesto, de abajo arriba, liga toda la economía del país y es el órgano resultante de un complejo infinito de fuerzas que convergen hacia el mismo fin: *producir más y distribuir mejor*.

Si el socialismo, todos los matices del socialismo, desde el revolucionario libertario hasta el político, hubiese convenido desde un principio en una propaganda tendiente a la sustitución del régimen político y económico del capitalismo y hubiese expuesto claramente los órganos que habrían de sustituir a los órganos caducos del régimen imperante, estaríamos hoy en otras condiciones. En cambio, una parte importante fué sugestionada por la idea del Estado, por el pensamiento nefasto de dar a ese aparato todo el poder, de conquistar luego su alto comando y decretar desde allí las nuevas tablas de la ley. La otra parte, la parte revolucionaria, en lucha feroz contra el adversario que ha intentado e intenta aniquilarla, pudo pensar poco en la parte constructiva de la nueva sociedad; toda su historia es la historia de un heroísmo y de una abnegación sin límites; pero cuando puede encarar el problema de la transformación social, no lo hace por medio del Estado, sino por la

organización de los productores. Hemos seguido esa norma y no hemos necesitado, hasta aquí, la hipótesis de un poder superior al trabajo organizado para establecer el nuevo orden de cosas. Si alguien puede decirnos el papel que cabría al Estado en una organización económica en donde no exista la propiedad privada, en donde el parasitismo y el privilegio no tienen razón de ser ni caldo de cultivo, se lo agradeceríamos.

La supresión del Estado no puede ser un lento proceso de languidecimiento; puede ser obra de la revolución misma y terminar con ella; porque, o bien la revolución da la riqueza social a los productores o bien no la da; si la da y los productores se organizan para producir y distribuir los productos colectivos, el Estado no tiene nada que hacer; o bien no la da, y entonces la revolución no ha sido más que una mentira y el Estado subsiste.

Nuestro Consejo federal de la economía no es un poder político, sino un regulador económico, administrativo; recibe de abajo sus directivas, debe ajustarse en su actuación a lo resuelto por los congresos regionales y nacionales; es un cuerpo de relaciones y nada más. De ese Consejo depende el comercio internacional, las transacciones con los otros países, que no serán asunto local, de pequeños núcleos o de individuos como en el capitalismo, sino asunto social, de todos. Hasta en eso se suprime la especulación.

Tendrá el Consejo federal de la economía un papel importante que cumplir en la propaganda de las nuevas normas, en la interpenetración de las regiones, en el fomento de la solidaridad nacional, en el estímulo de los nuevos métodos de trabajo, de cultivo, etc.; en la distribución de la mano de obra de una región a otra, de un ramo al otro. Sobre la base de las estadísticas totales que llegarán a su poder, podrá saber en todo momento cuál es la situación económica efectiva,

cuál es la parte más floja, cuál la que produce superávit; constatará dónde son mayores las deficiencias del transporte y de las comunicaciones, dónde serían precisos nuevos caminos, nuevos cultivos, nuevas fábricas. Y donde las regiones no dispongan de recursos suficientes, procurará la ayuda nacional para que las obras de utilidad se lleven a cabo.

No dispondrá de ninguna gendarmería para la ejecución de sus sugerencias y proposiciones. En los parlamentos burgueses, cuando se obra en el terreno político, se pueden dictar leyes que nadie entiende y nadie quiere a excepción de los interesados; para hacerlas cumplir se requiere el gendarme; en el Consejo federal de la economía, cuando la autoridad suprema está en las cifras, en las estadísticas, la coacción sería contraproducente y estéril, y además imposible.

El reino de los oradores de parlamento será sustituido por las comprobaciones estadísticas, mucho más elocuentes y más verídicas.

LA REVOLUCION DE LA LIBERTAD

ECONOMIA Y LIBERTAD

La anarquía, es decir, la libertad, es compatible con las condiciones económicas más diversas, siempre que esas condiciones no impliquen, como en el monopolio capitalista, su negación. Se puede ser anarquista con el arado romano o con el tractor moderno; se puede serlo con un primitivo taller de artesano o con una fábrica racionalizada; nadando en la abundancia o sufriendo privaciones; en un palacio confortable o en una choza de mala muerte. La anarquía es una actitud del espíritu ante la vida y puede manifestarse en todas las situaciones económicas no monopolistas, porque en todas ellas el hombre puede ser dueño de sí mismo, reivindicar el dominio de la propia voluntad y rechazar la imposición externa.

La negación del principio de la autoridad del hombre sobre el hombre no está ligada a la realización de un nivel económico determinado; al revés del marxismo, que quiere realizarse como corolario de la evolución capitalista. Más bien hace falta a la anarquía un cierto nivel de cultura, de conciencia de las propias fuerzas, de la capacidad de autogobierno. Los idiotas no pueden ser anarquistas y la tutela familiar o social en ellos, como en los niños, es un deber de humana solidaridad hacia los más débiles e ineptos.

No obstante la posibilidad de vivir la anarquía en

cualquiera que sea el grado de desenvolvimiento económico, es indudable que las condiciones materiales de vida influyen poderosamente sobre la psicología humana. En un período de privaciones, el individuo se vuelve egoísta, insolidario; en la abundancia es generoso, amplio, predispuesto a la buena vecindad y al buen acuerdo.

Todos los períodos de miseria son períodos de embrutecimiento de costumbres, de regresión moral, de lucha feroz de todos contra todos por el pan cotidiano. En ese sentido, puede decirse que la economía influye seriamente en la vida espiritual del individuo y en la convivencia social. Y es por eso que buscamos aquellas condiciones que ofrecen más comodidad, más confort, más ventajas, no sólo porque es muy humano aspirar a una vida cada vez más libre de preocupaciones e inquietudes de orden material, sino porque esas condiciones constituyen una garantía de relaciones iguales y solidarias entre los hombres.

No dejamos de ser anarquistas al sentir el estómago vacío; pero no es con el estómago vacío como nos encontramos más a gusto. Queremos, por tanto, un régimen económico en que la abundancia, el bienestar, el disfrute estén al alcance de todos.

Esa aspiración no es lo que nos distingue, sin embargo, en tanto que revolucionarios; porque un ideal de bienestar le tienen todos los movimientos sociales y ninguno rechaza la abundancia de medios de vida y el acceso a ellos de todos los seres humanos, al menos teóricamente. Lo que nos distingue es nuestra condición de anarquistas, que antepone a la abundancia; pues, al menos como individuos, preferimos la libertad al hambre, a la hartura junto a la esclavitud y a la abyección.

Si en economía propiciamos generalmente el comunismo, no es porque ese sistema sea consubstancial de la anarquía. Esta puede realizarse en multiformi-

dad de arreglos económicos, individuales y colectivos. Proudhon la realizaba en el mutualismo. Bakunin en el colectivismo. Kropotkin en el comunismo. Malatesta ha previsto la posibilidad de acuerdos mixtos, sobre todo en los primeros tiempos. Tarrida del Marmol y Mella han propiciado la anarquía a secas, sin adjetivos económicos, lo que supone la libertad de experimentar o de establecer a título de ensayo lo que cada época y cada localidad juzguen más conveniente.

Lo que podemos decir es que en economía hemos de procurar un régimen igualitario, justiciero, en el que la abundancia sea posible, porque la abundancia, o sea la cómoda satisfacción de las necesidades materiales, crea una mentalidad y una disposición de ánimo muy diversos de los que aparecen necesariamente en las privaciones, en la penuria. Hay en el confort para todos, en la abundancia, en la comodidad generalmente accesibles, garantías inmovibles de libertad y de solidaridad. El hombre lobo del hombre no puede convertirse en verdadero hermano del hombre más que en condiciones materiales seguras.

Si la anarquía para los anarquistas puede mantenerse en la abundancia como en la miseria, el comunismo, por ejemplo, no puede practicarse más que en la abundancia; en la escasez corre siempre peligro de naufragar. En el comunismo hay algo de generosidad, y esa generosidad falta, merma cuando escasea todo y entonces la generosidad es suplantada poco a poco por el egoísmo, la desconfianza, la competencia, la lucha por el pan de cada día.

Queremos, por tanto, la abundancia, una economía que garantice la vida a todos con un mínimo de esfuerzos. No porque la anarquía no pueda realizarse por los anarquistas sin ella ya, sino porque los pueblos estarán más a gusto con una existencia confortable que con sus históricas privaciones, y con la vida

material asegurada, comprenderán mejor nuestro ideal de vida y apreciarán mejor las ventajas de la solidaridad, de la supresión de los monopolios privados, la práctica del trabajo común, del buen acuerdo. Y sobre ese terreno espiritual y material amplio, la anarquía, en lugar de crecer como flor exótica en temperamentos idealistas y abnegados, se convertirá en una expresión general de la vida colectiva.

Nosotros encaramos, pues, la reorganización económica del porvenir, libres de todo preconcepto, de todo sistema hecho, de todo dogma. El comunismo será el fruto natural de la abundancia. Mientras ésta no sea posible o donde ésta no sea realizable, será sólo un ideal, el rumbo que ha de tomar el progreso, pero no un hecho. En cada localidad, en cada ambiente, y para aquellos productos que se consideran abundantes, se resolverá el grado de comunismo o el grado de colectivismo o de mutualismo que haya de establecerse. Es cuestión de libre acuerdo, de entente, de voluntad y de posibilidad. ¿Para qué dictaminar previamente al respecto? Nosotros, que hacemos de la libertad una bandera, no podemos negarla en economía. Libre experimentación, por tanto; libre exposición de iniciativas, de ensayos, de sugerencias.

Tenemos, como la pueden tener otros, nuestra visión del porvenir. Queremos que el ideal de la libertad—la anarquía—deje de ser una aspiración y se convierta en un hecho, en una manera de vivir todos los días. Las condiciones económicas, políticas, morales y espirituales del presente no nos consienten sino ínfimas partículas de libertad. Podemos pensar libremente siempre que no dañemos los intereses políticos y sociales de los privilegiados; pero en cuanto a obrar libremente, las barreras son tantas desde que nacemos hasta que morimos, desde la cuna a la tumba, que ni siquiera tenemos la libertad del pájaro en la

jaula, pues hasta en lo más íntimo del hogar interviene el Estado.

Queremos que todos los seres humanos tengan derecho a vivir, a trabajar, a consumir, a disfrutar. Eso supone un régimen de igualdad, de equidad. Pero si un régimen de igualdad, aun cuando sea la igualdad en la miseria, es más justo y legítimo que un régimen de privilegio, nosotros no sólo queremos la igualdad, sino que aspiramos a la abundancia: una igualdad en la abundancia. Y ese estado de cosas hará más en favor de nuestra anarquía que toda la propaganda imaginable.

Sin rechazar *a priori* otras soluciones, nosotros propagamos la nuestra para llegar más fácilmente a la abundancia en la economía. Y a una abundancia no monopolizada, sino puesta de inmediato al servicio del consumo, de la satisfacción de las necesidades. Lo que no es dable en el sistema capitalista, donde la abundancia es fuente de privaciones, tanto o más que la escasez.

Afirmamos la libertad de organización local, en cada lugar de trabajo, y la libre experimentación; naturalmente.

Pero no hemos de olvidar un hecho: para que exista la abundancia hay que recurrir a la técnica industrial y agrícola moderna. No nos sirve el arado romano, ni el taller del artesano, ni la herramienta primitiva. Un solo hombre puede fabricar un automóvil, que no tiene secretos para el mecánico. ¿Pero es que si el procedimiento de fabricación individual no es objetable desde el punto de vista de la plena libertad, es justo y factible desde el punto de vista práctico? Un campesino puede seguir sembrando trigo como lo hacían sus antepasados hace mil años, ¿pero es que la tierra que ocupa con esa siembra rutinaria no significa un robo a la comunidad, de cuyas ventajas hace uso? Una selección conveniente de semillas, un abono

apropiado puede multiplicar la cosecha; una fábrica de automóviles bien instalada puede multiplicar por cien mil la eficacia del fabricante individual de automóviles, que apenas logrará terminar uno en toda su vida. No olvidemos que es preciso progresar rápidamente hacia la abundancia y el bienestar y para ello la técnica y la ciencia son de una extremada utilidad.

La población ha crecido extraordinariamente, el espacio disponible para cada persona es cada vez menor, las exigencias del hombre de nuestros días son mil veces superiores a las del hombre primitivo, o en relación tan sólo al de hace un centenar de años. La vida social es hoy distinta en demandas a la de los pobladores escasos de los bosques y los valles de hace dos o tres mil años. Vivir en sociedad es aceptar una moral social y con más razón hoy en que estamos rodeados de vecinos, con lugares de trabajo y de acción comunes. Queremos vestir telas de lana, zapatos cómodos, tener en casa un aparato de radio, una máquina de escribir, luz eléctrica, medios de locomoción, etc. Es decir, dependemos en nuestras necesidades cotidianas apremiantes, cada vez más, de la industria moderna. Y para que la abundancia sea un hecho, la actual industria ha de ser superada, reforzada en sus posibilidades, trabajar a todo vapor.

Ahora bien: la industria moderna, y lo mismo la agricultura moderna, ponen por sí mismas límites al "haz lo que quieras" en economía. La industria moderna es un mecanismo que tiene su ritmo propio. El ritmo humano no es el que marca el de la máquina, sino que es el de la máquina el que determina el humano.

Se suprime con la revolución la propiedad privada de la fábrica; pero si la fábrica ha de existir y, según nuestra opinión, perfeccionarse, hay que reconocer las condiciones de su funcionamiento. Por el hecho de pasar a ser propiedad social, no cambia la esencia

de la producción ni el método productivo. Cambia la distribución del producto, que se hace en lo sucesivo equitativamente y responde a la satisfacción de necesidades y no a cálculos especulativos y de rentabilidad. Pero la fábrica sigue su labor con su propio ritmo. X

La fábrica no es un organismo aislado, con vida propia, autónoma; es un eslabón de un complicado engranaje que sale de la fábrica, de la localidad, de la región; que sale muchas veces de los límites nacionales. La característica de la vida económica moderna es la cohesión por sobre todas las fronteras. El localismo económico ha pasado y debe pasar, donde no lo hizo ya, al museo de las antiguallas.

El que esto escribe ha conocido en su pueblo nativo, un vallecito escondido, fuera de todo contacto con la civilización, el localismo económico hace tan sólo treinta o treinta y cinco años. Se tejía la lana de las propias ovejas; se hacía el calzado de madera, se sembraba, se cosechaba y se molía el trigo y se elaboraba el pan; las hierbas medicinales de la región hacían muy raras las medicinas importadas. ¿En qué se dependía de otras localidades? De bagatelas insignificantes. Se sabía que más allá del valle había un poder superior que enviaba recaudadores de contribuciones y guardias civiles. Hace treinta o cuarenta años se podía decir en ese pueblo que se vivía autónomamente, que la economía era local. Pero todo ha cambiado, felizmente. Se visten ropas tejidas en Barcelona, en Lancashire, con lanas de la Argentina o de Australia; con algodones de la India o de los Estados Unidos; se tiene radio, fabricado en Alemania o en Inglaterra; se toma café del Brasil; se visten zapatos hechos en las fábricas de las Baleares, etc., etc. ¿Sería un ideal el retorno al localismo económico? Ante todo no se admitiría voluntariamente. Se quiere disfrutar de todos los bienes que la inteligencia y

las manos del hombre han producido y pueden aún producir. Mil hilos unen por eso a la localidad más insignificante con la economía nacional y mundial.

No nos interesa de qué modo pueden organizarse los obreros, los empleados y los técnicos de una fábrica, de una localidad agrícola o ganadera. Es cosa de ellos. Pero lo fundamental es que desde el primer momento de la revolución la cohesión de todas las fuerzas productivas y distributivas sea un hecho. Y eso implica que los productores han de entenderse, en cada localidad, con las localidades de la comarca, de la provincia, de la región, del país entero, hasta la *entente* internacional directa de los productores de todo el mundo.

Esa cohesión es indispensable para el funcionamiento mismo de los lugares de producción. Porque si la fábrica depende de la usina eléctrica, ésta depende de la fábrica de motores y de artefactos eléctricos; necesita alimentar y vestir a sus obreros, medios de transporte, etc. La especialización económica ha hecho más ineludible la cohesión. ¿Qué pueden hacer los altos hornos de Bilbao o de Sagunto sin los mineros, sin los ferroviarios, sin los agricultores, sin los panaderos, sin los constructores de obras, sin los mil y un oficios que hacen posible que los altos hornos funcionen y que sus obreros vivan, descansen, coman, vistan, se diviertan y se instruyan?

Nos parece algo impropio, tanto como decir que la nieve es blanca y el agua líquida, esto de insistir sobre la necesidad imperiosa e ineludible de la cohesión económica. Pero queremos decir que no existe, ni debe propiciarse tampoco, el localismo en economía, pues con él no alcanzaremos en ninguna forma el nivel de vida que permita la satisfacción de las necesidades más urgentes. La población ha aumentado y aumenta y las exigencias de la vida moderna son cada vez más grandes y complejas.

* * *

Creemos percibir en nuestros ambientes libertarios un poco de confusión entre lo que es la convivencia social, la agrupación por afinidad y la función económica. Visiones de Arcadias felices, de comunas libres, influyen en la mentalidad de algunos camaradas. Pero la Arcadia ha sido imaginada por los poetas en el pasado; en el porvenir las condiciones son completamente otras. En la fábrica no buscamos la afinidad, como en el matrimonio, o en la amistad, y en el ambiente del trato social; en la fábrica nos interesa, sobre todo, el compañero de trabajo que conoce su labor y la ejecuta sin producir complicaciones, con su inexperiencia o su impericia, en la marcha del conjunto. La convivencia en la fábrica no se establece a base de afinidad de caracteres, sino a base de cualidades de trabajo, de pericia profesional. En una palabra, el grupo de afinidad que se forma en la vida social no tiene función alguna específica en la vida económica.

La "comuna libre" es producto lógico de esa concepción del grupo de afinidad. Pero no hay comunas libres en economía, porque esa libertad supondría también independencia, y no hay comunas independientes.

Una cosa es la comuna libre desde el punto de vista político o social, para el arreglo de sus asuntos internos de una manera absolutamente soberana, y otra es la comuna libre desde el punto de vista económico. En este último punto nuestro ideal es la comuna asociada, federada, integrada a la red económica total del país o de los países en revolución. El comunismo económico es, también, un vestigio de las viejas concepciones jurídicas de la propiedad comunal. Y nosotros, que propiciamos la supresión de la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y de los instrumentos de trabajo, no queremos que, en lugar

del antiguo propietario individual, aparezca ahora un propietario de varias cabezas, ni en el orden comunal ni en el orden nacional. La tierra, las fábricas, las minas, los medios de transporte, las escuelas, son de todos, deben ser de todos. Y nuestro trabajo en la tierra o en la fábrica no nos convierte en propietarios individuales o colectivos de la tierra o de la fábrica, sino en contribuyentes al bienestar común, a cuyo acervo damos nuestras energías o nuestra inteligencia. ¿Es que una comuna bien situada, provista de riquezas naturales superiores, de mejor tierra, de mejores bosques, ha de disfrutar de ese privilegio natural como propietaria? ¿Dónde quedaría entonces la igualdad y la equidad a que aspiramos en economía? Todo es de todos y el producto del trabajo ha de ser repartido equitativamente, como equitativamente ha de ser repartido el esfuerzo.

No hay que ir a las realizaciones económicas revolucionarias con un sentido localista; la libertad y la igualdad no se garantizan en la miseria; y la economía local no puede ser sino, generalmente, de privaciones y de escasez. Hay que obrar con un criterio social, abarcando el conjunto de un país, y si fuere posible, del mundo entero. Esta fábrica o esta parcela de tierra no es de quienes en ellas trabajan, sino de todos. Y de todos deben ser sus frutos. Y de todos también la responsabilidad del funcionamiento de esos medios productivos. La economía es hoy un vasto organismo y todo cercenamiento tiene que resultar dañoso.

Sólo con la supresión de la especialización del trabajo se puede tomar la comuna libre como ideal económico. ¿Es siquiera posible soñar con ello?

Ahora bien: para la coordinación de la economía, nosotros tenemos nuestras sugerencias, nuestras bases. Otros presentarán las suyas. Toda discusión previa al respecto puede facilitarnos mañana una decisión.

En economía, repetimos, no tomamos el grupo de

afinidad por base; tomamos el lugar de trabajo: la fábrica, la circunscripción agrícola de una comunidad campesina, la mina, la escuela, la nave. Cada lugar de trabajo forzosamente ha de tomar sus acuerdos, distribuir sus funciones, cumplimentar la misión que ha de llenar en el conjunto económico. No tendrá un amo; todos los que allí intervienen serán iguales, con los mismos derechos y con los mismos deberes. Si el lugar de trabajo es pequeño no hará falta un Consejo especial, nombrado por los que trabajan. Si es grande habrá necesidad de un núcleo coordinador. Además, grande o pequeño, cada lugar de trabajo debe ponerse en relación con los otros lugares de trabajo, tanto por las necesidades de la producción como de la distribución. Supongamos, pues, a cada lugar de trabajo sin el amo del período capitalista, con un Consejo o Comité de fábrica o de granja o lo que sea en su lugar, Consejo o Comité nombrado por cuantos intervienen en el establecimiento, renovable en cada momento por la voluntad de sus electores, lo mismo que es revocable en cada momento la Junta de un sindicato.

Los comités o consejos de cada lugar de trabajo se vinculan por afinidad de tareas. Por ejemplo, es muy natural que todos los establecimientos del calzado, fábricas y expendedurías, de una localidad se relacionen por medio de sus delegados y constituyan la organización productiva de la industria del calzado. Esa vinculación se hará también con las otras ramas del vestido, y luego regional y nacionalmente. Importan poco los nombres que se den a esa coordinación. Habrá de ser una realidad urgente, impuesta por la forma de producción a que hemos llegado y por las normas y aspiraciones de la sociedad no capitalista. A su vez los obreros de las fábricas de calzado habrán de relacionarse con los de las curtiembres de cueros, y éstas con los matadores de ganado, etc., etc. ¿Es que esa cohesión afectará en algo la libertad ver-

dadera del individuo, la libertad social? Y una vez cohesionada la industria del calzado del país y comprobado que su producción es insuficiente o que es excesiva por los datos que cada fábrica, cada localidad, cada región aportan, ¿es que no se resolverá en congresos regionales o nacionales del ramo cómo conviene proceder en el porvenir para que sea aumentada o restringida la producción?

Lo mismo diríamos de cada industria, que no tiene posibilidad de vida local, tanto por la producción como por el consumo, sino que sólo es viable en tanto que es un eslabón de un gran conjunto nacional e internacional.

Y como se vinculan las industrias o ramas de trabajo entre sí, se vinculan a su vez, porque si no hay localidades independientes, no hay tampoco industrias que se basten a sí mismas y todas están de hecho estrechamente ligadas.

Desconocer este hecho es cerrar voluntariamente los ojos a evidencias claras como la luz del día.

Y con esto, sólo queremos decir que la substancialidad de la economía moderna, y más aun de la futura, que ha de progresar y no regresar, no está en el localismo, sino en la más amplia y completa coordinación posible.

Y en el camino de esa coordinación y del perfeccionamiento de los métodos de trabajo, de las máquinas, de los métodos agrícolas, etc., está la meta de la abundancia, en la cual nuestra anarquía, que puede vivir también con los anarquistas en la miseria, será comprendida por el gran número, realizada en una esfera cada vez más grande. O queremos el bienestar, y entonces hemos de aceptar con todas sus consecuencias la máquina económica industrial, o no lo queremos, y entonces podemos enarbolar también en economía la comuna libre, el comunismo económico. La anarquía puede realizarse allí y aquí; pero el bien-

tar no se realizará más que en un régimen de perfecta cohesión económica y de intensa aplicación de todos los conocimientos técnicos y científicos de que disponemos y que serán multiplicados en un próximo futuro.

Guiados por la urgencia de una solución al problema económico en nuestros días, deseamos que los anarquistas se preocupen de presentar al mundo un camino viable para salir del abismo de contradicciones y de miseria en que se encuentra por culpa de su régimen de monopolios. Eso nos permitirá encontrar asentimientos y apoyos insospechados. Porque en esos asuntos económicos no es la fantasía o el capricho de cada cual quienes han de decidir, sino los hechos, las experiencias, las observaciones, los estudios serios. Nos interesa un régimen de producción y de intercambio en que no intervengan más que los productores mismos, manuales, administrativos y técnicos; en que se excluya todo parasitismo. En esa forma quedará suprimida toda desocupación y se establecerán condiciones de existencia inmediatamente más llevaderas, suscitando un estado de espíritu más asequible a nuestras bellas ideas de emancipación total, de armonía, de paz, de solidaridad.

Pero no queremos circunscribir a eso nuestras aspiraciones; pues si bien podemos inspirar una solución económica inmediata al margen de todo autoritarismo y de todo poder central de mando, tenemos una misión que va más allá de la solución económica.

No es bastante la supresión del capitalismo; vamos más lejos. Y la supresión del Estado, encarnación del principio de autoridad, no será efectiva por el hecho de la destrucción de sus actuales engranajes, pues la autoridad está tanto en el que manda como en el que obedece y hay que enseñar todavía, y esa será obra de varias generaciones, a no obedecer, a ser dueños de sí mismos.

Ahora bien, si de inmediato podríamos tener grandes masas en favor de una solución económica igualitaria y justiciera, dudamos que sea lo mismo en cuanto a nuestra anarquía, que no es una doctrina de iglesia o de partido político, que se resumen en el acatamiento ciego de los creyentes, sino una forma de vida y de pensamiento, una educación, que no se improvisan por arte de magia.

XXX

LA REVOLUCIÓN LIBERTARIA

Decíamos que la anarquía es una voluntad de vida libre; que puede haber anarquía en la miseria y en la abundancia; con un método económico o con otro; pero que la modalidad económica requiere, en cambio, ciertas condiciones básicas. Se puede ser anarquista con la barriga vacía, pero no se puede mantener el comunismo en la escasez y en la penuria. Hablaremos de las condiciones de la revolución libertaria para completar nuestro pensamiento bajo otro aspecto.

Nuestra razón de ser como individuos y como movimiento está en nuestra posición ante el principio de autoridad, en nuestra afirmación perenne del respeto a la libertad de todos y de cada uno.

En la solución económica, aparte del método, podemos coincidir con fuerzas sociales numerosas; en la solución política—sustitución del principio de autoridad y de su encarnación máxima (el Estado y sus instituciones opresivas), por el libre acuerdo de los grupos sociales—estamos los anarquistas mucho más aislados. Ese aislamiento será probablemente menor durante una revolución victoriosa, pero no por ello dejará de existir.

Creemos que una buena parte de las gentes no está con nosotros por ignorancia; pero la mayoría no lo está por la educación recibida, porque no comprende

nuestras aspiraciones, porque no tiene la misma sensibilidad que nosotros, el mismo desarrollo del sentido de la libertad, de la independencia, la misma comprensión de la justicia.

Puede la revolución suscitar en muchos hombres las fuerzas de liberación adormecidas por la rutina cotidiana, por el ambiente hostil; pero no hará, por arte de magia, de la minoría social anarquista una mayoría social absoluta. Y aunque fuésemos mañana mayoría, no seríamos, sin duda, la sociedad entera. Quedaría una minoría disidente, desconfiada, enemiga de nuestros ensayos, temerosa de nuestra audacia experimental, deseosa de seguir por otro camino.

Ahora bien: si no rehuimos la violencia para combatir la violencia esclavizadora, en la nueva construcción económica y social no podemos emplear más que la persuasión y el ensayo práctico. Podemos rechazar con la fuerza a quien intente subyugarnos, someternos a sus intereses o a sus concepciones, pero no podemos emplear la fuerza para obligar a los que no comparten nuestros puntos de vista a vivir como nosotros pretendemos vivir. De ahí que nuestro respeto a la libertad debe alcanzar incluso a la libertad de nuestros adversarios para vivir su propia vida, en tanto que no quieran ser agresivos hacia los demás, negar la libertad ajena.

Si en la revolución social que ha de venir, a pesar de todos los escollos, fuésemos una mayoría, la labor práctica de la reconstrucción económica sería enormemente aliviada, pues de inmediato contaríamos con el acuerdo y el apoyo de grandes masas; pero aun así habríamos de respetar los ensayos de las minorías disidentes, entendernos con ellas para el intercambio de productos y servicios. Y si, como mayoría, no podremos menos de reconocer el derecho de las minorías a organizar su propia vida en la forma que lo deseen, ni de prestarles, dentro de lo posible, nuestra cordial

solidaridad, como minorías eventuales los anarquistas hemos de reivindicar esa libertad de experimentación y defenderla con todas las armas contra quien—individuo, partido o clase—se propusiera cercenarla.

Toda solución totalitaria, única, es de corte fascista, aun cuando se quiera defender en nombre del proletariado y de la revolución. La nueva forma de vida es una hipótesis social que sólo la experiencia práctica debe valorizar.

Nosotros estamos convencidos de que la razón y la justicia están de nuestra parte. Pero ¿hemos de negarnos a reconocer que las otras tendencias sociales creen lo mismo respecto de sus ideas, de sus métodos, de sus aspiraciones? Creemos que la verdad está más cerca de nosotros que de los otros; pero no nos consideramos infalibles, ni suponemos que falte sinceridad y convicción interna sobre la bondad de la propia causa en los adeptos a otras doctrinas. Ahora bien: ¿cuál ha de ser el método para probar éstas o las otras hipótesis sociales, éstas o las otras verdades revolucionarias?

En la Edad media se recurría al juicio de Dios. Dos caballeros se batían en nombre de las causas en litigio. El que aplastaba la cabeza al otro era el que tenía la verdad y la justicia de su parte. ¿Queremos que sea en nuestros días, en lugar del juicio de Dios, la fuerza única piedra de toque de la verdad contenida en las diversas corrientes revolucionarias? Nos figuramos al anarquismo en Rusia: ¿es que su extirpación material por la nueva dictadura prueba que no tenía razón de ser? Si condenamos aquel procedimiento para demostrar la superioridad de ideas de un partido revolucionario dado, no lo condenamos porque se puso en práctica en Rusia, sino que hemos de condenarlo aun cuando se pusiera en práctica en España y aun cuando los mayoritarios y los más fuertes fuésemos nosotros. Queremos de antemano reconocer el

derecho a la libre experimentación a todas las corrientes sociales, y nuestra revolución, por eso, no será una tiranía nueva, sino la entrada en el reino de la libertad y del bienestar, en el que todas las fuerzas podrán manifestarse, todas las iniciativas ser ensayadas, todos los progresos ser puestos en práctica. La violencia está bien en la destrucción del viejo mundo de violencia, pero es antirrevolucionaria, antisocial cuando se quiere emplear como norma reconstructiva.

Y En Asturias, en la rebelión de octubre, se pusieron de relieve dos tendencias bien definidas. En unas localidades se proclamó una república socialista, y en otras el comunismo libertario. De haber tenido aquella rebelión otro desenlace, ¿cuál hubiese sido la consecuencia? Desgraciadamente, el respeto a la libre experimentación tendría que haber dependido de la fuerza con que nuestra tendencia se hubiese defendido ante las pretensiones contrarias de nivelación, de régimen único, de modalidad monopolista. Por parte de los anarquistas no hubiese habido ningún inconveniente en que Oviedo ensayase los métodos de trabajo y distribución propiciados por los socialistas, mientras en Gijón y La Felguera se practicaría el comunismo libertario. Tal vez la intención socialista y comunista no era idéntica, y al día siguiente del triunfo sobre la burguesía y el Estado, se habría tenido la guerra civil para resolver si el futuro habría de ser socialdemócrata, bolchevista o libertario, una guerra entre hermanos que daría al traste con el espíritu y con las promesas de la revolución.

No sabemos si nuestros amigos de Asturias habrían podido defender su derecho a la existencia contra el totalitarismo socialista o comunista. Quizá se hubiesen encontrado allí en minoría. Pero en casi todo el resto de España, en el caso de una revolución, nosotros seríamos mayoría indiscutible, como en Aragón, Rioja y Navarra, en Andalucía, en Cataluña, en Le-

vante. Nos imaginamos el desastre y la muerte de la revolución afirmando el mismo criterio totalitario que sostienen socialistas y bolchevistas. De antemano, antes nemos el deber de asegurar a las minorías de las regiones donde predominarían nuestras fuerzas, nuestro reconocimiento y nuestra solidaridad, y de exigir de las mayorías eventuales el mismo trato donde nosotros seamos minoría.

En el aspecto político, naturalmente, es preciso renunciar a la hegemonía de un comité, de un partido, de una corriente dada; es decir, renunciar al Estado como institución que obliga a todos a los que lo quieren y a los que no lo quieren. Pero esa renuncia a dictar la ley para todos, sin lo cual no habrá verdadera revolución ni verdadero bienestar social, porque el mantenimiento del Estado es el mantenimiento de la fuente más pesada de explotación del trabajo humano, no quiere decir que en el orden económico no pueda establecerse la solidaridad, el apoyo mutuo, el acuerdo. Tanto más cuanto que el localismo económico es imposible, y Gijón comunista libertario necesita de Oviedo socialista. Como en el terreno de la organización económica, del intercambio, lo que importa ante todo es la conveniencia recíproca de los pactantes, existiendo esa conveniencia el acuerdo se producirá, no obstante las divergencias políticas y sociales que puedan separar a los interesados. Es posible, así, organizar una magnífica red de relaciones y de intercambios en todo el orden nacional sin la base previa del régimen único, de la norma de vida y de producción única.

En interés de todos: socialistas, comunistas y anarquistas, estaría el mantenimiento del tráfico, del servicio de correos, por ejemplo, sobre un terreno políticamente neutral, pues si en una zona podían ser controlados por una de las tendencias, en otra habrían de serlo por otra, y la práctica haría ver cómo es pre-

ferible el acuerdo para el mantenimiento de ese servicio de utilidad general al margen de las diversas escuelas sociales que ensayan sus formas de convivencia y de trabajo.

Si la discusión del "frente único" se hubiese llevado a este terreno, probablemente habría dado otros resultados. Pero circunscrita a los acuerdos momentáneos, y a maquinaciones desleales no podía tener más consecuencias que las que ha tenido: una agria polémica de la que las fuerzas sociales tenían que salir más distanciadas de lo que estaban. La cuestión variaría si se plantease la posición de las diversas tendencias del movimiento social español, mayoritarias o minoritarias, en el caso de una revolución triunfante. Si resultase de ese examen que cada una podría contar con el respeto de las demás, el mundo capitalista y estatal tendría sus horas contadas. Pero si de antemano se nos dice a los anarquistas o se dice a los trabajadores que la dictadura de hoy seguirá mañana con otros nombres y otras denominaciones, toda discusión huelga.

Los trabajadores quieren una cosa: ser libres, vivir del producto de su trabajo, aumentar su bienestar. ¿Por qué no se discute sobre el modo de asegurar esa libertad, ese bienestar, ese derecho a la vida?

Nosotros decimos de antemano que, como anarquistas, no podemos obligar a vivir nuestra vida a nadie; pero eso impone, como condición previa, que se respete también el derecho a nuestra convivencia. Hasta aquí, ni la socialdemocracia ni el bolchevismo ruso han hecho algo que demuestre su voluntad de reconocer la libertad de los anarquistas a organizarse y a vivir como mejor entiendan con su parte correspondiente de los instrumentos de trabajo y de la riqueza social. Han dicho que mañana hemos de acatar su respectiva dictadura o seguir, como hoy, por destierros, cárceles y presidios.

O tanto una como otra tendencia entran en la discusión de este asunto, o se pierde el tiempo en el debate sobre consignas sin consistencia.

En más de medio siglo ha evidenciado el marxismo en el movimiento obrero su función escisionista. Pero no ha hecho esa escisión para ir más allá que nosotros, sino para sumarse cada vez más íntimamente al mundo capitalista o a su concepción estatal. Nosotros queremos que los trabajadores se unan, que reconozcan su identidad de intereses, que se sientan hermanados por la suerte común; sabemos que, unidos, lo pueden todo y que, separados, han de ser carne de cañón para los actuales y los futuros privilegiados, bestias de carga sin derechos y sin personalidad. Unámonos, pues, los trabajadores, pero en la libertad, con la libertad, por la libertad.

Hay una base de acuerdo para todos los trabajadores, y en ese acuerdo estará la revolución triunfante: el reconocimiento sincero de nuestras diferencias de carácter, de temperamento, de educación, y la promesa solemne de entendernos hoy y mañana, previo el respeto recíproco, para contribuir, sin abdicación alguna, a la obra común: la supresión del capitalismo y del Estado totalitario.

Somos los anarquistas la fracción revolucionaria más numerosa en España. Aun así reconocemos a todas las tendencias sociales la libertad del ensayo y la experimentación de sus concepciones particulares. Sólo pedimos una cosa: que se nos reconozca a nosotros el mismo derecho y que no se quiera obligarnos mañana a vivir como vivimos hoy: en lucha a muerte contra la tiranía, despojados del producto de nuestro esfuerzo.

Una bandera puede unirnos y dar al traste con el mundo capitalista: la bandera de la libertad. ¡Trabajadores españoles, aún es hora!

ESPAÑA Y LA REVOLUCION

Vivimos en una crisis, en una descomposición universal de valores, de instituciones, de sistemas. Nada resiste a la piqueta demolidora de los tiempos y, mucho más que la crítica certera y razonada de los pensadores, han hecho en los últimos años los acontecimientos mismos con su elocuencia grandiosa y brutal. Por desgracia los pueblos no estaban preparados para un desmoronamiento de tanta envergadura. No lo estaban psicológicamente, ni lo estaban materialmente. De ahí que, en su penuria, no hayan sabido aún desprenderse de los viejos fetiches y caigan de una idolatría en otra, de una servidumbre en otra, en lugar de recoger todas sus fuerzas y de poner la fe en sí mismos, en su capacidad de trabajo, en su comprensión de la vida, en su moral de justicia y de libertad.

Es deplorable el espectáculo de pueblos que entran posibilidades creadoras tan grandes y se arrodillan sumisos implorando un jefe, un caudillo o siguen alborozados a quienes prometen remachar más firmemente las cadenas de la esclavitud. Pues no queremos cerrar los ojos y ver la realidad sólo a través de las gafas de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones. Alemania está satisfecha de su *Führer*, Italia tiene fe en el *Duce*, Rusia confía en Stalin. Poco im-

porta la opinión de algunas minorías disidentes y opositoras, con toda la razón de su parte. No es todo violencia, opresión, salvajismo; es también, y en nuestra opinión más que nada, *servidumbre voluntaria*; es esa servidumbre la que explica esas situaciones.

Los pueblos no tienen confianza en sí mismos; no es culpa suya, claro está, sino de los que hace siglos se han esforzado por minar esa confianza con la educación religiosa, monárquica, marxista. Pero la siembra de esclavización mental da sus frutos, y únicamente los anarquistas, contra toda corriente, han estado inspirando esa fe salvadora y no fueron escuchados. Ahora se pagan las consecuencias.

Jamás se han presentado en la historia condiciones más favorables para un cambio de régimen. Las viejas instituciones, las viejas interpretaciones morales, políticas, sociales, económicas están en quiebra. Bastaría un empujón final para que rodase todo al abismo y para que los pueblos pudiesen, al fin, ser responsables de su destino. Sin embargo, pasan los años, las clases privilegiadas tantean en las tinieblas en busca de soluciones, de cataplasmas, de paños tibios, y aunque van de fracaso en fracaso, como las grandes masas no tienen fe en la propia fuerza, a causa de la educación a que han sido sometidas durante milenios, aun sigue el juego a costa de los que trabajan y de los que sufren. Y lo más curioso es que, en lugar de fortificar esas condiciones insoportables los frentes de lucha revolucionaria, el panorama mundial nos ofrece una constatación opuesta: *se fortifica el frente de la reacción, de la restauración de los viejos poderes intensificados.*

* * *

La revolución de 1917 en Rusia despertó en el mundo, en pocos meses, millones y millones de esclavos a la conciencia de una nueva vida. Es indescriptible

el júbilo con que fué saludada la caída del zarismo y la intervención del proletariado en la regulación de sus destinos. Rusia se convirtió en un símbolo para todas las fuerzas proletarias revolucionarias. Y no fuimos los últimos, sino que hemos estado entre los primeros al lado de Rusia, cuando era la máxima esperanza de los oprimidos.

Pero la política del Estado mató el espíritu socialista y a los pocos años aquel gran país dejó de ser símbolo de liberación para convertirse en ideal de burocratas. Hoy es una potencia imperialista en medio y junto a otras potencias imperialistas, que prepara la guerra como todos los Estados, que tiene tan poco que ver con el socialismo y con los ideales del proletariado como cualquier otro Estado. Era un desenlace provisto, que puede asombrar y extrañar a otros, pero no a los anarquistas, que han señalado ese abismo en su crítica permanente.

Una vez más la historia confirma la exactitud de nuestras previsiones. La política de Estado y el socialismo armonizan tan poco como el agua y el fuego. Si triunfa aquélla ha de sucumbir éste, y viceversa. *No se construye el socialismo más que en la medida en que se destruye el Estado y se crean instituciones populares de gestión directa de la producción, el reparto y la reorganización social.*

Destruído el símbolo de oriente, el mito de Rusia, como lo definió Berkman, ha surgido para las huestes progresivas, para los esclavos insumisos del mundo el símbolo español. Se confía en España, último baluarte del espíritu de libertad, última esperanza de resurrección en este negro período.

No somos patriotas, no glorificamos el nacionalismo; nuestra patria no existe donde no existe la justicia, donde reina la miseria, donde impera la esclavitud. Sin embargo, la visión de lo que podría ser España nos exalta y alienta. En el concierto de las

naciones capitalistas este país no puede ser más que un eslabón insignificante, una semi-colonia, un valle de lágrimas, en el que sólo podrán disfrutar y bendecir la vida unas minorías privilegiadas, a costa del sudor y de las privaciones de la gran masa de los obreros y los campesinos españoles. En el régimen capitalista España no puede representar más que un papel extremadamente subordinado, a causa de su atraso industrial, de la irgorancia en que viven las muchedumbres laboriosas, de la pobreza mental y del escaso espíritu de empresa del capitalismo indígena. Si el panoramá español ha de ser modificado en el régimen capitalista, lo será por obra e iniciativa del capital extranjero, lo que implicará forzosamente un aumento de la dependencia. Las condiciones de vida reservadas a los que trabajan en España, obreros y técnicos, pueden desde ya preverse, porque se están palpando todos los días.

Pero si el pueblo español rompiese sus ligaduras y procediese a edificar por cuenta propia su morada futura, sobre la base del trabajo, del apoyo mutuo y de la solidaridad, entonces desde los peldaños finales en que se encuentra en la escala de los países modernos, se pondría a la cabeza de la humanidad progresiva, sirviendo de ejemplo y de estímulo para los demás pueblos, convirtiéndose en el gran símbolo viviente del porvenir.

El pueblo español tiene inmensa capacidad creadora; tiene tradiciones de vida libre, tiene recursos materiales, tiene brazos y cerebros. Lo que hoy es un territorio desolado, misérrimo, se convertiría por obra del esfuerzo popular en un lugar habitable, confortable, productivo. En España está todo por hacer: la industria, la agricultura, la riqueza forestal, las vías de comunicación, la ganadería, la cultura. La obra a realizar es inmensa en todos los dominios y abundan

para ello las fuerzas humanas de trabajo, la voluntad creadora, las materias primas.

Una revolución no hará milagros; pero suscitará energías, liberará brazos y cerebros paralizados por el régimen actual, dirigirá los esfuerzos en sentido de utilidad social, y en pocos años de labor apasionada y tenaz, España podrá alimentar a su población, vestirla, alojarla decentemente. Eso en cuanto a las necesidades materiales, que irán creciendo, pero crecerán también las posibilidades de satisfacerlas. Sin contar que esa obra de salvación al margen de las normas capitalistas, por el trabajo productivo, socialmente útil, señalaría al mundo el verdadero camino. España sería una potencia directiva de primer orden. Su palabra sería universalmente escuchada y su conducta no tardaría en ser imitada en todas partes, cayendo al fin en ruinas el fastuoso edificio del autoritarismo, la mayor de las plagas y de las cargas para la humanidad moderna. *Y mientras Rusia prepara su millón de soldados para luchar al lado del capitalismo francés en la próxima guerra, España podría al fin levantar la voz y declarar la paz al mundo en respuesta solemne a la carrera loca hacia la degeneración y el desastre en que compiten los modernos Estados.*

Esta pequeña península podría ser la cuna de una nueva era; y puede ser la tumba de una gran esperanza. El porvenir, no lejano, dirá su palabra definitiva.

Se vive en un período de descomposición y de ruina. El malestar es general. No sólo llama la inseguridad a la puerta de los desheredados, sino también a la puerta de la burguesía, de los magnates de la industria, del comercio, de la agricultura. En las capas populares se muere literalmente de hambre, de miseria; pero la clase media sufre privaciones terribles y

la alta burguesía no tiene ninguna seguridad para el porvenir. Se vegeta en las altas esferas en continuos sobresaltos. De la noche a la mañana puede un potentado encontrarse a la intemperie, como millares y millares después del Krach bancario de 1929 en Nueva York. Crece la desocupación—obrero, intelectual y técnica; se restringe la producción agrícola e industrial; baja la curva del comercio. Todo es paralización, desesperación, incertidumbre, desorientación. Se poseen los medios para nadar en la abundancia—máquinas, materias primas, brazos humanos—y se sucumbe en la miseria. Se podría ser felices y se es desdichados en el más alto grado. Parecía al principio una crisis periódica a la que sólo haría falta algún pequeño reajuste para ser superada; van pasando los años, los lustros y se advierte que *no es una crisis, sino una quiebra del sistema entero del capitalismo lo que estamos viviendo*. Hace falta una nueva forma de economía. Todo el mundo conviene en ello; pero aun se trata de buscar la solución en la línea del privilegio, de la exclusión de las masas productoras de la dirección de su vida, de su trabajo y de su destino.

Aparece el Estado totalitario. Los capitalistas, en tanto que tales, se declaran impotentes para entrar por nuevos derroteros, para encontrar soluciones, para superar las consecuencias de la quiebra de su sistema. Ahora bien; se opina que los capitalistas como gobernantes sabrán hacer el milagro. La dirección de la economía estaba hasta aquí en el capitalismo privado; en lo sucesivo estará en el Estado. Es todo lo que la inteligencia de la burguesía, secundada por los esfuerzos marxistas, ha sabido proponer. Un Estado totalitario, se dice, logrará superar las contradicciones de los grupos capitalistas rivales, suprimir las fricciones de las luchas de clases, hacer del aparato económico del país entero una máquina poderosa que responda a una sola voluntad y a una sola presión.

Indudablemente una coordinación económica hace falta, pero la que puede conseguirse por el Estado es, como remedio, peor que la enfermedad, porque no puede hacerse más que a cambio de la extirpación de todos los valores, iniciativas, etc., que no parten del Estado mismo.

Por otra parte, el Estado totalitario es la idea de la autoridad llevada a su máxima expresión. Tiene necesidad de fortificar sus instituciones, de reforzar su militarismo, su burocracia, su aparato policial, y ese solo hecho, que encarece horriblemente las cargas tributarias, es el mejor argumento para predecir su fracaso. Uno de los males básicos de las sociedades contemporáneas es la carga formidable del parasitismo fiscal. El Estado moderno es insoportable, no sólo porque es tiránico, sino, sobre todo, porque es excesivamente caro y porque sus funciones esenciales son obstáculos al buen desenvolvimiento social. Pues ni la guerra, ni la burocracia, ni el aparato policial cada día más poderosos son factores de desarrollo social, sino trabas mortales al mismo. El Estado totalitario aumenta esas cargas parasitarias, según nos lo evidencian todos los países en donde se ensaya o se tiende a ensayar.

En esas condiciones no puede ser superada la crisis del sistema, la quiebra de una economía; al contrario, tiene forzosamente que ser agravada. La supresión del grito de dolor y de protesta no implica la supresión del dolor y de la razón de la protesta.

Complemento lógico del Estado totalitario es la doctrina del nacionalismo, del racismo, de cualquier cosa que suprima la personalidad ante una divinidad más poderosa. Y el nacionalismo es la guerra. Y la guerra es causa de nuevas calamidades, de nuevas degradaciones de los sentimientos, de los pensamientos humanos. Antes de 1914 eran raros los hombres de cierto valor intelectual y moral que se atrevían a glo-

rificar la guerra por la guerra; hoy es fenómeno corriente la apología de las masacres de pueblos. Lo que quiere decir que el sentido de la humanidad ha perdido terreno y que volvemos a tiempos que creíamos enterrados en los albores de la historia. X

* * *

No es sólo el capitalismo privado el que está en quiebra; es decir, el pequeño capitalismo. También el capitalismo colectivo, el de los grandes trusts y grandes kartells y empresas que controlan a veces hasta el 100 por 100 de la producción de una rama industrial, nacional e internacionalmente, ha sufrido la misma derrota, porque el principio de la producción para los mercados, en vista de la rentabilidad, de la ganancia, es idéntico. ¿Y en qué se aparta de la esencia del capitalismo el capitalismo de Estado? No negamos que tiene sus ventajas—el de la mejor coordinación económica, sobre todo—con respecto al capitalismo privado; pero es siempre producción en vista de la venta, de la especulación, de la ganancia y no en vista de las necesidades reales del consumidor. El capitalismo, particular o de Estado, produce para especular con las ganancias, no para satisfacer las necesidades de las gentes. De ahí la contradicción insoluble y el fracaso seguro, inevitable. Las necesidades no están siempre, están raras veces, en relación con los medios pecuniarios para satisfacerlas. Y todos los experimentos que se han hecho para cuadrar ese círculo vicioso fueron estériles. ¡Y lo serán! Con el capitalismo privado como con el de Estado la gente muere de hambre junto a los graneros repletos, tiritita de frío junto a las tiendas abarrotadas de abrigos; con uno y con otro la desocupación es indestructible, aun cuando temporalmente la intensificación de las industrias de guerra y algunos recursos artificiales

disminuyan en algunos cientos de miles el ejército industrial de reserva.

El Estado moderno, fracasado en sus ropajes liberales y en sus espejismos democráticos, no puede mantenerse ya más que como Estado totalitario, con poder omnímodo en economía, sin freno o escrúpulo moral de ninguna especie cuando se trata de salvar su existencia, aunque sea por muy poco tiempo. *Pero hasta tanto que en economía no se proceda según el principio de la satisfacción de las necesidades, con exclusión del criterio de la rentabilidad, de la especulación y de la ganancia, se avanzará por los mismos carriles de miseria en medio de la abundancia, o mejor dicho, de la posibilidad de la abundancia.* . . .

Hay que salir de la economía capitalista, de la esencia del capitalismo, cualquiera que sea su expresión circunstancial. Sin esa condición no conoceremos días mejores.

* * *

Vivimos muriendo lentamente por consunción, en la ignorancia y en las privaciones, y, sin embargo, está todo ahí para vivir plenamente y disfrutar de la vida. Hay en España territorio sobrado para trabajar y producir; hay brazos en abundancia—más de un millón de obreros y campesinos en paro forzoso, sin contar cuatro o cinco millones de gentes en plena edad de trabajo y apartadas de la labor útil—; hay capacidad técnica, conocimientos científicos para hacer más liviana la tarea productiva y aumentar el rendimiento del esfuerzo humano. Podríamos vivir como corresponde a la calidad de seres humanos, disfrutar de la vida, de la ciencia, del arte. Y la mayoría de los españoles no come todos los días y no come nunca hasta hartarse.

En otros tiempos la capacidad productiva de un país tenía pronto límite; hoy ese límite, si existe, se

encuentra tan lejos que ni siquiera vale la pena recordarlo. España puede ser un magnífico país si todas las fuerzas posibles y existentes fuesen aprovechadas para transformar sus mesetas desoladas, aprovechar las corrientes de sus ríos y la fuerza del viento, repoblar los bosques, construir caminos y canales de riego, multiplicar las escuelas y las universidades, etc.

Nosotros queremos la revolución porque queremos acortar la distancia que hay entre la manera como vivimos y aquella como podríamos vivir, porque sabemos lo que puede producir el trabajo; porque no sólo nos duele la propia penuria, sino la ruina fisiológica de todo un pueblo capaz de ingentes esfuerzos y sacrificios; porque nos mueve el ideal de una España redimida y libre de sus malos pastores, que podría entrar en la historia como la más fecunda fuerza creadora del siglo.

Además, porque si España se salva del capitalismo y rompe las cadenas del Estado, salvará a la humanidad con su ejemplo radiante. Una revolución de carácter social en España, que influiría poderosamente en el mundo, podrá impedir la nueva guerra que se avecina y en cuya preparación se ha concentrado la atención de todos los Estados.

Se puede ir a la revolución por muchos motivos, por razones de estrechez económica, por razones éticas de justicia, por espíritu de libertad; se puede también encarar esta perspectiva: *guerra o revolución*, y elegir este último camino, independientemente de otras consideraciones. Pues bien: una España libre del trabajo emancipado sería el fin de la guerra, el ocaso de los retoños de barbarie que crecen por todas partes sobre el terreno abonado del estatismo, del capitalismo y de la desesperación.

* * *

Si queremos salvarnos hemos de buscar la salvación en una reorganización a fondo, económica y social, de forma que los lugares de trabajo sean abiertos a todos los que desean trabajar, que las barreras que impiden el libre juego económico sean suprimidas para siempre, que se restablezca el equilibrio inevitable entre los medios de que disponemos para vivir mejor, para labrar un porvenir mejor para todos y la imposibilidad de ponerlos en función a causa de las contradicciones inherentes del capitalismo. En lugar de mantener un régimen político y económico que, por un lado, deja en la calle más de un millón de obreros industriales y de jornaleros del campo, a más de los cuatro o cinco millones de parásitos del aparato estatal y del organismo económico y de los privilegios sociales, sobre una población de 24 millones, lo que implica por lo menos tres partes improductivas sobre una que trabaja y produce; en lugar sólo de vivir para llenar el tonel sin fondo del estatismo y saciar los apetitos de las minorías del privilegio, es preciso organizarnos en tanto que productores y consumidores para cooperar fraternalmente en la producción y el reparto equitativo e igualitario de la riqueza.

Y la tarea es sencilla: en cada lugar de trabajo: fábrica, aldea agrícola, mina, nave, escuela, su personal se hace cargo de sus funciones directamente, sin intromisión del Estado y sin reconocimiento previo de la propiedad capitalista. *Todo ha sido creado por el trabajo, y lo que ha sido usurpado a la colectividad laboriosa por malas mañas o por la fuerza, para llegar a la situación catastrófica en que nos encontramos, debe volver al trabajo, legítimo dueño de todo.* Esos productores se asocian con los similares de otras industrias en el orden local, luego regionalmente, por fin en todo el país, regulando los intercambios, la inte-

gración en el proceso productivo de los millones de seres que están hoy indebidamente al margen del mismo. Las organizaciones obreras contienen ya esbozos de una posible ordenación económica inmediata a través de su red de organismos sindicales, cooperativos, etcétera. Ni el capitalismo ni el Estado tienen una base de acción económica tan completa como la que tienen las organizaciones obreras. Para ellas será relativamente fácil mañana mismo controlar la producción y la distribución de acuerdo al principio de la satisfacción de las necesidades. Con ello ganarían incluso los parásitos, los que por nacimiento, por educación o por causa de las condiciones vigentes se encuentran al margen de la actividad productiva, en funciones que íntimamente tal vez les repugnan, como las de simples perros de guardia de los caudales de la burguesía.

No llegarán a 100.000 personas las que en España viven libres de toda preocupación económica; y en holocausto a la seguridad de esas cien mil personas, ¿hemos de sacrificar todo un gran pueblo de 24 millones de habitantes?

Con cualquiera que sea el régimen político estatal, tendremos a un lado una ínfima minoría que puede gozar de la vida; a su lado ejércitos de soldados, de policías y de burócratas, sin contar las series sin fin de intermediarios inútiles del engranaje comercial, industrial y financiero del capitalismo; a otro lado una masa trabajadora degenerando en la miseria, criando una raza enclenque, sin energía, sin voluntad, sin nervio. Solamente una socialización de la riqueza, solamente la toma de posesión de las fábricas, de los medios de transporte, de las minas, de las instituciones de enseñanza, de las tierras por los que trabajan puede hacer en España una vasta comunidad igualitario de trabajo de casi 12 millones de personas, donde no alcanzan a cuatro millones, y transformar en

muy pocos años su aspecto exterior y sus posibilidades materiales y humanas.

* * *

Volvemos a decir lo que hemos dicho tantas veces. Hay que elegir de una vez. A un lado el Estado, es decir, el capitalismo, es decir, la guerra, es decir, la desocupación, es decir, el aplastamiento de los productores por las cargas fiscales tanto como por la persecución del pensamiento y de la acción libres; a otro lado la socialización de la economía, la entente directa de los productores para regular la producción y la distribución de los productos según las necesidades, sin tributos al estatismo, sin beneficios de empresa, sin interés del capital, sin renta de la tierra, o sea sin parasitismo económico, político y social, sin labores improductivas y socialmente dañosas, sin muerte prematura por el hambre, por la guerra, por el desgaste. Uno de esos dos caminos hay que elegir.

Y quisiéramos que los mecidos todavía en ilusiones dictatoriales, en mitos de gobiernos proletarios, advirtiesen ya, pues es hora, que el capitalismo de Estado no es supresión del capitalismo ni conduce a otra cosa que a una reanimación pasajera del capitalismo; que el gobierno "del proletariado" no es más que un gobierno como cualquier otro, peor todavía, porque liga espiritualmente a sus instituciones a los trabajadores en la esperanza de soluciones imposibles.

Hay una vía distinta, la nuestra, la de la socialización y la entente de los productores, de todos los productores en tanto que tales, de todos los consumidores, al margen de sus ideas religiosas, políticas y sociales, pues todos tienen un interés básico: *entrar en posesión del producto de su trabajo*. Y como todos los productores aspiran a eso, importa poco si creen en Dios o en el diablo, importa poco si son religiosos o

ateos, católicos o protestantes, conservadores o socialistas, nosotros proponemos la única solución que puede realizar ese ideal de los que trabajan: el ideal de la posesión del producto íntegro de su esfuerzo, sólo posible en una economía socializada.

¿Qué ha de dar España al mundo en el camino del Estado reaccionario, de las leyes de orden público, de los Estatutos de Prensa, de la lucha contra la revolución? No dará más que lo que han dado todos los Estados que le precedieron: más miseria, más opresión, más ruina, más pobreza intelectual, más abyección moral. Por el camino de la socialización económica, en cambio, se convertirá en una palanca mundial, mostrará la senda que lleva a la libertad y a la felicidad, al aprovechamiento pleno de la ciencia y de la técnica grandiosas para prosperar y progresar hasta lo infinito. Si los patriotas sinceros, en el caso que los haya, reflexionasen un poco, verían que también en nombre del patriotismo es preciso tomar el camino de la socialización, que es el camino de la vida, del trabajo de todos y para todos, de la seguridad general.

* * *

Tenemos presente ejemplos de todos los países, donde hemos visto, de cerca o de lejos, cómo han caído los movimientos progresivos y han sido arrollados o exterminados por las hordas de la regresión. No quisiéramos ese triste destino para España y en ese terreno podemos sacrificar mucho de nosotros mismos. Aspiramos a un régimen libertario, sin leyes ni autoridades, donde impere el libre acuerdo y la solidaridad. Nosotros podemos y sabremos vivir conforme a nuestras proposiciones; y tenemos la convicción que hasta los más envenenados por el virus del autoritarismo, se amoldarán gustosos y felices a un régimen

de vida, de trabajo, de ayuda mutua como el que nosotros propiciamos. Abrigamos el firme convencimiento de que *el mundo será feliz solamente cuando sea libre, cuando haya extirpado de su seno, de sus instituciones, de sus ideas la dominación y la explotación del hombre por el hombre*. Pero no es culpa nuestra si ese ideal no es sentido ya y comprendido por todos. Aun cuando somos numerosos, somos todavía minoritarios, y si como minoría quisiéramos llegar lo más lejos posible en el terreno de las realizaciones, como integrantes de un vasto conjunto social, quisiéramos que ese conjunto se desembarazase lo más posible de las trabas que obstruyen su derecho a la vida.

La situación es grave. El enemigo se ha encerrado en sus ciudadelas y amenaza desde ellas con el exterminio general de todos los movimientos progresivos. *Seremos los primeros en caer, pero no seremos los últimos*, como en Italia, como en Alemania, como en todas partes. Se habla en consecuencia de alianzas defensivas, de frentes únicos. No podemos rehuir ninguna confluencia de esfuerzos, ni queremos tampoco rehuirla. Y estamos cansados de propiciar un mutuo apoyo de todas las tendencias que miran al porvenir para evitar el retroceso inminente en la dirección del fascismo. Hemos invitado inútilmente a las izquierdas políticas y sociales a meditar, a salir de pequeños círculos de intereses y de visión y a contemplar el panorama español y mundial. Decíamos a la "Esquerra" de Cataluña que todo cuando emprendía con el propósito de delimitar nuestras posiciones lo emprendía directamente contra sus posiciones propias; decíamos a los socialitas y republicanos del bienio, que todo cuanto se esforzaban por minar la potencia de la C. N. T., lo hacían en propio daño. Todo fué en balde. Pero no queremos darnos por vencidos, e insistiremos en cuanto ocasión se presente.

Nos ha demostrado la experiencia que por la afir-

mación del Estado, de cualquier Estado, los males económicos, sociales y morales, no sólo no se alivian, sino que se agravan, no pesando absolutamente nada el cambio de timoneles y de ideologías. Por eso no queremos participar en alianzas y frentes únicos y en compromisos que no nacen de la base, del seno del proletariado, de los centros de la producción y que se conciertan casi exclusivamente sobre el reparto del futuro botín de los cargos públicos en el nuevo Estado. O que ostensiblemente no tienen más finalidad que la de poner obstáculos a una determinada forma del fascismo, a una determinada forma de tiranía, a una forma particular del capitalismo.

Estamos dispuestos a sacrificar mucho de nosotros mismos, porque lo que está en juego exige sacrificios, pero no podemos negarnos, y negar la significación reaccionaria, antisocial y antiproletaria del Estado, es tanto como el suicidio. Bienvenidos los frentes únicos, las alianzas, sí, pero para que al fin los productores sean dueños del producto de su trabajo, no para conspirar en torno a la forma de cambiar los usufructuarios del trabajo ajeno.

No lo decimos con espíritu estrecho de partido, sino con toda la amplitud que la gravedad de la hora reclama. Solamente en torno a nuestra bandera puede lograrse la unidad de acción de todos los productores, de todos los que aspiran a vivir de su trabajo.

Urge el frente único de los que quieren salvarse y salvar a España y a la humanidad de la catástrofe que se avecina, frente único que no puede crearse más que en el terreno de la libertad, del buen acuerdo y del respeto mutuo, presente y futuro. ¿Y cómo conseguir esos resultados poniendo en la condición primera la conquista del Estado y su dominio para dar desde allí fuerza de ley a ambiciones particulares? ¿No se quiere comprender que el enemigo es el Estado? ¿Que el Estado no puede conciliarse con la li-

bertad, como el agua no se concilia con el fuego, y que tampoco puede convivir con la demanda fundamental: *¡el que no trabaja no come!*

¡Cuán fácil sería a los trabajadores ponerse de acuerdo si no se mezclasen en sus cosas los ambiciosos de mando de los partidos políticos!

XXXII

RESTABLECIMIENTO DE LA UNIDAD IBERICA

Sabemos bien que la unidad ibérica, España y Portugal, no se realizará en los cuadros del sistema capitalista, porque los grandes intereses políticos, comerciales y estratégicos de Inglaterra en juego no lo permitirían. Será obra de la revolución y de la voluntad de los campesinos, obreros e intelectuales de un lado y de otro de esa absurda frontera.

Parecería, por tanto, ocioso hablar desde ahora de esa unidad como es ocioso repartir la piel del oso antes de darle caza. Sin embargo, conviene que se sepa lo que queremos, cuál es nuestro camino y en qué consisten nuestras aspiraciones. El Estado capitalista tiene su política internacional; nosotros hemos de prever cuáles serán las líneas generales de nuestra conducta hacia el exterior.

Mientras un Estado, cualquier Estado, ha de prepararse perpetuamente para la guerra, nosotros hemos de llevar a los hechos la obra de paz, predicando con el ejemplo, borrando las fronteras en cuanto de nosotros dependa, los odios de raza, los enconos nacionalistas, movidos siempre por intereses bastardos, y propiciando prácticamente la cooperación mundial en lugar de la guerra mundial.

El enemigo verdadero y propio es el que se opone

al progreso, a la libertad, a la justicia y no está sólo al otro lado de la frontera, sino que está en todas partes, en forma de explotador o tirano. Si a un lado de la frontera están Carmona y Salazar Alonso, del otro contamos con ejemplares que son dignos émulos de aquéllos, pero a un lado y a otro se encuentran masas de trabajadores y de campesinos a quienes une la misma suerte, las mismas ideas y las mismas aspiraciones.

Nos hemos habituado en la vida práctica y en los pensamientos cotidianos a considerar al Portugal proletario como algo tan nuestro, tan íntimamente ligado a nuestro destino, que su separación, su aislamiento nos parecen antinaturales y antihistóricos. Con la misma fraternidad con que tratamos a los militantes gallegos, catalanes, castellanos, así tratamos a los militantes obreros portugueses. Tan buenos amigos tenemos a un lado como a otro de la frontera y tanto nos une a los trabajadores de Valencia, de Madrid o de Gijón como a los de Oporto, Coimbra o Lisboa. En una palabra, para nosotros no hay barrera espiritual o ideológica entre España y Portugal; ambos países constituyen una unidad histórica, geográfica, social, Iberia, cuyas diversas regiones tienen características peculiares que no impiden de ninguna manera el buen acuerdo y la más absoluta solidaridad.

Una revolución social en España implicaría la liberación de Portugal de la dominación efectiva de Inglaterra y de la tiranía nacional y la creación inmediata de la unidad ibérica, a la que no se oponen más que intereses egoístas y consideraciones políticas de dominio de las castas dominadoras y privilegiadas. Se sabe que Inglaterra no consentirá de buena gana la unidad ibérica y que tirará cuanto pueda de los hilos para impedirlo, sin vacilar en las intervenciones armadas. Pero los obreros y los campesinos portugueses, el Portugal auténtico, tienen el interés más grande en la solidari-

dad y el apoyo mutuo para resolver con los obreros y los campesinos españoles sus problemas comunes.

En la Federación Anarquista Ibérica no hay ya ninguna distinción fronteriza. El movimiento libertario portugués es un miembro de la F. A. I., con los mismos derechos y deberes que los demás, el catalán, el andaluz, el levantino, el gallego, el asturiano, el aragonés, etc. Y propiamente también la C. N. T. debiera ser una Confederación Ibérica del Trabajo, en la que figurase desde ahora Portugal como una confederación regional más, lo mismo que la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña o que la Confederación Regional del Trabajo de Andalucía y Extremadura. Está en la conciencia de los trabajadores revolucionarios españoles y portugueses que debe ser así, porque su destino es inseparable, inescindible.

Lo que el movimiento anarquista ha llevado a las vías previas de realización y el socialismo político comienza también a propiciar a su manera, ha sido anhelo de pensadores y escritores de un lado y otro de la frontera hispano-lusitana. La idea de la unidad ibérica se mantiene, ya como unión política, ya como federación a través de los tiempos, en tentativas dinásticas, en proyectos y declaraciones de ambos lados de esa artificiosa línea de separación.

Oliveira Martins, el gran historiador de la civilización ibérica, es defensor decidido de la unión de ambos pueblos; y Ruiz Zorrilla, el famoso republicano, en su manifiesto de Bruselas, aboga por lo mismo. Bajo su influencia se celebró el congreso republicano ibérico de Badajoz en 1889. Los republicanos de Portugal y España se sintieron allí hermanados en sus luchas y aspiraciones. Con más razón se sintieron una comunidad inseparable los anarquistas de ambos países en Valencia en 1927 cuando dieron nacimiento a la F. A. I.

Son conmovedoras las palabras que Angel Ganivet

dedica al problema de la unidad ibérica, que quiere voluntaria, fraternal, libre. No una unidad resultante de la conquista o de la dominación, sino del buen acuerdo, de la comprensión mutua, del acercamiento natural.

El sueño de Ganivet se realizará sólo en las filas de los explotados y de los oprimidos, que no tienen patria y en cambio tienen intereses y anhelos comunes. Lo mismo que se ha creado la Federación Anarquista Ibérica y se pueden crear formalmente, puesto que lo está ya de hecho, la Confederación Ibérica del Trabajo, se puede llegar a la unidad económica, social, espiritual ibérica, por obra de la revolución liberadora.

Coincidimos con Salvador de Madariaga cuando dice que el portugués es un español con la espalda vuelta a Castilla y los ojos en el Atlántico, lo mismo que el catalán es un español con los ojos vueltos al Mediterráneo. Es interesante lo que escribe este autor: "La psicología, la geografía y la historia determinan una evolución ibérica para Portugal. Portugal prefirió una vida precaria bajo la alianza inglesa olvidando que no hay alianza entre el muy débil y el muy fuerte. Y aunque Inglaterra ha sido muy buena amiga y aun generosa, y aunque Portugal, en contra de lo ocurrido a España, no ha perdido sus colonias, ha perdido su alegría. Para Portugal hubieran valido más tres siglos de guerras civiles con los castellanos que esta independencia meramente nominal bajo la soberanía política de Inglaterra".

No sólo por razones de vecindad, de comunidad de tradiciones, casi de idioma, de base geográfica, sino por sentimientos de humana solidaridad, sería incomprensible por nuestra parte que trabajásemos por una España libre y feliz ignorando que una parte tan importante de la península como Portugal queda sumida en la miseria y en la opresión.

La revolución social tiene naturalmente que ser expansiva y aunque las circunstancias obligasen momentáneamente a circunscribirse en los límites ibéricos, habría de extenderse por los mil vínculos de relación tanto al otro lado de los Pirineos, donde masas de trabajadores franceses se sentirían ligados a ella, como más allá del estrecho de Gibraltar.

Entendemos que se habría de expresar más a menudo lo que nos une a Portugal, para que de un lado y otro de la frontera artificiosa gane terreno incesantemente y se generalice la conciencia de la unidad natural, necesaria e ineludible de ambos pueblos para la consecución de un mejor porvenir.

APENDICE

I

BIBLIOGRAFIA

Las obras de carácter socialista libertario constructivo se han acrecentado en estos últimos años de una manera extraordinaria. A excepción de *Mi comunismo*, de Sebastián Faure, que sigue la línea de las utopías novelescas, "*El Humanisferio*", "*Noticias de ninguna parte*", de William Morris, "*Tierra Libre*", de Jean Grave, etc., casi todos los trabajos constructivos publicados en la postguerra tienen una preocupación realizadora inmediata, con cimentación económica, por consiguiente.

Mencionamos algunos títulos:

Pierre Ramus, *Die neue Schöpfung der Gesellschaft durch den kommunistischen Anarchismus* (1919). Se ha publicado en español su primera parte de definiciones generales.

Pierre Besnard: *Los sindicatos obreros y la revolución social*, Barcelona, 1931.

Idem: *El mundo nuevo*, Buenos Aires, 1935.

Rudolf Rocker: *Socialismo constructivo*, artículos publicados en *Die Internationale*; reproducidos en el *Suplemento de "La Protesta"* y recogidos en folleto, Buenos Aires, 1935.

Gastón Leval : *Problemas económicos de la revolución española*, Rosario, 1931.

Idem : *Conceptos económicos del socialismo libertario*, Buenos Aires, 1935.

Erich Mühsam : *Die Befreiung vom Staat*, 1932.

Santillán-Lazarte : *Reconstrucción social*. Bases para una nueva edificación económica argentina, Buenos Aires, 1933.

J. Lazarte : *La socialización de la medicina*, Buenos Aires, 1934.

J. M. Lunazzi : *Reconstrucción educacional*, Buenos Aires, 1935.

I. Puente : *Definición del comunismo libertario*, Barcelona, 1931.

H. Noja Ruiz : *Hacia una nueva organización social*.

Son interesantes los estudios del grupo de comunistas internacionales, Holanda :

Grundprinzipien Kommunistischer Produktion und Verteilung. Ed. A. A. U. Alemania.

Las preocupaciones constructivas que se expresan en esas publicaciones crecientes en cantidad y calidad, son resultado de la conciencia de la crisis mundial del régimen capitalista y de la necesidad de señalar un camino de salvación y de realización inmediata.

Puede ocurrir muy bien que, pasados algunos años, si la coyuntura revolucionaria se desvaneciera, por causas aun difíciles de prever, sea superado todo lo que en esos escritos se proyecta y las nuevas generaciones tengan para ese esfuerzo apenas una mirada de desdén. Pero los historiadores futuros los juzgarán de acuerdo a la época en que se han concebido y conforme a las intenciones generosas que fueron su leitmotiv.

La vida desbordará por sobre todas esas previsiones, pero para que desborde son necesarias también

esas previsiones, la fe en su eficacia y en sus posibilidades.

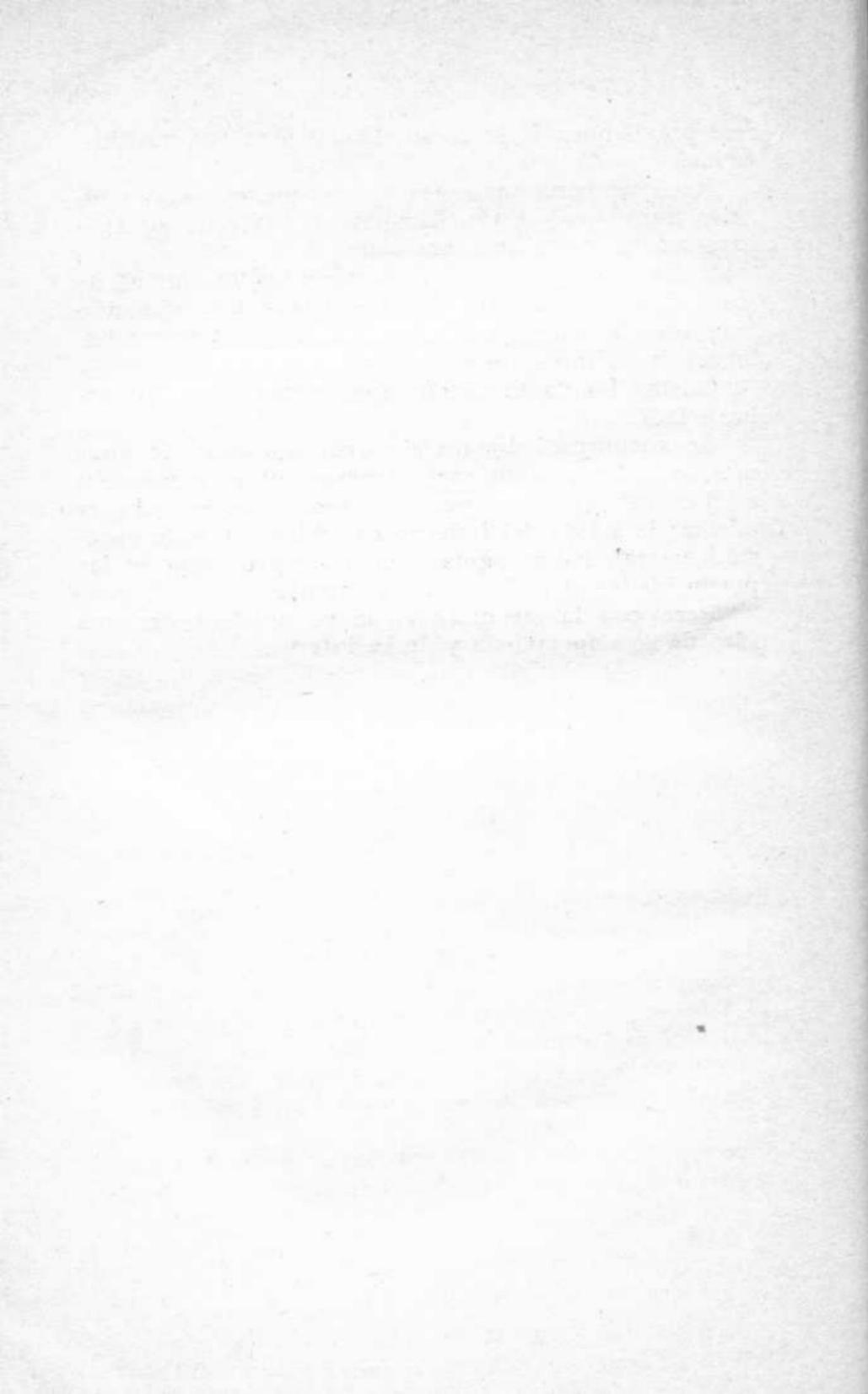
Recomendamos aun dos libros que conservan un valor duradero y están llamados a servir de aguijón para nuevas creaciones sociales:

P. Kropotkin: *Campos, fábricas y talleres*; habrá de ser utilizada la edición inglesa o bien la traducción francesa; la española se conforma al piraterismo habitual de editores sin exceso de escrúpulos.

Gustav Landauer: *Incitación al socialismo*, Barcelona, 1932.

Se encontrará distancia mayor o menor de unos a otros autores, opiniones diversas sobre la solución a tal o cual problema; pero la intención es en todos la misma; la salida del infierno capitalista y de la opresión estatal. No se agotan con tales proyectos ni las posibilidades ni la literatura existente.

Pero con la mención hecha se puede tener una idea de su importancia y de su interés.



II

TEORIA Y PRACTICA

El artículo que sigue, de Rudolf Rocker, refleja nuestro pensamiento y los motivos que nos guiaron en la redacción de este trabajo :

La causa del doctrinarismo creciente en nuestras filas se puede atribuir principalmente a dos fenómenos. Durante los últimos decenios hemos intentado muy poco rebasar los propios cuadros. Pero la castidad permanente obra a la larga de una manera embotadora, da poca satisfacción a los individuos y engendra casi siempre un cierto sinsabor. Además, la mayoría de nosotros se ha habituado a ver en la forma actual del anarquismo un desarrollo terminal de las ideas. Se ve en el comunismo anarquista el último eslabón de aquel desarrollo que condujo del mutualismo, por el colectivismo, a las concepciones actuales y se mira con desconfianza o en tono de superioridad todos los nuevos ensayos.

Por lo que a mí se refiere, he de declarar que veo también en la asociación de comunismo y anarquía la condición más favorable para un desenvolvimiento libertario de la humanidad, pero esa opinión no tiene más que importancia relativa y no poseemos garantía alguna de su exactitud. En todo caso, los acontecimientos revolucionarios en Rusia, en la Europa central, en Italia, etc., nos han colocado ante una cantidad de

nuevos problemas que hacen aparecer problemático que una próxima revolución se desarrolle prácticamente en el marco de las condiciones que nos ha descrito Kropotkín en su *Conquista del pan*. Aun aceptando que el desarrollo general lleve a un estado de cosas como el que prevemos en el anarquismo comunista, tampoco eso, después de todas las experiencias prácticas de las últimas décadas, es ninguna prueba de que una revolución nos conduzca inmediatamente a la realización del ideal. Más bien hemos de hacernos a la idea que coexistirán toda una serie de formas económicas diversas para hacer la prueba de su valor práctico. Yo no considero eso, de manera alguna, como un mal; al contrario, me parece que esa es la única posibilidad de librar de obstáculos el camino para un desenvolvimiento verdaderamente libre.

Personalmente, soy de opinión que una forma económica como el colectivismo está más a la mano prácticamente, en el período de una transformación revolucionaria, que el comunismo. En primer lugar, el comunismo sólo es posible a condición de que exista todo en abundancia, pues sólo así tendría valor efectivo el llamado consumo libre. Pero la experiencia ha mostrado que las revoluciones no se producen siempre en condiciones tan favorables. En la mayoría de los casos, hay que contar que estallen cuando la vida económica entera esté desorganizada y quebrantada en su base, de tal manera que el aprovisionamiento de la sociedad de lo más ineludible se convierte en el primer imperativo. Pero en tales condiciones no se puede soñar con un comunismo en nuestro sentido, sino a lo sumo con un desarrollo gradual en el sentido del comunismo.

Además, el lema: «Dé cada uno según su capacidad», no será tan sencillo en su ejecución inmediata y práctica como la mayoría de nosotros creíamos antes. El sistema capitalista no ha sido apropiado para des-

arrollar en los seres humanos los instintos sociales y solidarios, sino que en todas sus formas de expresión ha tendido a relegar a segundo término esos sentimientos y a castrarlos prácticamente. El proverbio famoso: «El pan del uno es la muerte del otro», es una expresión claramente sentida de esa situación. Pero ahora hemos de contar con los hombres tales como son y como hemos de recibirlos de la vieja sociedad, y por eso me parece que corresponde mejor al sentimiento jurídico general una valoración cualquiera del trabajo personal, a establecer colectivamente, que el llamado consumo libre. Según las experiencias de los últimos diez o quince años, tenemos que calcular que una buena parte de seres humanos estimarán sus capacidades personales en el dominio de la producción menores que otros. Esto suscitaría de antemano inconvenientes que podrían originar muy fácilmente medidas autoritarias. A dónde nos conduciría eso, Rusia nos da ya el mejor ejemplo. El lema colectivista: «A cada uno según el producto de su trabajo» podría, por eso, responder mejor a las necesidades de la realidad práctica en las primeras fases de un período revolucionario que el consumo libre del comunismo, tanto más cuanto que con ello no se perturbaría ninguna otra tendencia en sus ensayos prácticos.

Mutualismo, colectivismo, comunismo no son finalidades, sino solamente medios para un determinado objetivo. Deben cooperar a afianzar el sentimiento de libertad y de solidaridad humanas en las condiciones económicas y sociales de la vida de la sociedad, para desarrollar de esa manera una nueva mentalidad que resista de un modo ya puramente instintivo toda interpretación autoritaria. Todo progreso humano se debe sólo a la libre experimentación, lo que podemos observar especialmente en el dominio de la ciencia. Un encajamiento violento de los seres humanos en determinadas formas de vida social es siempre autoritario

y un obstáculo a todo desarrollo. La condición de un desenvolvimiento verdaderamente libertario existe precisamente en la posibilidad para cada tendencia de realizar en la práctica sus ideas y de probar así su eficiencia, siempre que por semejante ensayo no sean dañadas las otras en su libertad.

Los grandes acontecimientos después de la guerra han demostrado que una destrucción completa de todas las instituciones existentes, según imaginaba antes la mayoría de nosotros, tampoco sería la más acertada. Por ejemplo, en el período de una transformación social probablemente no se podría suprimir de golpe el sistema bancario y monetario; más bien habría que obrar en el sentido de transformar esas instituciones y utilizarlas como medio provisorio de intercambio para mantener en circulación la vida social y preparar las nuevas formas de economía. Es deplorable que nuestra literatura, en los últimos veinticinco o treinta años, se haya ocupado demasiado poco del problema de una nueva vida económica. Fuera de la profunda obra de Kropotkín: *Campos, fábricas y talleres*, no hay realmente en nuestra literatura un estudio de significación fundamental que se haya ocupado a fondo de los problemas de la economía, o nos haya abierto nuevas perspectivas para el futuro. En todo idioma tenemos una superabundancia de obras en las que se intenta fundamentar el concepto de la libertad de un modo puramente filosófico, muy a menudo de una manera excesivamente abstracta; pero las condiciones prácticas de esa libertad, que han de ser creadas primeramente en las condiciones económicas, políticas y sociales de la vida, fueron tratadas hasta aquí muy deficientemente. Compárense con eso los informes algunas veces brillantísimos que los representantes del ala libertaria han presentado a los Congresos nacionales e internacionales de la primera Internacional y se tendrá que confesar que existía en-

tonces mayor comprensión de la enorme importancia de esos problemas que en los períodos subsiguientes. Tan sólo hoy, después de las apremiantes experiencias que hemos hecho durante la guerra y después, se comienza lentamente otra vez a ocuparse de esas cuestiones con mayor atención, pero aun no en la medida que merecen.

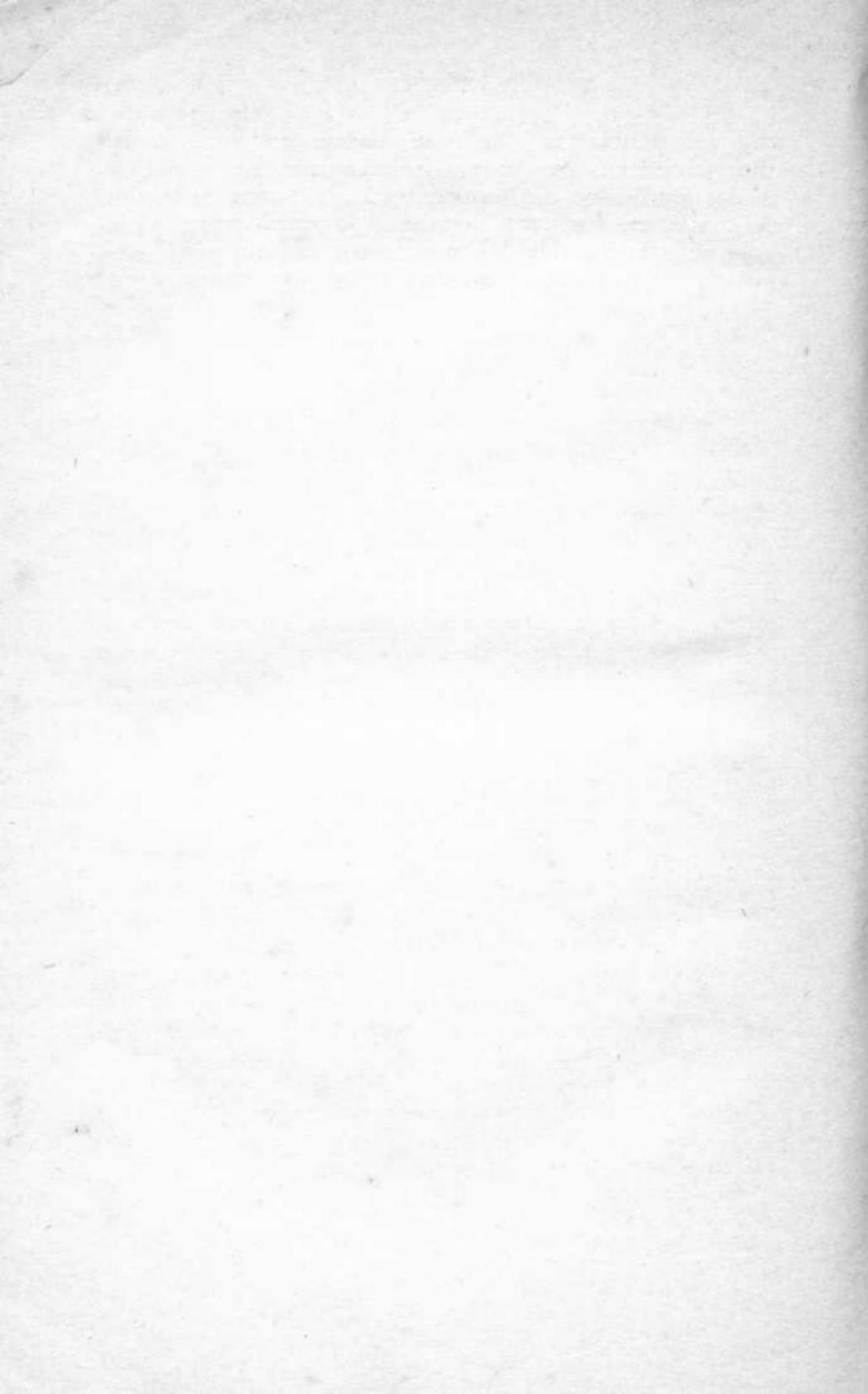
No se diga que los viejos fundadores del socialismo general, los Saint-Simon, Fourier, Owen, Proudhon, etc., en cuyas investigaciones se apoyan también los anarquistas, han examinado ya los problemas económicos tan detenida y agotadoramente que se podría añadir muy poco a sus ideas en ese dominio. Primeramente, el formidable desarrollo de la industria moderna ha creado toda una serie de problemas nuevos que antes no se podían prever y que no pierden su significación aun considerando el industrialismo exagerado y unilateral como un fenómeno pasajero en el desenvolvimiento social; y en segundo lugar, las ideas de aquellos hombres se han vuelto casi completamente extrañas a los actuales anarquistas. No sólo se aplica esto a Fourier, Owen, Thompson, etc., sino hasta al mismo Proudhon, el más importante precursor del anarquismo, cuyas obras apenas son superficialmente conocidas por la mayoría de los anarquistas. Y sin embargo, ¡cuánto contienen los escritos de esos hombres que no han perdido hoy su valor! ¡Qué magníficamente podría contrarrestar hoy la teoría fourierista del trabajo atractivo al fordismo y al taylorismo, que han aceptado completamente fascinados también nuestros socialistas estatales! ¡Y qué soberbio arsenal contra el nacionalismo moderno ha creado Proudhon, de lo cual la mayoría de nosotros no sabe nada ya. No basta decir a los seres humanos: ¡Sed libres!», hay que proporcionarles también los medios y los caminos prácticos para obtener la libertad y asegurar en las circunstancias modificadas una nueva vida social. Jus-

tamente en esto tienen las tendencias y los partidos autoritarios del socialismo una gran ventaja sobre nosotros. Dada la credulidad estatal de las masas, no les es difícil persuadir a los hombres de que todos esos problemas pueden resolverse únicamente por un gobierno, lo mismo si esa tendencia se manifiesta como «dictadura del proletariado» o como Estado democrático constitucional. Como los seres humanos se han acostumbrado a ver en el Estado la providencia terrestre, les parece esa solución la más sencilla y la más natural. Por eso es doble y triplemente necesario mostrar a las gentes los medios prácticos y los caminos que les hagan ver las posibilidades de la humanidad libre. Cada uno de los que estamos en medio de la propaganda práctica sabe que los elementos que piensan y que aspiran nos hacen siempre tales preguntas. Aquellos que pueden contentarse con una consigna política ordinaria, importan muy poco para la labor constructiva y creadora; los que importan son los seres conscientes y espiritualmente activos que se reservan en todas las cosas un juicio personal y crítico.

No es en última instancia esa consideración la que ha movido a Pelloutier, Pouget y muchos otros anarquistas activos a consagrar su actividad más destacada al movimiento sindical o a cooperar primero a cimentar ese movimiento. La constatación de que las organizaciones sindicales de los trabajadores son las más apropiadas para preparar una reorganización de la sociedad sobre bases socialistas y para encaminarla prácticamente, ha incitado a esos hombres a valorizar sus ideas en las organizaciones económicas de lucha del proletariado y a destacar en ellas su misión como órganos constructivos de una sociedad libre, lo que arraigó cada vez más profundamente en el movimiento sindicalista, convirtiéndolo en uno de sus principios fundamentales.

Pero con ese reconocimiento no se ha hecho todo :

hay que actuar también para que se traduzca en hechos vivientes. No basta declarar que las organizaciones sindicales de los trabajadores tienen la misión de tomar en sus propias manos la producción social y la distribución de los productos, es también necesario acercarlas prácticamente a esa gran tarea.



INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Preámbulo</i>	6

GENERALIDADES

I. — Factores esenciales de la producción. . .	9
II. — El trabajo y el pan para todos	15
III. — La población española y su distribución.	22
IV. — Una sociedad de productores y de consumidores	29
V. — De la iniquidad económica y social a la justicia	37
VI. — Organización del trabajo	49

LA NUEVA ESTRUCTURACIÓN

VII. — Consejo del ramo de la Alimentación . .	63
VIII. — Consejo del ramo de la Vivienda . . .	73
IX. — Consejo del ramo del Tejido y del Vestido.	81
X. — Consejo del ramo de la Producción Agraria.	87
XI. — Consejo del ramo de la Producción Ganadera	97
XII. — Consejo del ramo de la Producción Forestal	101
XIII. — Consejo del ramo de la Minería y el Beneficio	107
XIV. — Consejo del ramo de la Pesca	113

	<u>Págs.</u>
XV. — Consejo del ramo del Transporte . . .	117
XVI. — Consejo del ramo de las Comunicaciones.	125
XVII. — Consejo de la Prensa y el Libro . . .	129
XVIII. — Consejo del Crédito y del Intercambio. .	133
XIX. — Consejo del ramo de la Luz, la Fuerza Motriz y el Agua	137
XX. — Consejo del ramo de la Metalurgia . . .	141
XXI. — Consejo del ramo de la Industria Química.	147
XXII. — Consejo del ramo del Vidrio y de la Cerá- mica	151
XXIII. — Consejo del ramo de la Sanidad . . .	153
XXIV. — Consejo del ramo de la Cultura . . .	157
XXV. — Consejo local de la Economía	161
XXVI. — Consejos regionales de Economía . . .	165
XXVII. — Federación Nacional de los Consejos de Ramo	169
XXVIII. — Consejo Federal de la Economía . . .	173

LA REVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD

XXIX. — Economía y libertad	181
XXX. — La revolución libertaria	195
XXXI. — España y la revolución.	203
XXXII. — Restablecimiento de la unidad ibérica . .	221
APÉNDICE. — I Bibliografía	
II Teoría y práctica	231



Precio: 2'50 pesetas

1875

1875

1875

1875

1875

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

5710 S. UNIVERSITY AVE.

CHICAGO, ILL.